

ARMANDO ROJAS GUARDIA

# El esplendor y la espera

[Obra poética 1979-2017]

*Edición*  
Cristóbal Zapata

*Prólogo*  
Alejandro Sebastiani Verlezza

#BREVES

COLECCIÓN MUNDUS





# El esplendor y la espera

© 2018, GAD Municipal del Cantón Cuenca

© 2018, ARMANDO ROJAS GUARDIA

**Marcelo Cabrera Palacios**

ALCALDE DE CUENCA

**Francisco Abril Piedra**

DIRECTOR GENERAL DE CULTURA, RECREACIÓN Y CONOCIMIENTO

**Concepto de la colección:** Cristóbal Zapata

**Cuidado de la edición:** Silvia Ortiz Guerra

**Diseño y diagramación:** Juan Pablo Ortega

**Organización y revisión de los textos:** Luisa Helena Calcaño Gil (Caracas)

**Levantamiento de textos:** Norys Primera (Caracas)

**Revisión de pruebas:** Marcia Peña

**Impresión:** Centro Gráfico Salesiano - Don Bosco

**Portada:** Armando Reverón, *Cocotero*, c. 1944, ténpera y arena sobre tela, 50.3 x 58.3 cm.

Colección: Fundación Museos Nacionales, Galería de Arte Nacional, República Bolivariana de Venezuela. Archivo: Centro de Documentación Nacional de las Artes Plásticas (CINAP)

**ISBN:** 978-9942-8722-1-0

Cuenca-Ecuador, noviembre de 2018

ARMANDO ROJAS GUARDIA

# El esplendor y la espera

[Obra poética 1979-2017]

Edición

*Cristóbal Zapata*

Prólogo

*Alejandro Sebastiani Verlezza*





## *Nota del Editor*

Fue el artista y poeta venezolano Yucef Merhi quien, cuando nos hallábamos definiendo los invitados para el VI Festival de la Lira, me sugirió el nombre de Armando Rojas Guardia. No tardé en *googlearlo* —que es hoy la fuente universal de información y pesquisa—, y apenas empecé a rondar sus textos sentí que había descubierto un poeta excepcional, un poeta que parece escribir en un perpetuo estado de gracia, «literalmente entusiasmado» como diría él mismo, es decir, poseído por Dios.

Así, entre el 5 y el 10 de noviembre de 2017, Armando estuvo en Cuenca. Su humanidad física y espiritual, lunar y solar, su voz gutural y demorada, su respiración acezante, su aura de monje disidente envuelto en un halo de humo, pero sobre todo la elocuencia de su poesía y de sus observaciones en las charlas y recitales, lo convirtieron muy pronto en uno de los protagonistas del festín lírico. Este libro es el fruto del deslumbramiento de este encuentro y de las lecturas sucesivas de su poesía y de su prosa.

Desde que empecé a proyectar esta edición tuve la certeza de que Armando Reverón y Armando Rojas Guardia debían estar juntos, unidos como están por su onomástico, por la singularidad de su experiencia vital, por la sagacidad de su mirada, por su talante visionario, por su locura sagrada... razones por las que me alegra mucho reunirlos aquí.

Por ahora debo reconocer y agradecer a todos los que han hecho posible esta publicación:

Del lado de acá: a Francisco Abril Piedra, Director de Cultura del Municipio de Cuenca, quien generosamente amparó el proyecto; a Marcia Peña por su ojo avizor; a Silvia Ortiz Guerra, que cuidó esta

edición con su proverbial pulcritud; a Félix Suazo, que nos puso en contacto con los funcionarios de la Galería Nacional para tramitar los derechos de la portada. Y cómo no, a Yucef Merhi, primer culpable de este empeño.

Del lado de allá: a Armando Rojas Guardia que acogió nuestra propuesta sin demora, y que ha asistido con paciencia bíblica a su realización; a Alejandro Sebastiani Verlezza, autor del prólogo; a Luisa Helena Calcaño Gil, amiga y cómplice del poeta, quien tuvo a su cargo la delicada misión de organizar y revisar este corpus poético, y a Norys Primera, que se ocupó del levantamiento de los textos.

Mi agradecimiento aparte a Clemente Martínez, Director Ejecutivo de la Fundación Museos Nacionales de Venezuela, y a los funcionarios del CINAP: Mary Omaña, Marysabel Suárez, y Giovanni Colmenares.

Estamos seguros que este esfuerzo editorial no solo hace justicia a un nombre grande de nuestras letras, sino a sus lectores de aquí y de allá, a los que ya lo conocen, y a los que están por venir.

C. Z.  
*Cuenca, julio, 2018*



## PRÓLOGO



LA ATENCIÓN Y LA PLEGARIA:  
ARMANDO ROJAS GUARDIA CONTRA LA SOSPECHA

1

Quisiera comunicar con cierta claridad —así, al romper, sin demasiado aparataje conceptual— la impresión que me sobrevino la primera vez que me acerqué a la poesía de Armando Rojas Guardia. Se trata de volver —así sea por un instante— sobre esas sensaciones y hacer venir *algo* —así sea un poco— de lo no dicho y sentido a este ahora mío. Pienso que solo desde ese ambivalente lugar podría brindar —y lo digo en el sentido más celebratorio de esta palabra— algunas pistas. Solo así —es la treta que me he inventado, más no tengo— podría tener sentido que asuma esta reflexión sobre una poesía que puede presentarse muchas veces como una meditación sobre la sensorialidad. En aquel entonces, decía, yo no *leí* su poesía, no la «estudié», ni tuve tiempo de pensar qué me pasaba mientras la descubría (todo eso vino después, tal vez ya mismo, para ser más preciso). Y como la sensorialidad sencillamente ocurre y se percibe, tal vez por eso decir *algo* se me hace mucho más escurridizo y me obliga a estos rodeos. Después de todo quiero pasarle al lector una atmósfera, envuelta con algunas conjeturas volanderas (las pondré ya mismo a prueba), acompañado de algunas lecturas recurrentes que me ayudarán a ponerme en sintonía con la materia que intentaré tratar<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Y para irlo dotando de una mayor consistencia, luego de agradecerlas una y otra vez (es mi intento), no he dejado de pensar en las siguientes palabras de María Fernanda Palacios en *Sabor y saber de la lengua*: «Por eso, afirmar el acto crítico sin la coartada de una disciplina formal es arriesgarlo al desierto de la escritura, pero es también salvarlo del congelador del saber: salvarlo del poder y regresarlo al esplendor de lo móvil: al cuerpo de Esplendor en la terraza de las apariciones: esa lúdica lucidez —la pluma solitaria y trastornada que, como Zaratustra, es un desterrado de toda verdad: nada más que payaso, nada más que poeta» (Otero Ediciones, Caracas, 2004, p. 39).

Lo primero por decir está en unos versos de Cintio Vitier. Pertenecen a su «Cántico nuevo» y pocas veces me abandonan: «He pasado de la conciencia de la poesía/a la poesía de la conciencia, porque estoy, a no dudarlo/entre la espada y la pared». Pues yo veo a Rojas Guardia aquí. Me parece que su poesía —y su vida, en más de un sentido— se ha movido en este incierto y fértil espacio. Quiero decir: la voz que habla en sus libros está situada entre la espada y la pared muchas veces. Y en esos límites, de manera sorpresiva, ocurren los asentimientos, los encuentros, tal vez una muy personal experiencia de lo sagrado en la ciudad. Entre la espada y la pared está el Roquentin de Sartre al final de *La náusea*, cuando parece «liberarse» por un momento al escuchar un *spiritual*. Pero también va contra la pared el que intenta dinamitar la sospecha y cantar en su *upper room*, pues la experiencia del asentimiento interior, ante Dios, ante la travesía de Cristo del establo a la Cruz, para interiorizarla, no es automática, ni su percepción proviene de los manuales. No, no hay un sistema conceptual o ideológico que la sostenga, salvo el de la propia experiencia cuando se logra encaminar —es el caso aquí— hacia las corrientes de la expresión. No es un asunto meramente literario: está en una región intermedia, no siempre clara, donde se abre la posibilidad del asombro. Sí, la pregunta es cómo una experiencia logra «escribirse» (y qué puede un cuerpo, claro, como dirá Spinoza). Hay un costado matérico, sensorial y plástico, repleto de pinturas verbales, barrocas, en diversos grados, en tanto gozosa yuxtaposición de versos que se mueven hacia el espesor del pensar. Son, a su manera, paisajes, retablos y retratos, al mismo tiempo que una reflexión sobre el deseo a partir de lo que el propio Rojas Guardia llama «la promesa visual». Así ocurre —antes de escribirse, incluso— una poesía que tiende casi naturalmente a una cierta armonía contemplativa que solo puede ser «interrumpida» —o recrece— bajo una presencia que se

materializa en un arte de la sensación y la captación calidoscópica del mundo a partir de sus sonidos y texturas. Nace así la poesía de un hombre entregado a la oración. Razón entonces tiene Rafael Castillo Zapata —en la aproximación crítica más completa a la obra de Rojas Guardia— al notar que «sus textos no cesan de plantearnos problemas ciertamente *trascendentales*, puesto que nos obligan a salir de nosotros mismos hacia ese exterior clamante sin el cual nuestra propia vicisitud se tornaría inapreciable, fútil»<sup>2</sup>.

2

Otra clave de lectura para llegar a la poesía de Rojas Guardia —para nada desligada de la anterior— está en «Contra la sospecha». Debo decir que no había reparado en este poema sino hasta hace muy poco. Un amigo común, Luis Gerardo Mármol Bosch, me lo hizo notar y desde entonces se me abrió un espacio de comprensión nuevo para esta lectura. Se trata de una meditación contra «el último ídolo, el más sutil» del siglo pasado y seguro que de buena parte del que ya mismo corre. Según parece, Rojas Guardia quiere hacer notar lo siguiente: así como el licor, la sospecha es otro «aliado ambiguo». Al no ser bien filtrada, al volverse mero automatismo mental, puede volverse una barrera ante la percepción de las cosas y hasta una experiencia de la culpa que incluye el acoso ante los ojos invisibles cuando se instalan en la propia mirada y distorsionan la percepción del mundo. Pero una vez fuera del laberinto, limpiadas las puertas de la percepción, puesta entre paréntesis la «docta ignorancia», ocurre lo que hasta ahora llamo —a falta de otro nombre mejor— el asentimiento:

---

<sup>2</sup> «Una poética pensante», en Armando Rojas Guardia, *Obra poética*, Ediciones El Otro, El Mismo, Mérida, Venezuela, 2004, p.12.

pues ya se puede descansar  
entre los brazos de aquel que de verdad conoce,  
arrullados por este impoluto, amparador conocimiento,  
cuyo juzgar traspasa, apaciguándolo, el nuestro  
y nos invita a suspenderlo mientras trate  
de parecerse a él. Su dictamen  
sí supone inocencia, no obsesión.  
Solo hay un juicio exacto: el del amor.  
¿Entendemos el *No juzguen* de Jesús?

La suspensión del juicio, la modernísima *epojé* que practican los fenomenólogos, podría ser la vía que en algún punto logra su justa confluencia *en* este «no» cristiano con el que Rojas Guardia termina su poema. Y hay más: él mismo se encarga de emparentarlo con el «catolicismo heterodoxo y sabio de José Lezama Lima». Diría que desde aquí también *habla* su poesía y un aire de lo anterior percibo que se asoma en su primer poemario: *Del mismo amor ardiendo*. La consolación, la vista del sol, el mar, ese punto donde las cosas giran y son recogidas por la memoria, la pregunta por la trama que va por debajo —o arriba— de las cosas («las líneas presentidas de un diseño»), la reincidencia de las preguntas, he aquí una primera y muy sensible constelación que le permite decir en «Aves»:

Me pregunto  
qué ron dulce las embriaga.  
Quizá la luz  
cuando enronquece  
y empapa de quejas el límite del día.  
Acaso el viento mismo  
quien como ola de cansada espuma  
las impulsa a partir hacia el intenso Oeste

donde muestra el día sus llagas  
tumefactas

Capto una escena solitaria en «Noche de condena». Me llama la atención. Es un ejercicio de observación demorado, la travesía del insomne cuyos ojos asumen la exploración poética del espacio como la mejor vía para navegar las horas nocturnas. Me parece que es otra forma de estar, sí, «entre la espada y la pared», instalado en una suerte de espera, la de un *tú* que puede ser Dios —el suyo suyo— o la compañía erótica, pues esta voz no aparece sola: habla nombrando, invocando, llamando, con el deseo inminente de una aparición. Pasa en el «Poema de la llegada»:

Cuando tú vienes,  
tú el vacío el nada el ya,  
el que yo no sé su nombre,  
ni interesa,  
cuando tú vienes  
me siento perder voz,  
me seco de palabras,  
sueno  
simplemente  
como tú

3

Los *Poemas de Quebrada de la Virgen* nacen de un retiro que el autor hizo en una zona un tanto apartada de Caracas. A pesar de la sencilla corroboración de este dato, proporcionado por él mismo, habría que preguntarse si buena parte de esta poesía no nace a partir de otro movimiento más profundo: el que experimenta aquel que no puede aguantar más el deseo de *salir*. No se trata

propriadamente de un asunto entre polaridades; más bien, diría, son lentas oscilaciones, un juego de marchas y contramarchas a veces imperceptibles que se van dibujando en el *tempo* de Rojas Guardia y su poesía. Lo que sí parece seguro —quiero volver sobre esto— es que la oración aparece como un elemento fundamental y estructurante; tanto en la persona como en la escritura de Rojas Guardia, es asumida como la vía para encontrar respuestas y a su vez entablar un diálogo dentro de la tradición poética más cercana a su sensibilidad. Un ejemplo elocuente está en esa «oración» que Rojas Guardia le escribe a Lezama Lima, que a su vez lleva el sello de una poética, pues ve al cubano desde la suya cuando le dice «hoy voy a orar contigo:/todo es metáfora de todo».

La oración, aquí, conduce directamente a la experiencia de la atención. Orar, así, escribir como si se orara, no es otra cosa que poner muy tensas las cuerdas de la voz. Puede salir un canto afinado, o algo parecido al alarido, el silencio del que no sabe qué hacer con su desazón y sus corazonadas. De este nada fácil espacio sale también la poesía de Rojas Guardia: una atención desasosegada y abierta a la percepción plástica del mundo. Justamente esto es lo que hace notar Alberto Márquez en una breve, pero muy condensada reflexión: «Su atención, la de sus poemas, la de toda su obra y la de su vida ha sido un largo proceso al mismo tiempo reflexivo y sensitivo; por ella ha conquistado uno de los lugares más altos de nuestra poesía y se ha debatido también una interioridad que ha sido una fiesta y una cruz»<sup>3</sup>. Y si la conformación de ciertos hábitos mentales está relacionada con la proyección de la mirada en el espacio, también influye la progresiva conformación de cierta sensibilidad personal que cristaliza en la atención y la posibilidad constante de metaforizarla. Esto último muy aliado

---

<sup>3</sup> En *Recital: Armando Rojas Guardia*, Jueves de Poesía. Ciclo Poetas en Voz Mayor, Auditorium, 25 de noviembre de 1999, Espacios Unión, cuadernillo N° 47.



al «registro» y la captación de lo que pasa muy adentro, en ese espacio lleno de «quebradas», justo allí donde aparece la monja que sonríe y sirve la cena «como si ejercitara con los dedos/—con el alma entre los dedos, mejor dicho—/algún arte sagrado». Esta presencia, vista como un auténtico don y una gracia, tiene su complemento y su expansión en el cierre de *Poemas de Quebrada de la Virgen*, cuando Rojas Guardia recrea —de nuevo— en su voz la experiencia de escuchar un *spiritual* de Mahalia Jackson.

Aquí se asoma ya el particular Dios de Rojas Guardia, el que aparecerá diseminado en el resto de su obra poética y ensayística, el que merodea por los bordes de la ciudad, se embriaga con los neones y los alcoholes, el Dios dionisiaco de los locos y los pobres, el de la «majestad harapienta». Esta es la vía regia, digo yo, para entrar a *Yo que supe de la vieja herida*, un poema impregnado de asentimientos y llamados, pero al mismo tiempo más abierto a la poesía conversacional. «Alberto», dentro de esta región, es uno de los poemas que merece ser resaltados del conjunto. Las lecciones del exteriorismo, las aprendidas en Solentiname, las asimiladas junto con los poetas del grupo Tráfico, los procedimientos propios de la línea de la poesía norteamericana inaugurada en gran medida por T.S. Eliot, Ezra Pound y prolongada también por Ernesto Cardenal y José Emilio Pacheco —yuxtaposiciones sabiamente dosificadas, giros coloquiales, alusiones cultas y callejeras, cierto desparpajo en la dicción, sin renunciar al lujo verbal; crítica y participación en los hábitos modernos, cierta melancolía— son puestas al servicio de un retrato «hablado», el de un amigo y su vida *deseosa*. En «Alberto» estalla definitivamente la vocación más expansiva —la pintura verbal ahora, insisto, «habla»— y más alineada con los postulados del manifiesto que firmó junto con sus

entonces compañeros de avanzada en Tráfico<sup>4</sup> (además de Alberto Márquez, su hermano Miguel, el propio Castillo Zapata, Yolanda Pantin, Igor Barreto):

Pequeño sabio del *blue jeans*, rey silencioso  
gobernando en secreto nuestros ritos  
(el ron de medianoche, las palabras  
ebrias de bolero y nicotina, los encuentros  
alumbrados por el neón de la avenida  
junto al insomnio parpadeante de los bares  
mientras los cines vomitan su ración de gente).

Pero muchas veces he llegado a presentir que es justamente el deseo y su intrincada relojería lo que se mueve en la poesía de Rojas Guardia, sobre todo cuando está en su fase de mayor expectación y busca cómo desplegar y reconocerse en otras presencias. Muchas veces percibo esa compresión casi asfixiante que domina la atmósfera de ciertos poemas de Constantino Cavafis. Muchos pudieron haber *ocurrido* —no digo «escritos», me refiero a la cosa en sí, vivida— en alguna oscura y humeante taberna de Alejandría, pero también de Caracas, Mérida, Bogotá, Friburgo. El deseo y la voluntad, con todos sus cortocircuitos y avances, aparece en la poesía de Rojas Guardia y lo veo de alguna manera en este poema del griego (de cuando en cuando suelo repetírmelo):

---

<sup>4</sup> Un breve paseo por el «Sí, Manifiesto» lo asoma: «...una poesía necesaria, que nuestros interlocutores perciban como palabra de uso y compartida, palabra para la cual, toda trascendencia anémica, dispéptica, se disuelve ante el poder de convocación que sube, por ejemplo, de las rocolas de los bares, palabra que tiene mucho que aprender de la imponentia con la que la línea exactísima de un hit congrega el gozo del stadium, haciendo levantar un eco humano que, en el fondo de los fondos, se parece al llanto o la risa que todavía allá, en pleno siglo XII, podían recoger de su auditorio los versos de Berceo» (*Manifiestos literarios venezolanos*, Juan Carlos Santaella comp., Monte Ávila Editores, Caracas, 1992, p. 112).

Nada me retuvo. Me liberé y fui.  
Hacia placeres que estaban  
tanto en la realidad como en mi ser,  
a través de la noche iluminada.  
Y bebí un vino fuerte, como  
solo los audaces beben el placer.

Me refiero al deseo como presencia capaz de impregnar con toda su arrastrante fuerza la experiencia cuando ha sido tocada por el entusiasmo y hace decir que algo, sí, ocurre, *ha sido*, pero también «se liberó y fue». Dentro de esta gama de visiones memoriosas, se va volviendo cada vez más nítido el mapa que Rojas Guardia hace del encuentro erótico. Pienso ahora en «Cavafiana»:

Recuerdo las torpezas del comienzo,  
el olor de los baños,  
la terca timidez de los paseos  
buscando casi a tientas  
una mirada cómplice, unos ojos  
más intento que mi culpa,  
luego la temblorosa invitación  
junto a un café, que sabe  
dulce y atroz como el pecado,  
hasta llegar al lujo de los cuerpos  
en la clandestinidad de aquel hotel.  
Por fin la despedida,  
tal vez un intercambio de teléfonos  
mientras la ciudad se despereza  
y la piel conserva todavía  
los olores que la ducha borrará.

Ahora que no necesito mentir  
encuentros deletéreos,  
porque el amor ya no requiere  
de baratos hoteles ni urinarios,  
ratifico sin embargo  
la subversión de aquel inicio,  
la ilegalidad de las caricias complotando  
contra la burocracia del placer.  
Saludo, como entonces,  
al asombro pagano del deseo.

4

*Hacia la noche viva* —ofrezco esta ocurrencia— comienza con lo que podría ser un progresivo desasosiego que recorre de manera sigilosa la trama interna de este poemario, al menos en sus primeros momentos, pues abre con el «Anatema de la oficina», algo así como el retrato del tiempo mecánicamente organizado para la vida burocrática, la «crónica» —la crítica— soterrada de la hartura personal y el asomo de una experiencia de —y con— el silencio que estallará con toda su plenitud dolorosa en *La nada vigilante* (un poemario de faenas, escrito a partir de una tensa relación con el lenguaje, o de la misma imposibilidad de tantear con plenitud la poesía); por eso digo que aquí, en el cuadro de esta «noche viva», el entusiasmo parece ceder y abrirse más hacia el vórtice melancólico, los tonos celebratorios se opacan un tanto. De alguna manera se trata de la «pintura» de su vida moderna, la de Rojas Guardia y la de todo poeta —o artista— que con suerte logra esquivar o resistir la vida en el trabajo asalariado. Abrir *Hacia la noche viva* con un epígrafe de Bernardo Soares y *El libro del desasosiego* es apenas un síntoma de lo anterior. De hecho, este heterónimo de Fernando Pessoa anuncia una crisis de la razón y al mismo tiem-

po la posibilidad de explorarla hasta sus más fuertes tensiones, transformarla en mirada meditativa y hasta lírica, *word painting*. En otros términos: volver cada cosa tocada con los ojos de esta peculiar fenomenología, así sea desde la ventana de un anónimo comedero en Lisboa o Caracas. Hay una sensación de reclusión *que pasa* del epígrafe, como decía, a los primeros tramos de *Hacia la noche viva*. En «Siesta del ser», por ejemplo, aparece esta terrible visión:

La vida: estiércol último y acuoso,  
detritus virginial, bosta de fiebre  
fecundando la flora del espíritu

Pero quizá ha sido justamente esa la tensión: la de mostrar una vivencia tormentosa de lo urbano —colindante con una sensación de irrealidad, al menos muy afín a la que suele sentir Soares tantas veces ante la monotonía de los paisajes frecuentados a los que les saca tanto provecho expresivo— y su lado más jubiloso, el nocturno, allí donde llama el deseo, desde donde se avista y sueña otra vida, llena de encuentros, entre la oración y el trago, la alegría matutina y una visión de la ciudad que parece ofrecer, en sus resquicios, más de un salvoconducto, más de un espacio para la devoción, así sea fugaz. Sí: la «superación» del tedio, por qué no, en ciertos instantes de atención, algo así como un paisaje recobrado. Basta revisar los siguientes poemas: «Agua lustral», «Intentaba mi oración», «La cuarta dimensión», «Spiritual» y ese valioso arte del consuelo que se despliega —al menos para mí— en «Todo está soportado por la risa», como si ese mismo «funcionario» que canta su anatema en la oficina se animara e intentara decirse a sí mismo algunas frases que le den la fuerza necesaria para asumir «la fatiga/de volver a empezar».

Es momento de abrir una vía paralela para entrar en la poesía de Rojas Guardia: tanto en *El mismo amor ardiendo* como en *Hacia la noche viva* se hace presente el poema en prosa. Aquí aparece otro vaso comunicante para captar las evidentes relaciones que hay entre la poesía de Rojas Guardia y su trabajo ensayístico y memorial. Hay muchos fragmentos de *El Dios de la intemperie*, *La otra locura* y *El deseo y el infinito* que pueden ser leídos como poemas incrustados en el tejido de una reflexión —también «ardiendo»— que cruza los senderos no solo del ensayo sino de la teología y la filosofía. Lo anterior es todavía más significativo cuando es el propio autor el encargado de entresacar de su propia prosa los fragmentos que incorpora en la última parte de la presente edición. Por esto mismo es pertinente ahora volver a la pregunta que Castillo Zapata se hace en el estudio ya mencionado: «¿cómo *separar* sus poemas del resto de sus textos, de los ensayos, de las crónicas, de los diarios, de los apuntes biográficos?». No, no separar, no dividir, no de momento, no ahora, sino establecer filiaciones, nexos, ritmos internos y correspondencias dentro de una obra «profundamente orgánica» —como el propio crítico apunta— a pesar de sus eventuales reincidencias, por lo demás inevitables, puesto que si se trata de una obra que se escribe desde la vida misma, ¿cómo evadir la tentación —o la tensión— de no *variar sobre el mismo tema*, es decir, uno mismo, sus alegrías y obsesiones? Blaise Pascal, para burlarse de Montaigne (¿y no se parecían al menos un tanto?), se refirió al «necio proyecto de pintarse a sí mismo» que en gran medida anima las páginas del bordelés y reverbera en buena parte de la modernidad occidental. Me refiero a la pasión por el autorretrato. Dentro de esta constelación —vida y literatura, ética y poética— está circunscrito Rojas Guardia. Un cuerpo, una existencia que se escribe.

Tal vez una de las más cruciales de las experiencias para el poeta sea la de asumir el silencio y las dificultades de la expresión. ¿Qué hacer cuando sus corrientes se truncan, el ritmo se corta, el verso se pasma, lo dicho queda a mitad de camino, trunco? Si ese silencio aparece, si el decir no puede soltarse, ni da con sus mejores salidas, aparece la sensación de esterilidad, pero también el esfuerzo de balbucear, lidiar, rogar, hasta dar con el no siempre posible destrabe. La poesía, desde este lugar, más que don, más que gracia, más que aliento jubiloso, se vuelve *trabajo, faena* (todavía más). Algo así puede palpase en *La nada vigilante*: el tono por momentos parece temblar y el lenguaje —lejos de ser «instrumento», vía de contacto y goce con el mundo— se vuelve imposibilidad: las palabras se vuelven mera cáscara, no hay posibilidad de recargarlas y llenarlas de sentido, *traducirlas a su propia lengua y circunstancia*. Los murmullos se apagan. O dejan de oírse: es allí donde la nada, violenta, se instala. Es una visita sin fecha de partida. Su *tiempo* parece casi insondable. Pero la vía de Rojas Guardia fue intentar *decirla*, recorrerla y tensarla, darle rostro y sacar de la piedra silenciosa y hostil algún sonido. Es así una meditación sobre la imposibilidad: esa «nada» *habla* y cede territorio a la expresión (la espera del poema «en el ápice mismo donde cruje»). Así, decidido a meditar *la no presencia* de la palabra, brotaron de su misteriosa entraña veinte poemas.

Las puertas de esta «nada», entonces, se abren con lo que me gustaría llamar *una rara invocación*, fundada en lo que el mismo poeta llama una «espera activa». El poema se «aguarda». Rasgados los primeros signos en la página «bajo la red de mis nervios», ocurre la inquieta «pausa virgen que la letra goza». Interpelación —«interpretación»— de la nada misma, entonces; espacio anterior a la escritura, «lucidez desierta», paisaje angustioso sobre la página

que se rige por la dificultad de nombrar. La nada, su vigilancia, ¿de dónde vino su visita quemante? Hay una expresión de Rojas Guardia que compendia mucho de lo anterior: «decir la noche de la mente». Para escribir «la nada» parece necesario ir hacia atrás, entrar en las palpitaciones anteriores del lenguaje, los murmullos del cuerpo y las sendas arteriales pegar el oído a lo que todavía no se expresa. ¿La nada es una herida de la que brota la poesía? Gemido de una larga batalla: «hurga en la cicatriz recién abierta».

7

Tras el repaso de *La nada vigilante*, es al menos curioso repasar los poemas de *El esplendor y la espera*. Basta reparar en lo que evocan estos títulos. Más de una vez me he preguntado qué ha pasado entre un momento de escritura y otro, cuáles serían las vías para detenerse entre un intersticio de la experiencia creadora y el siguiente, qué particular operación transmutadora ocurrió en el poeta para dar semejante giro, cómo esa dicción entrecortada y angustiada cedió y abrió paso al Rojas Guardia de «Escucho a John Coltrane», «Salir», «Mística del árbol», «Contra la sospecha» (sí, de nuevo) y sobre todo el de «Arte de la sensación». De pronto, como en un relampagueo, el reconocimiento de «la iluminación sensitiva», la entusiasmada intermitencia del hombre que antes parecía asediado por el fastidiado oficinista —para retomar la clave de Pessoa, un Soares con nostalgia de ser Ricardo Reis o Alberto Caeiro— que de pronto pareciera adquirir una consciencia —tal vez, por qué no, cósmica— y así se siente receptor de altas, privilegiadas experiencias sensibles, percibe por momentos la vida como participación, continuidad y no ruptura. Se trata, lo asume así Rojas Guardia, «de una crucial pedagogía». De apelar a la cosmovisión cristiana que siempre lo ha acompañado, bien puede asumirse que este particular «arte» tiene que ver con la



alternancia entre la soledad y la vida comunitaria, el repliegue y la expansión ante —y con— los otros. Hay *algo* que está «faltando», por decirlo así, entre un momento y otro de la experiencia. La sensación vuelta arte poética lo suple, lo enmienda, muy a su manera. Y pareciera que mucho de lo anterior está sostenido por la inquietud del que necesita *religarse*. Pienso en las siguientes palabras de Harry Almela que colocan al trabajo poético de Rojas Guardia en un campo de exploraciones más amplio y al mismo tiempo recuerdan el lugar singularísimo desde donde habla:

el rito social impuesto por la tradición cristiana en su rama católica no alcanza ni es suficiente para los tiempos que corren. La relación entre el Amante y el Amado que bien supo poner en poemas la tradición mística española, se convierte ahora en otra cosa, en una relación directa y personal, sin intermediarios, donde el *Tú* continúa viviendo en la vida cotidiana, sin aureola, cantado en ritmo de *blues*<sup>5</sup>.

8

Se suele hablar de la confluencia entre la vida y la literatura, cómo una anima a la otra, cómo ese roce otorga el empuje necesario —la emoción— para hacer el viaje desde la expresión hasta las formas. En el caso de los poetas esta relación se plantea con intensidad particular, dado que las distancias entre la voz del autor —y su prolongación en la página— suelen volverse mínimas, casi irrisorias. Hecha esta salvedad, a la hora de situarse frente a *La*

---

<sup>5</sup> En *Fuera de tiesto. Poemas selectos de Armando Rojas Guardia*, selección y presentación: Harry Almela; entrevista con el autor: Ana María del Re. Bid & Co editor C.A./Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 2008, p. 10.

*desnudez del loco*<sup>6</sup>, me permito apenas recordar unas líneas de Adalber Salas Hernández, quien a la hora de reflexionar sobre Rojas Guardia y su poesía, se refiere al «intento de imbricar escritura y vida hasta hacerlas indisolubles»<sup>7</sup>. No, no hace falta ahora hacer diagnósticos (sobran, más bien), sino de captar las huellas del proceso, lo que el poeta pudo hacer con la enfermedad, esa materia salvaje y esquiva, luego de ser invadido por ella. En suma: menos «clínica» y más experiencia de lectura para decir que la locura, aquí, es vista por el que la vivió y la puede nombrar. Gabriela Kizer ha situado el asunto con una claridad meridiana en el prólogo de una antología poética de Rojas Guardia: «se ha tratado de una ardua y sostenida tarea de transformación psíquica: la conversión de la locura —bloque compacto, impermeable, literalizado— en vida imaginal, en metáfora creadora y vinculante»<sup>8</sup>.

---

<sup>6</sup> El propio autor, en uno de sus ensayos, sitúa su relación con esa «materia». Dice en «Patología mental y escritura literaria»: «A lo largo de mi vida he experimentado esporádicos brotes psicóticos, caracterizados siempre por la invasión avasallante del delirio paranoico. Durante las semanas dentro de las que transcurre el delirio, no me es posible acceder a ninguna forma de creatividad literaria, hacia la que, por otra parte, me siento ligado vocacionalmente desde la adolescencia. Una vez, el psiquiatra que servía entonces de interlocutor de mi dolencia psíquica, me pidió que tratara de dibujar de algún modo los contenidos principales del delirio. No me fue posible hacerlo. Quiero decir, pues, que en esos momentos no puedo transcribir, mediante conceptualizaciones precisas y ni siquiera a través de imágenes verbales o plásticas, la omnipresente, totalitaria realidad de la ilusión paranoica. Solo subsiste en mí la entrecortada verborrea, oral, reiterativa, repetitiva, monótona, por medio de la cual doy cuenta, eso sí, de la infinita coherencia lógica desde la que se manifiesto la misma literalidad del delirio» (*Obra poética*, Ediciones El Otro, El Mismo, Mérida, 2004, pp. 419-420).

<sup>7</sup> En Armando Rojas Guardia, *La puntualidad del paraíso. Antología poética*, selección y prólogo: Adalber Salas Hernández, Sudaquia Editores, Nueva York, 2015, p. 24.

<sup>8</sup> Un poco más adelante, agregar Kizer: «Pero no solo se trata de echar fraternalmente sobre los hombros el sufrimiento humano, sino de conjugarlo con la propia intimidad, hacer del alma un espacio más abierto, arriesgado y profundo» (*La puntualidad del paraíso*, pp. 9-10).

Ahora bien, ¿cómo puede pasar la locura al poema? ¿Puede hacerlo, si más bien se trata de conseguir las posibilidades de expresar lo que no siempre tiene lugar? El tránsito de la herida a las formas —la «quebrada», la «nada»— está llena de abismos y veredas que conducen al extravío. El camino estaría en la alianza entre la atención y una intensa capacidad expresiva. Pienso a propósito en la siguiente frase de Simone Weil: «Heridas, son el oficio de volver a entrar en el cuerpo. Que cada sufrimiento haga entrar al universo en el cuerpo»<sup>9</sup>. La enfermedad, en *La desnudez del loco*, es una herida, no una cicatriz, no todavía, es la «otra crónica» de su memoria, la de esa voz que habla desde la reclusión y el castigo. Se trata de la rememoración del paciente, la del que padece los excesos disciplinarios del encierro psiquiátrico y a duras penas aguanta sus rutinas. Creo que esta es la atmósfera que recorre *La desnudez del loco*, ese poema largo que en gran medida quiere retratar una larga serie de humillaciones que bien pueden constituir una de las experiencias más cercanas al infierno en la tierra (luego de las condiciones de hacinamiento y los horrores cotidianos que padecen miles de enfermos en los hospitales venezolanos, por no hablar de los centenares y miles de personas que hacen colas para comprar alimentos, medicinas y los utensilios más elementales para la vida cotidiana, cuando no paran huir del país por sus fronteras, en suma, cabe desde ya decir que la obra de Rojas Guardia sigue escribiéndose —¡ay, paradojas!— en un país que no sabe qué hacer con sus locos y sus enfermos, con sus marginales —los hay por batallones, cada vez más— y extravagantes, pero tampoco con sus disidentes...). No se trata de una trasposición tan violenta, pues este poema no solo retrata un padecimiento, sino también el tremendo esfuerzo

---

<sup>9</sup> En Philippe Jaccottet, *La parola russia*, a cura di Antonella Anedda, Donzelli Editore, Roma, 2004, p. 50.

por liberarse de la mirada del Otro, cuando se vuelve opresora y en exceso punitiva. Para seguir con lo señalado más arriba por Kizer, *La desnudez del loco* hace ver una experiencia del alma en su plena tensión, pero al mismo tiempo pareciera que es justamente la fe —«intentaba mi oración», dice uno de sus poemas— la que sostiene todo lo que anuncia esta voz, con todas sus fuerzas de interpelación y sus ganas de hablarle muy cerca al otro, al semejante y desconocido, donde quiera que esté, porque en algún lugar desea encontrar al hermano en ese rostro que aún no aparece, para hablarle desde el corazón, pero asumido no como cursilería, o mero sentimentalismo, sino desde la imaginación creadora, pues en ese órgano está su asiento, el de los sentidos, la capacidad de engendrar las paradojas y los imposibles que llevan a la extraña región de la poesía, las imágenes, la belleza<sup>10</sup>.

9

Imaginativamente, con alma, entonces, desde ahí «habla» y canta la poesía de Rojas Guardia, con todas las preguntas que va lanzando una y otra vez, como si de un raro don se tratara (el «rito social», recuérdese, no basta). Oración, sí, por partida doble: línea que se quiebra y habla en verso, llama y clama, pide y celebra.

---

<sup>10</sup> James Hillman, en *El pensamiento del corazón*, recuerda dos frases de Dietrich von Hildebrand: «El corazón es la parte más íntima de la persona, su núcleo, su verdadero yo»; y «En el corazón se encuentra el secreto de la persona, en él se pronuncian las palabras más íntimas». Más adelante el propio Hillman anota: «Este vínculo entre el corazón y los órganos de los sentidos no es un simple sensorialismo mecánico; es estético. En griego, la actividad de percibir o de sentir es la *áisthesis*, que significa originalmente “asumir” e “inspirar”: un “quedarse sin aliento”, la respuesta estética primaria» (Traducción: Fernando Borrajo, Ediciones Siruela, Madrid, 2003, pp. 45 y 76).

En *El Dios de la intemperie*, el propio Rojas Guardia habla de la «orazione alla carità carnale». Y yo, luego de volver sobre su poesía, me atrevo a pensar que así suena:

Dios, el dios que sale de la capilla y los sermones, el dios de los pobres y condenados, el dios en los cerros, desnudo en Caracas, el dios de los que vienen de la noche y van a la calle, el dios yo que es tú, el dios que suena al fondo del otro, el dios de la poesía y el moroso ensayar, anhelante, seductor, el dios pagano y cristiano, sin religión ni ideología, gran nada que irradia su rostro hacia las cosas; el dios de las aporías y los temblores metafísicos, los insomnios; el dios hecho cuerpo, el dios que es uno y dos, presencia ausente en los «ratos de oración»; el dios macho y hembra, incertidumbre, mareo, acorde, tú sonoro, salmo y blasfemia, hace tambalear a los escépticos; el dios del que ora porque siente a dios y quiere traducir lo intransferible de su oración, el dios que suena como tú, el dios de los locos, el dios que celebra sin olvidar el dolor, el dios que saca de la redondez, los pactos con el tedio; dios, el dios sin dios que invita a partir sin saber para dónde, el dios te estoy hablando oye con temblor el desbordado texto que ha escrito en ciertas vidas; ese, ese mismo, el dios que nada tiene que ver con los curas, ni la continencia, ni los monasterios; el dios-dos que sabe atender esa gran nada que habla y embriaga y solo aparece por gotas porque sabe que mucho con demasiado puede romper los clavos de la cabeza; dios, el dios god, dios lord, dios dio, dios deus, dios clac-clac de los barrotes en Sebucán, dark-dark, dios, ese dios en la voz del que escribe, ebrio, puesto en camino; lord sin iglesia, en las casas, los establos, los sanatorios, los burdeles y las carpas; sí, tú, gasto, fiesta, dios *Teorema* que manda al hijo al templo con los *ragazzi di vita*; ay, dios, ese dios del propietario que se fastidia de la propiedad y la abandona y corre

desnudo por el desierto; dios otro, dios huella, dios de los caminos que se repliega en los ratos de codo; deus dio que merodeas en las ruinas y los bordes de la vida diaria, dios fati, nunca vía de padecimiento, sabes, me caes mejor cuando bailas y bebes y pones extrañas palabras en el hocico de las personas y nada te importa; ay, dios, tantos sueños vueltos ruina, sí, contigo es la cosa, voltea la cara, ya mismo, confunde sus papeles, altera sus memos; bienaventurado, lord, el que no sigue las consignas del partido, ni asiste a sus mítines; dame moderación, dios, coño, apúrate, que el deseo no espera, que el deseo solo es tránsito y si tú deseas lo que yo deseo y yo deseo lo que tú deseas pues del carajo, porque así puedo insultarte todo lo que quiera y solo oirás dulzura, sí, alcahueta dios de los papas y teólogos de la liberación, te decimos no, no hay dios, ni dioses, ni nada, solo desierto, pues da igual si eres o no eres porque él no alimenta la potencia del sí y al revés; lord que eres la utopía y nos mandas a llevar sol, coño, vistes de payaso a tu emisario, lo mandas a poner el oído en los destartalados y de paso volteas esa cara sin cara que también es la tuya, dio, dura, dura a veces la tienes, cómo se hace contigo; coño, cómo se te ocurre, dios dio que invitas a brindar con el desconocido, deus dios de la herida que recorre a los cuerpos desde la cuna hasta la tumba (claro, cuando hay cuna y hay tumba); dios, el dios que interpela y propicia el descenso; ay, coño, dios, esa niebla que aparece como escondida, la niebla de la vida que vivió y padeció el trashumante Bix; anda, hazle pasar un rato suave al que solo va por las veredas, detenle el tiempo un rato en ese spiritual, deja que venga el asentimiento, la gratitud por la llegada de esa amistad, ese amor inesperado; deja, apenas una señal y donde quiera que estés, por favor, si es estás,

¡CONTESTA TÚ EL TELÉFONO!

*Alejandro Sebastiani Verlezza*

Caracas, marzo, 2018

OBRA POÉTICA  
[1979-2017]





DEL MISMO AMOR ARDIENDO  
[1979]



*A la memoria de Mercedes de Rojas Guardia*



del mismo amor ardiendo

SAN JUAN DE LA CRUZ

No es el yo lo que busca el poeta sino el tú esencial

ANTONIO MACHADO



I  
SOL JOVEN  
[1967-1971]





Con el sol que era oro puro  
JOSÉ MARTÍ



## DOMINGO

Cuánta vida  
dulce  
el cielo el mar el puerto  
las gaviotas  
luz  
en el asfalto a trechos una sombra  
fresca.

País sonoro  
la mujer que pasa caminando  
el aire el ritmo  
calle plomo y sol todo caliente  
trepando la colina sobre casas  
blanquísimas y cielo puro cielo  
que quema que arde que se pierde  
y luego baja:

mar

Costaba  
arrancamos la plata pegadiza  
del océano, el temblor flácido  
del agua y las plumas brillantes  
hundidas y calientes

Sol

y voces frescas, frutos tibios:  
todo en vasto azul, maduro y esplendente,  
como espalda de cielo a mediodía.

## VÍSPERAS

*A Carlos Pacheco*

Qué silencio  
cuando madura el día  
allá entre los montes  
crepitando

Siento entonces tu olor  
y vengo junto a Ti,  
que sueñas como una melodía,  
y hablas y es brillante tu voz  
sobre el cansancio, sobre el sol  
que se pudre entre la hierba,  
y sobre tanto amor trabajo juego  
que terminan

Qué alegría  
cuando llego  
y te doy el agua fresca  
de todas mis húmedas vasijas  
y te miro beberla —¡con qué gusto!  
y saborearla

Suelto las grandes palabras,  
las de oros magníficos,  
las palabras oídas a los hombres solemnes  
en el círculo rojo de la gran ceremonia.

Yo las dejo salir,  
perderse sobre el césped

A Ti, lo más liviano de la carga  
los pasos de las aves, los dedos  
verdes de la hierba, las palabras  
que pueden penetrar lo más humilde  
y lo más ínfimo  
Y río, y llegamos a una tierra abrasadora  
Me toca un Tenso Verano  
De pronto Tú empiezas a hablar  
en el ardor interminable  
de los astros

## HA CAÍDO EL SOL

Ha caído el sol,  
el sol sobre los montes,  
redondo y grande, como un plato de oro  
y sobre calles  
y sobre tanta hierba  
ahora toda gritando  
hierba bulliciosa que deslumbra

Y tanto sol caído  
va a quemar las flores y los patios,  
se va a dormir sobre los árboles  
No se ve más nada sino sol  
carne caliente  
de sol entre las piedras,  
resbalando por los techos como aceite  
¿Sientes  
el olor tan fuerte a tanto azul quemado  
tanto verde las rosas y los árboles  
ardiendo?

Y el cielo  
tan cerca  
y las nubes con fiebre sudando  
pegadas quietas sin moverse  
Las ventanas  
abiertas a la tarde que ya salta  
da vueltas como un trompo anaranjado

Mira:  
el cielo tan vacío, y más allá  
viene un licor oscuro,  
un pueblito caminando por el cielo  
a habitar tan grande soledad  
porque el sol se cayó entre los montes

## CONSOLACIÓN

... llamo consolación cuando en el ánimo se causa alguna  
moción interior, con la que viene la ánima a inflamarse...

SAN IGNACIO

Él pone el sol un fuego  
toda la mañana adentro

Viene

diciendo aquí diciendo una palabra  
sola abierta  
que te hunde:

                          ola  
madura lenta dulce  
toda llena de brillantes grandes:  
un crepúsculo la quema

Luego  
                          desemboca  
tan cargada  
como un río que desciende  
de más altas regiones  
hasta el fondo hasta ese resplandor  
redondo como un lago  
como una luna quieta



Te imaginas  
llegado a un día de calma  
a una montaña

Pesa

eso que brilla  
como los charcos en la noche  
después de las lluvias recias y plateadas

Pesa

En ti un hogar ya reluciente

Él pone

tan solo una palabra

## NUNCA AMOR

Vino, te llamaba,  
o flor abierta, o piel de vellos finos  
que eriza un viento suave.  
Nunca amor

Me engañaron tus pájaros,  
tus cielos de pronto enrojecidos,  
tus navíos con banderas agitadas  
y amarillas

Me engañó tu voz, hoguera  
ardiendo entre palmeras

Lujo, exuberancia, te llamaba,  
o puerto tropical a mediodía

Mas te he visto de cerca  
y eres tan solo una íngrima colina  
abrasada de sol

## AVES

Me pregunto  
qué ron dulce las embriaga.  
Quizá la luz  
cuando enronquece  
y empapa de quejas el límite del día.  
Acaso el viento mismo  
quien como ola de cansada espuma  
las impulsa a partir hacia el intenso Oeste  
donde muestra el día sus llagas  
tumefactas.

Estalla su plumaje en oro caliente  
y derramado.  
Y el cielo ha quedado entre sus alas  
como una mancha viva.  
Mira cómo se enredan entre los suaves hilos  
del aire que se enciende.  
Deja su vuelo un sabor tropical de fruta roja.

¿Las veremos, de nuevo, como ahora?  
Tal vez alguna de estas tibias tardes  
en silencio.  
O entre las grandes amapolas  
que trae la Alegría.

## TÚ

I

Tú y yo  
volvamos,  
desandemos lo ansioso  
y tristemente caminado  
Volvamos, sí,  
hacia la hora  
en que subía un olor  
de cosa nueva  
hasta nosotros

Vengamos otra vez,  
digamos las palabras  
que hacían sonar  
las cosas a tu lado

Ayúdame a quitar  
tanta voz inútil,  
tanto gesto ocioso  
que te ocultan

## II

Yo sé que Tú  
vibras aquí  
entre las ondas  
como un presentimiento,  
que brillas  
vivamente  
en el ardo  
matutino  
del mar calmo.

Yo sé que Tú  
cantas en todas  
esas olas.  
Pero no  
importa.  
Quiero escucharte  
hoy en el silencio  
quieto  
de la casa  
profunda.  
Sin luces de mar  
roto en las rocas,  
sin un solo  
movimiento  
de las cosas.  
Solo Tú  
exacto  
en la penumbra.



II  
FUERA DE TIESTO  
(1971-1974)





El inmóvil punto del mundo que gira  
T. S. ELIOT



1

llueve afuera y otra vez sin previo aviso los ratones, el miedo irreprimible al desamparo, una lástima lúgubre hacia todo, el triste olor de las paredes, esta pulcra sensación de que no importa, de que siempre será así, de que después de todo nunca se escuchará girar el picaporte y el ruido inconfundible de una puerta que se abre y entonces de repente solo el mar, la vasta exclamación de una llanura

2

me sentía feliz porque más que viendo todo iba dejando como siempre que todo me abrazara, que aquello se fuera concretando como un remolino de colores en el centro del cual yo siempre encuentro eso que busco allí detrás, en la mitad, la cifra clave que ensambla desde ella los pedazos, y estaba feliz en la misma medida en que la hallaba, y tenía un gustazo grueso calentándome la sangre, y todo era muy hermoso sí, bastante hermoso, hasta que repentinamente se colaba ese delgado y frío gusanito en pleno grosor del entusiasmo, un sobresalto repentino que yo no me esperaba, una luz blanca como flash impertinente, una pieza que no casaba por supuesto en el contexto, pero que, sin embargo, estaba allí reclamada por todo lo demás, algo fatal cagándose sin más en el ritmo y los colores, algo tan torpe como la certeza inexplicable de que aquello no bastaba, de que no había bastado nunca y yo ya lo sabía, aquello no bastaba, era indudable, y no quedaba otro camino que sacarle el cuerpo a la desilusión que me estaba ametrallando la alegría, porque si aquello no bastaba, coño, entonces qué bastaba, si eso tampoco era entonces hasta cuándo

esta clase de hambre no se sacia, estirpe que lleva la forma de la decepción entre las manos, poderoso astro de sed brillándome sin tregua, precisa convicción de que me estoy alejando de la playa para siempre, y ya se van desdibujando poco a poco las líneas de la costa, y entonces el frágil punto firme que resume la franjita de tierra en la distancia es comido sin remedio por la anchura gigantesca de mi hambre, de mi hambre que tiene muchos nombres, el primero de los cuales obviamente es soledad

aseada zona donde todas las piezas engranan sin trastornos, los minutos hacen fila india de la misma idéntica manera, las pisadas se saben componiendo la gran marcha triunfal de la eficacia, donde nunca se supo de alguna discontinuidad inofensiva, algún gesto diacrónico, alguna grieta pequeñita en la lisa superficie por la que uno pueda huir hacia la selva, hacia el vértigo espacial, hacia la vida, hacia algo así como el tiempo americano del llano o de los Andes en el que las horas danzan en vez de desfilan

el estentóreo deseo de romper totalmente con los moldes, un ansia irreparable de buscar lo que no se me ha perdido, la nostalgia de algún punto solar del que yo lo único que sé es que no se encuen-

tra acudiendo al horario de los trenes, y sin embargo, es la única tierra que tenemos prometida, la Ítaca probable a donde podemos atracar con aires de certeza, la evidencia granular que muy de cuando en cuando nos deslumbra, ese imprevisto coágulo de vida que nada tiene que ver con los minutos democráticos del reloj confederado y que es literalmente lo único que importa



III  
OFICIO DE VÍSPERAS  
[1974-1975]





Movimiento, signo molesto de la realidad

RAMOS SUCRE

además, nadie se suicida solo

ARTAUD



AHÍ

Como desenterrándolo,  
busco aquel vacío donde empieza  
a oler distinto,  
y el aire  
de páramo parece  
(o cesa de existir súbitamente)  
mientras entra  
la enorme libertad  
por la ventana.  
No hay oficio ni sueño que lo atrape.  
No hay lenguaje.  
Tendré que manar, despreocupado,  
como agua entre dos rocas  
negras.  
Hasta empozar ahí,  
vórtice mudo,  
donde me encuentro intacto ese color,  
aquel blanco, último lodo  
sin forma todavía.

## SIMULACRO

Para flotar yo hablo y gesticulo.

Falsa maniobra que me salva  
del hundimiento cabal, definitivo.

Coso la oquedad entre los gestos,  
entrecruzo palabras sobre el fondo  
(movimiento plural, ramificado,  
disfrazando de adjetivos a lo informe).

Estructura del vacío esta osamenta  
¿pues cómo otorgar peso al agujero?

## OLVIDO INVOLUNTARIO

*A Silvia Cova*

Yo sé que debo recordar algo que supe,  
algún sanguíneo secreto hoy coagulado,  
el nombre escuchado en la prehistoria  
(alguna confidencia prenatal),  
la raíz de mi memoria fisiológica,  
la luz del fondo que me alumbró de pronto  
y se quedó, como grano de anís, en mi cerebro,  
la glándula que tengo y no consigo,  
este hueco de víscera reciente,  
la forma en la que cupo mi estatura,  
el cómo dibujado en mis dos manos,  
el dónde presentido en mis dos pies,  
el eje siempre inmóvil de mis gestos,  
la letra que completo cada día,  
el instante que me busca a cada hora,  
la fecha que me espera y que olvidé.

## EL DISEÑO

Tiene que haber  
un mapa,  
la estructura,  
aquella quieta forma  
flotante en el vacío,  
los arcos invisibles,  
columnas camufladas,  
las líneas presentidas  
de un diseño.

Tiene que haber  
alguna geometría por debajo.  
Quizá un círculo,  
quizá un cuadrado tácito  
o una red de hexágonos iguales.

Quiero decir, dibujos  
que sea posible ver  
sobre lo blanco.  
Quiero decir, figuras  
cuyos límites,  
fronteras  
o finales,  
no se puedan traspasar  
impunemente.

## NOCHE DE CONDENA

La lámpara custodia desde el techo.  
Rotonda de la luz, mi cuarto quema.  
El acecho es total, ¿pues quién escapa  
a los ojos secretos de los muebles?  
Bajo el lúcido foco del insomnio  
se revelan inútiles las drogas:  
en la mesa —hacinados y risibles—  
tres montones de libros enmudecen.  
Después están los ruidos perceptibles  
del castillo en que yazgo como reo:  
el roce minucioso de mi lápiz,  
la madera crujiente, desgonzada,  
los zumbidos del sueño inaccesible,  
este cuerpo aherrojado que respira.  
No hay salida posible, la mazmorra  
tiene siempre mis mismas proporciones:  
la sentencia es idéntica a la culpa.  
Distingo muchedumbres allá afuera  
pero, en plena conciencia arrinconado,  
hasta el aire de encierro me vigila.

## OFICIO DE VÍSPERAS

Aquí, en pleno reino devastado  
por las hordas enemigas,  
mientras llegan  
                                  la matanza previsible  
y los himnos  
                                  y la hora  
de agolparse a las puertas  
aguardando,  
                                  yo voy vengo  
por toda esta comarca  
rescatando los más frágiles, anacrónicos  
tesoros,  
                                  la abundancia  
de ciertos grávidos silencios,  
los hilos de Vivaldi  
                                  entre las hojas  
de un ramaje cualquiera,  
esa luz —cárdena luz— entre tus senos,  
la tristeza magnífica del aire  
cuando suena de pronto la llovizna,  
los secretos  
                                  que cuchichea el domingo  
cada noche, la liturgia  
de líneas y volúmenes en charcos  
y vitrales.



## RECUESTO

He visto los mares, los bruscos desiertos,  
unas calles oblicuas conduciéndome.  
He avistado islas vírgenes que no pisaré  
y enormes llanuras bajo cielos prohibidos.  
He mirado de frente a verdugos futuros.  
He cometido cientos de delitos risueños,  
incontables errores cotidianos,  
miserables asombros que no puedo explicar.  
He malgastado alegrías y exhumado terrores.  
He dormido con fieras en tundras distantes  
y aún tengo jadeos que son de animal.  
He olvidado a propósito los gestos propicios  
y no añoro acordarme de números claves.  
He sido arrestado en madrugadas insomnes  
y apedreado por lento (lo harán otra vez).  
Han entrado a caballo en mi cuarto de astrólogo  
donde mido tranquilo el cielo estrellado.  
Han sancionado mis pactos pueriles,  
mi orgullosa liturgia, mi áspero rito.  
Me preparo al suplicio con fresca insolencia  
porque hirsuto y exhausto he sido feliz.

## INMINENCIA

Tenso hacia el final sin nombre.  
Esperas su brusca aparición:  
impecable,  
meridiano,  
desnudo como tu ser devuelto  
al primer germen.  
Nacido del caos y del agua,  
estrella  
de puntas diamantinas.  
Duro, refulgente pico de águila.  
Lavado en la inminencia,  
el puro umbral  
el vilo.

LUCAS 24, 14

*A Coral Delgado*

El sepulcro está allí  
con el muerto reciente:  
retorno a mi lugar,  
a la costumbre, me vuelvo a aquella tierra  
y a aquel cielo,  
                    al patio aquel  
donde me aguarda, no la paz,  
mas sí el reposo.

Fue  
una bárbara alegría,  
obcecada, violenta, como esas  
ilusiones que solo la pasión  
engendra:  
                    espejismo total  
donde giraban el asombro  
y la dicha cotidianos.  
Entusiasmo inocente, pero torpe  
aventando imágenes de vértigo,  
enloqueciendo hábitos,  
acrecentando, delante de nosotros,  
los abismos,  
dejándolo a merced de las quimeras  
y la fiebre

de las mil  
visiones ígneas  
que soñaban  
las palabras, las palabras, las palabras

Regresaré por fin a la precaria claridad,  
al azar  
matemático del mundo,  
conciencia de ases fijos,  
lucidez.

La paz, no,  
Mas sí el reposo

## EPITAFIO PROBABLE

Trajiste las voces del asombro, populosas,  
para amedrentar a sordos  
y a lacónicos.  
Enjoyado de horror, iluminaste  
a los impávidos monstruos familiares  
que husmean bajo el mueble,  
van a la cocina,  
se esconden en el más inofensivo  
hábito de siempre.  
San Jorge desarmado, te enfrentaste  
al tedio innumerable, saboteándolo  
con naipes imprevistos.  
Un gozo aciago te hizo incrustar temblores,  
esguinces, parpadeos  
allí  
donde eran lívidas las horas.  
Solo tú viste bramar el sol en el mar limpio  
y oíste, a mediodía, al césped bullicioso.  
No fuiste más útil que el crepúsculo  
o un cuento a medianoche, junto al miedo.  
Te acompaña  
la terca gratitud de los perplejos.

## CAUSA PERDIDA

*A Abraham Pulido*

Coloqué un vaso de agua en el asfalto.  
Metí un cabello de mujer entre las hojas del periódico  
de hoy.  
Traje un ciempiés a caminar sobre el archivo.  
Escribí la letra i sobre un papel timbrado.  
Le puse a ayer el nombre de mi amiga en vez de jueves.  
Dejé un durazno sobre el radiador de un automóvil.  
Rompí el espejo para ver al sol multiplicarse.  
Jugué con un grano de arroz en la oficina.  
Regalé una cucharita a mi vecino.

Y no dio resultado el saboteo.

## LA PALABRA Y YO

Debería ser  
no digo ya mi esposa fiel,  
pero sí mi amante,  
por lo menos;

sin embargo,  
lo confieso —es hora  
de que se sepan estas irregulares relaciones  
para evitar un escándalo  
más tarde—  
es imposible conquistarla,

me traiciona:

se va por temporadas,  
luego vuelve  
cuando quiere,  
no cuando la llamo,  
cuando le grito la busco  
o le hago señas;  
la sorprendo con otros  
cuando la creía más mía  
y lo peor es  
que a veces  
luce mejor con ellos que conmigo;

en ocasiones la maltrato,  
la castigo, la golpeo  
para que me deje poseerla  
o si no  
me maltrato yo mismo  
en su presencia,

me someto a autocastigo,  
a disciplina,  
para ver si se conmueve  
pero nada;

a ciertas horas como esta  
es casi fácil seducirla  
y es muy intenso el goce,  
la redondez brillante  
del abrazo;

también es fácil perdonarla  
entonces  
por la vida que me hace llevar  
al lado suyo:

pero no tardará en irse  
de nuevo,  
la conozco.



## LÍNEA QUEBRADA

A M.

Hay una línea quebrada  
entre este inútil poema  
donde convoco a tu imagen  
y la caricia que tiembla  
sin letras sobre tu cara,  
o entre el nombre forcejeado  
para meterte en el verso  
y el silencio que te deja  
desnuda para mi gozo.  
Porque escribiendo desdigo  
lo que prorrumpe callando:  
hay un sonido del acto  
huyendo de la palabra.

## EL OTRO TIEMPO

Detrás, siempre detrás, y de repente,  
hay un oro puntual, una hora exacta  
derrochado esplendor entre las rejas  
de este impreciso funeral de instantes.  
La Opulenta Quietud, bajo los pasos,  
me convoca a una cita que aguardaba  
sin saberlo siquiera, desde siempre.  
Bajo el ritmo tenaz fluye la calma  
de la que fuimos hechos, gota a gota,  
el agua aquella a donde volveremos.  
La carne de otro tiempo se despierta  
en mi piel más profunda, bautizada  
de un minuto fugaz que permanece.  
Majestuosa y central, ¿qué pausa sube  
a desplegar su espacio oxigenado  
como vela en el mar, sobre los días?

## POEMA DE LA LLEGADA

Cuando tú vienes,  
tú el vacío el nada el ya,  
el que yo no sé su nombre,  
ni interesa,  
cuando tú vienes  
me siento perder voz,  
me seco de palabras,  
          sueno  
          simplemente  
          como tú,  
sin queja sin golpe  
sin crujidos,  
          sueno  
          como tú.

Cuando tú vienes  
tengo prisa por decir,  
por llamarte de algún modo,  
por nombrarme  
          a mí también  
para al fin reconocirme  
en tu presencia  
me abalanzo precipito  
sacudo la quietud  
mancho lo limpio  
todo es tan vacío tan gota  
          inaprensible,

tan exactamente nada,  
tan silencio.

Cuando tú vienes  
abro ensancho acojo,  
me dilato,  
no sé decir, sino que abro  
inútiles clausuras.  
Tú en el canto,  
tú el silbo el suave el que no pesas  
vuelves hilos levísimos  
mis nudos,  
me desatas.

Cuando tú vienes  
nada dice  
y me dices.  
Nada pides.  
Qué vas a ser tú el Implacable,  
el Exterminador, el Enemigo.  
Nada pides,  
eres.

Solo oigo cómo eres,  
solo oigo cómo soy  
y quiero  
ser  
así eso que escucho,  
me abandono.

Cuando tú vienes  
hay  
una exacta coincidencia,

te miro en lo profundo  
de aquello que deseo,  
qué mentira,  
qué imposible,  
qué estúpido  
querer lo que no quieres  
querer lo que no quiero.  
Y entonces  
ya no es sino la paz,  
la precisa ubicación,  
el ser  
escueto.

Cuando tú vienes  
no has venido,  
estás ya desde siempre.

## FALTA DE MÉRITO

Si yo fuera capaz de entrar por fin  
en esa pulcritud del aire inmóvil  
que he llamado silencio en el poema;  
si yo fuera capaz de nombrar árbol,  
como esta tarde el árbol se mostraba  
a sí mismo en la quietud del parque;  
si yo fuera capaz de parecerme  
al objeto real de mi escritura  
(al agua misma cuando escribo agua,  
al vaso limpio cuando escribo vaso);  
y si fuera posible merecerte,  
cosa que ultrajo en tu mudez precisa  
al hacerte sonar en mi palabra

yo entraría en la luz de lo que digo.

## POESÍA

Hecha de costras,  
de imágenes náufragas,  
convexas,  
refractarias como un vidrio ciego.

Hecha solo de bruma y polvareda.

Opaca vanidad, interponiéndose.

SIN USO

Pero hoy tengo confianza en la tarea  
de decirte precisamente esto,  
sin una sola causa  
que motive la cita intrascendente  
de los ojos y las letras:  
apenas te clearte siete líneas  
como quien pide el aire o la alegría.





de las que sale un hombre  
sin abrazos,

*pieno di sonno a quel punto*

Pero Tú,

tú,

di una sola, la única Palabra,  
tú que estás detrás de este alfabeto  
esmerilado,

di esa Palabra  
capaz de engendrar y de engendrarme,  
desde tu lado dime

tú

(y mi alma quedará sana)

*echado en su cuarto, en las tinieblas,  
invisible para los demás, podía contemplar  
a toda la familia*

*en torno a la mesa iluminada*

Yo, Gregorio Samsa, certifico  
que de veras

es poco más la muerte

*Por eso a veces odio  
a esta sucia pintura*  
De pronto no basta,  
es amarga la belleza,  
hay cuervos

en los campos de trigo de Auver-sur-Oise,  
*primer eslabón de lo terrible.*

Cruzado  
por todos los metales del sol crudo  
en un autorretrato  
(¡di tú esa palabra, Théo!).

*Ven en mi auxilio,  
date prisa en socorrerme*  
    el albatros está ciego en el océano,  
    en la sonora enorme sed  
    que no puede contener este cántaro  
    de frases,  
*me has agarrado, me has podido,  
Tú me sedujiste,*  
    Otro total,  
    Vacío de mí,  
    el-que-está-enfrente reclamándome,  
lector: ¡mi hermano!

En la víspera,  
*derriba al poderoso,  
vacía al rico*  
(haz estallar mis cercas, línea a línea),  
tú, Humanidad escogida, pobre esclava  
(*Todos, vengan todos, suban todos, entren todos  
siéntense todos:  
éramos pobres, pobres, pobres, pobres, pobres,*  
Stella matutina,  
*entraremos en las espléndidas ciudades,  
juntos,  
Ianua coelli  
e quindi uscimmo a riveder le stelle.*

## SOSPECHA

*A Pedro Trigo*

Habría que decir  
que dicho todo  
aún está todo por ser dicho.

Ni una sola  
palabra  
ha roto el círculo.

Si el tiempo  
a sí mismo se busca  
y no  
a lo que pasa vivo  
entre las horas,  
no hay futuro,  
otra vez el circuito recomienza,  
solo brillan  
espejos,  
la nada poblada de imágenes  
iguales  
el ciclo  
y sus etapas:  
yo solo  
repetido  
desde el génesis.

JUAN 21, 5

En tu palabra  
la red  
ahora.

Un gesto absurdo  
después de todo.

Sobre el vacío  
no hay esperanza.

Pero tú dices  
que ahora es posible.

Nada es distinto:  
el mismo lago  
negro e inmóvil,  
el mismo sitio,  
la misma noche.

Pero tú dices  
que ahora es posible.  
En tu palabra  
la red  
se moja.



POEMAS DE  
QUEBRADA DE LA VIRGEN  
[1985]





*A Igor Barreto*

*A la memoria de José Lezama Lima  
y de su catolicismo heterodoxo y sabio*



Puede haber momentos de absoluta gratuidad en los que el hombre no se interroga: sabe que Dios actuó en su vida. Esta muestra su transparencia; a pesar de los conflictos insuperables irrumpe una armonía, una plena quietud interior, una unidad de todas las cosas ligadas a una única raíz de la cual viven, existen y subsisten. Pueden acontecer momentos así en la vida de un hombre. Tal vez después de un largo proceso catártico; después de penosas crisis; quizás en el corazón de una vida alienada y pecaminosa. Dios puede surgir no solo como pregunta o como respuesta al cuestionamiento inquieto del corazón, sino como diafanidad y evidencia.

LEONARDO BOFF

He pasado de la conciencia de la poesía a la poesía de la conciencia, porque estoy, a no dudarlo, entre la espada y la pared.

CINTIO VITIER



«Quebrada de la Virgen» es un punto casi anónimo en el mapa. Una pequeña zona cercana a Los Teques, poblada de bosques, riachuelos y algunos sembradíos. Allí, bajo cielos mudos surcados a veces por el relámpago negro del gavián, está situada una amplia casa de retiro en la que empezó la aventura espiritual que estos poemas transcriben y —así lo creo y quiero— relatan. Aquella experiencia interior se prolongó después en las calles de Caracas; pero su pulpa recóndita pertenece íntegramente a la geografía serena de «Quebrada de la Virgen». Por eso este libro, escrito en gran medida cuando mi cuerpo ya no estaba allí, lleva en su título el nombre de aquel sitio, donde tuve la brusca sensación de ser diáfananamente feliz.

Fra Angélico pintaba  
a Jesús y a la Madona  
de rodillas.  
¿Qué daría  
yo, minúsculo  
monje laico, fraile menor  
de alguna Orden extinta  
por prosternarme ahora  
que intento describir  
este olor inocente de la tierra,  
la redonda castidad  
que perfuma hoy este mundo  
donde hasta el ruido torpe del camión,  
el canto lejanísimo del gallo  
e incluso el sudor, feliz,  
de mis axilas  
se confunden  
en un aroma himnico, en la antifona solar  
que entona el aire virgen?

... el *cantus firmus*, la melodía central en torno a la cual  
cantan las otras voces de la vida

DIETRICH BONHOEFFER

Adoré antes cada dádiva de Eros

Ahora sé que en todos mis deseos  
ardes Tú —invicto y detergente  
como la luz, delfín pulquérrimo,  
nada y salta en los colores  
sin mancharse con ellos

Lezama, hoy voy a orar contigo:  
todo es metáfora de todo.

Las cosas, mirándose las unas en las otras,  
son espejos en el reino de la imagen.

Por ejemplo, aquella acacia sola,  
como si en verdad me adivinara,  
enseña ahora, bajo el silencio cóncavo del cielo,  
el tiritante,  
el retorcido,  
el exacto crucifijo de dos ramas  
que ya no ampara el follaje.

Pero un poco más allá, un eje calmo  
en la corriente clara del arroyo  
me revela de pronto la naturaleza  
del tiempo (y la resurrección):  
no arrastra a la piedra el agua ávida,  
¡solo la pule!



Lugar común desinfectado,  
hoy resplandece lo humilde  
de tan obvio:

solo en silencio  
descubro  
que Suenas

Belleza... santa perra.  
JUAN SÁNCHEZ PELÁEZ

Los aprendo aquí, sobre estos cerros,  
bajo estas nubes buenas: ahora existe  
una fiesta celebrándose en la carne  
de la intemperie triste de las cosas  
(¿dónde duele ese picotazo de la luz,  
cuándo vibra esa cadencia de las formas?)  
Momentos al garete en que la yerta,  
insultada materia se vuelve ceremonia,  
liturgia móvil de líneas y volúmenes  
incendiándote los ojos que no aguantan,  
que no soportan ya tanto ladrido  
de la perra feliz, incandescente,  
llamando enamorada a su Señor,  
a la ebria presencia de su Amo.

Treinta años hace que no te invocaba  
DÁMASO ALONSO

Aunque poeta menor, no soy el inocente  
Berceo que conversaba contigo sobre el pan  
cotidiano y moreno de los pobres.  
Apenas; soy un Epulón, que ya presiente  
el fasto final de su miseria: la mirada  
de Lázaro colmada.

Tú sabes  
que el camello, gordo y de buen precio,  
mira con horror la puerta estrecha  
del ojo de la aguja.

*Torre de Marfil*, con la que mido  
mi risible Babel de biblioteca, puntual mesa,  
neón oficinista, limpia cama  
(¿quién podrá aherrojar el *Arca de la Alianza*  
donde nace el pacto con los últimos  
humillados  
y proscritos,

Mater Páuperum?

¿no está ya la Rosa Mística  
plantada para siempre en «Nazareth» —así se llama  
la escuelita de un barrio de Caracas—?)

Pero quizá no es tarde, todavía:  
frente al Dios masacrado que arrullaste,  
olvidado de sí el rostro de Narciso  
contempla en el agua de las lágrimas  
el *Espejo de justicia*, tu  
ovalo perfecto.

...el Espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas  
GÉNESIS 1, 2

...a menos que uno nazca del agua y el Espíritu, no puede  
entrar en el Reino

JUAN 3, 5

En la capilla,  
fuente y estanque  
(bautismo terso  
sobre mi mente  
esta mañana)

Junto al sonido  
del glugluteo  
arrodillada  
habla la aurora:  
en el principio  
solo había agua  
(únicamente  
sorbía el Espíritu  
el centro núbil  
de aquel rubor  
en la garganta)

De esta manera  
para volver  
al ser intacto  
de ese comienzo  
cuando Dios mismo  
gustaba en ella  
su propia higiene  
originaria,  
hay que nacer  
sí, del Espíritu,  
pero también  
del elemento  
que en su sabor  
guarda el principio:  
el que de pronto  
nos sabe a Todo  
¡igual que a Nada!

Me despierta Tu olor entre las sábanas.  
Vengo junto a Ti, que te me expandes  
en la carne agradecida, con ímpetu solar.

Digo *Junto a Ti*. Vuelvo a decirlo.  
Y para algunos, poquísimos amigos  
es hoy este rubor confidencial:  
nadie sabe  
que, a Tu sombra, gusto vivo,  
el ápice frutal de mi deseo sabe intacto,  
anterior al paladar de su lenguaje,  
como aquella manzana de Cézanne  
exacta sobre el fondo. Sin gusano.

Me recuerdo  
a expensas de las ráfagas de música  
mientras aquel terco, helado espejo  
devolvía mi rostro iluminado  
donde el alcohol ya empezaba a dibujar  
la náusea de caer, harto de mí,  
en cualquier cuerpo, como en mi propia tumba.

Como entonces, apronta Tú mañana y siempre  
aquella flor menuda junto al piano  
—imposible loto zen en el bazar—,  
la flor que nadie mira, erguida solo  
para arrasar de lágrimas mis ojos  
con el estupor feliz, con la vergüenza.





el cósmico juguete que son los dedos de Theloniuss tocando «Round Midnighth», un solo lentísimoo de Parker —por ejemplo, «Lover Man»— en la mañana cuando el abrazo se demora, insiste, recomienza, aquel poema de Ezra Pound, el que termina:

« ... la aurora entra en el cuarto,  
con pasitos menudos,  
como una dorada Pavlova ... »,

ciertas páginas calientes de Lezama en que huele a malecón, las olas rompen e incluso el mar tiene un color de daiquirí, aquella última secuencia de la película de Chaplin (la exciega y el mendigo se consuelan de su imposible amor, con la mirada).

Enumeraría igualmente esos instantes inocentes, su gloriosa mansedumbre que no vistió, desde luego, a Salomón: el momento más justo del acorde, la simetría sedante del paisaje, la esbeltez japonesa de la curva, la gravidez sonora del volumen, la santa promiscuidad de los colores:

me refero a Tus poemas menudos dibujando la infinita secuencia de la anécdota que le cuenta a mi muerte Scherezada en la penúltima, horrenda, bella noche.

*(A Miguel Márquez)*

Aquí, en esta casa,  
donde cada palabra, cada gesto  
son solo los dóciles ecos de la luz  
inmaculada,  
vertical,  
inapelablemente última,  
añoro para ella  
(la cháchara mujeril de la poesía  
con sus técnicos chismes de ocasión  
tan fotogénicos —whisky en mano—  
sobre la página social  
de algún Suplemento Literario),  
le añoro, digo, algo de la casta  
doncellez de la madera  
recibiendo  
la frugalidad silenciosa de una cena,  
de la última cena.

... Todavía —dijo el niño— luchas con Él

NIKOS KAZANTZAKIS

... máteme tu vista y hermosura

SAN JUAN DE LA CRUZ

Rasante, en el sol pleno de las doce.  
Reconozco la cólera del vuelo.  
Había olvidado ya  
que para merecer la epifanía  
mortal del gavilán  
en picada fugaz sobre la presa  
(la sangre feliz entre sus garras)  
era necesaria esta canícula  
precaria de la espera,  
el sudor convaleciente  
aguardando el ojo clínico del ave,  
las dos alas batientes gobernándote,  
el pico alegre y fúlgido  
desgarrando la carne bienherida  
víctima al fin de la salud,  
curada por la muerte.

Vino un huracán violento, que descuajaba los montes  
(...) pero el Señor no estaba en él (...) Después se oyó  
una brisa tenue, y al sentirla, Elías se tapó el rostro (ante  
Su presencia) ...

1 REYES 19, 13

¿Dónde podría encontrarte ahora  
sino en la respiración de su sueño  
Junto a mí:  
adánica, uniforme, bajo el alba?

Oyeron al Señor Dios, que se paseaba por el jardín a la caída de la tarde. El hombre y la mujer se escondieron (...) Pero el Señor Dios llamó al hombre: ¿Dónde estás? Él contestó: Te oí en el jardín, me entró miedo porque estaba desnudo.

GÉNESIS 3, 8-10

Hay otro tiempo.  
 Sé que hay otro, sugiriéndose  
 allí, en pleno centro  
 de esta anárquica orquesta de relojes  
 dando la hora para nadie,  
 porque es siempre el minuto  
 en que no estoy, en que me fui.

Sé que hay otro,  
 ingrávica cadencia que no registra el télex  
 ni el fonógrafo: ella sola  
 es el pentagrama oculto de los hechos  
 componiendo aquel acorde,  
 el pianísimo blanco del instante  
 (el del anhelo, el único central, el extraviado)  
 en que se oyen, tan leves, Tus pisadas  
 bajo el miedo, la música invisible  
 de Tu danza en el jardín, que me pregunta  
 por aquella memoria de quietud,

desnuda siempre,  
que cubrió la velocidad de mi vergüenza,  
esta prisa amnésica olvidando  
la puntualidad del Paraíso.

*(A Esdras Parra)*

Los ojos de la monja me sonrían  
al servir, discretísima, mi cena  
como si ejercitara con los dedos  
—con el alma entre los dedos, mejor dicho—  
algún arte sagrado. En este instante,  
para ella soy un extraño solamente  
y por eso su lenta cortesía:  
a sus ojos soy alguien, alguien solo,  
una santa demanda colocada, como un don,  
en las afueras de su Yo. Para acogerla,  
para recibir ese regalo inmerecido,  
hay que salir al extramuro, autoexilándose  
en la intemperie ética, que inclina  
a recoger las migas de mi plato,  
las sobras del simple transeúnte  
un comensal anónimo, el Otro vivo  
con quien se comparte el pan inexorable;  
el hecho de habitar sobre la tierra.



... llegó con un frasco de perfume; se colocó detrás de él, junto a sus pies, llorando, y empezó a regarle los pies con sus lágrimas (...) Y Él, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: « ... se le perdonan sus pecados, porque amó mucho»

LUCAS 7, 38-47

Sobre la cubierta de aquel ferry,  
frente al ardor matutino del mar calmo,  
yo sé que una mirada, cualquier gesto,  
habrían delatado mi ansiedad,  
ese anhelo de demorar un tacto leve,  
simplemente amistoso, sobre el hombro,  
y la necesidad de prolongar lo suficiente  
la caricia discreta de los ojos  
para que al fin él lo supiera,  
lo comprendiera todo de repente.

Hoy he vuelto al sentir, frente a la noche,  
la misma delicia de aquel miedo,  
esta añoranza, súbitamente impostergable,  
de confesar sin estridencia

mi amor silencioso,

tan íntimo que sangra  
con la más invisible de las sangres:  
la que no puede fluir, porque está hecha  
del heroísmo último del alma, del martirio

que se ha tragado la muerte solitaria  
para que el otro sea dichoso.

Dame siquiera el saber que he amado mucho,  
el perfume caliente de mis lágrimas  
enjugando las Tuyas, que también  
ardieron calladas, sin reproche,  
por él, sonriente y esbelto sobre el ferry,  
desde luego por mí,  
por la indiferencia sólida del mundo.

Manando sangre negra, Tu costado  
vierte hoy la tinta del poema:

para llegar al centro  
de la indecible comunión,  
no te apresures  
multiplicando abrazos a destiempo.  
Quédate ahí, en la intemperie  
exacta de tu cuarto (ni siquiera monacal:  
fijado por sus paredes habituales)  
abriéndote al minuto de silencio  
—llegará, te lo aseguro,  
entre las grietas del ser, inconfesadas—  
en que empieza a resonar  
aquel llanto penúltimo, el gemido  
suplicante de la madre al estallar  
la cólera paterna, ese sollozo  
rogando por el miedo que has de oír  
en el ruido insomne de los otros  
construyendo el amor, el desamparo.



Señor,  
que envejezca conmigo la esperanza  
hasta la videncia virgen de la muerte  
donde Whitman y Quevedo me parezcan  
cara y sello de la única moneda:  
el relámpago total de la mañana.

... el momento más duro para un ateo es aquel en que se siente agradecido y no sabe a quién dar las gracias.

G. K. CHESTERTON

No buscados, hoy amanecen  
el pan sin el soporte de la mesa,  
el agua regia sin el vaso,  
el árbol sin las letras que lo escriben o pronuncian,  
el pájaro puntual en la ciudad dormida.

La lluvia pisa la grama y resucita  
vírgenes perfumes. La cal nueva  
fulge en la pared del campanario  
donde el domingo me convoca.

Ese trozo de musgo en el asfalto  
me recuerda que el Mundo, subversivo,  
derrota a la Historia finalmente. Y con él,  
vence este día, cabal e impronunciado,  
redimiendo en su fasto la basura  
acumulada ayer sobre la acera.

Hay asueto en la entraña del silencio  
y hasta las motocicletas braman hoy  
en el vacío festivo, como un circo

de animales prehistóricos jugando  
en la infancia silvestre del oído.

La calle de siempre es otra calle:  
una estampa escrita por detrás  
en la caligrafía primera de la luz.  
No hay mariposas, pero en cambio  
los ojos de aquel perro, bajo el porche,  
agradecen, acuosos, el sol tibio.  
Me miran ignorando su dulzura  
en la extática plegaria del instinto.

¿Cómo cristalizó el mito de esta hora  
en el ateísmo líquido del tiempo?  
Alguien dibuja el día por nosotros.  
Alguien me ama hoy, secretamente.

*(A Alberto Barrera)*

Estábame allí... con Él...

SANTA TERESA

El abismo en el fondo tiene rostro.  
Allí, siempre detrás, aguarda el Tú.  
No el Mundo (él, crudo en el labio,  
inteligible en fracciones de segundo  
bajo la luz genésica, se expande  
como un hogar vacío,  
resplandeciente, sí, pero al fin Nadie,  
porque no puede hablarme enterneciéndose).  
No soy Yo mismo quien me espera (yo,  
ahíto de mí, ¿cómo es que haría  
para lograr ese abrazo total, totalizante,  
que no alimenta vanidad, sino fulmina  
consolando sin jamás compadecerse,  
al que no puedo huir, pero que salva  
acompañando mi soledad reconciliada?)  
No, no son los Otros los atentos  
(¡los Otros!: ¿podrían ellos,  
mis espejos o disfraces al quererme,  
enajenándome repletos de su amor  
que me sosiega defraudando o de mi afecto  
que no logra cubrirlos al sedarlos,





... sal corriendo a las plazas y calles de la ciudad y tráete a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos

LUCAS 14, 21

¿Y si fuera verdad que la poesía  
debe partir su pan especialmente  
con el último invitado inoportuno,  
bostezador profesional, mártir del sueño,  
el que arrastra los pies, el eructante  
el que tira la lata en la avenida,  
el que acaba tal vez de masturbarse,  
el gordo, el ruin, el feo, el tartamudo,  
aquel Pérez escueto sin un nombre  
o ese simple Juan sin apellido  
que llora estornudando en el zaguán  
su carta en la hoja de cuaderno,  
su solicitud de empleo, su estampilla,  
su foto de domingo junto al árbol  
donde un adolescente con acné  
dibujó un corazón a navajazos?  
¿y si ese corazón fuera la síntesis  
de lo que quiero decir con estos versos  
escritos por cualquiera, un poeta solo  
silbando su poema, como todos?

*(A Rafael Castillo Zapata)*

El mismo cristofué  
de la niñez  
surca mi ventana  
mientras pienso:  
¿cómo decir

ahora

que Tú y yo nos amamos?  
¿Qué palabra  
aterida aún por el misterio,  
livianísima, extraviada  
quizás en el olvido,  
haría falta pronunciar  
para aludir, sin cháchara,  
a la herida

—tatuada en la carne de los dos—  
cuya sangre tiene el nombre de mi vida?

Acaso exista esa palabra  
aleteando sobre el tráfago  
sordo del lenguaje: este trinar  
de un simple cristofué  
en la mañana indigna de los ruidos,  
intacto como el último,  
primer pájaro.

Para saber de Ti, para escucharte,  
haría falta hundirse en ese tiempo  
que duerme en la memoria, como el álbum  
familiar espera al fondo  
de la última gaveta. Basta entonces  
unas manos otra vez ávidas de infancia  
para que rostros, miradas y sonrisas,  
hablándonos para siempre en esas fotos,  
reconstruyan, como balsa de naufragio,  
una presencia acompañante: la raíz  
oculta de la propia vida:  
nuestra historia, dibujada en las páginas  
del álbum, regresa al húmedo desván  
donde nos aguarda aquella fábula, ese cuento  
de hadas narrado acaso por la madre  
en una noche íngrima, solemne,  
donde éramos únicos, hermosos, sempiternos  
porque nos sabíamos amados (así  
sencillamente buenos por queridos)  
y la razón solar de nuestra vida  
era aquel árbol sagrado en cuya copa  
la aventura se llamaba mundo todavía,  
se llamaba sexo, se llamaba enamorarse,  
trabajo se llamaba (la tarea  
consistía apenas en ser héroes, porque todos  
lo eran ya, hasta los animales y la luna)  
y bullía, sacramental, la mesa del almuerzo

y el viaje imaginaba cualquier isla  
y el juego celebraba cada piedra.

Haría falta, Señor, ser anacrónicos  
hasta no sé qué paz de la memoria  
—marchita como una flor ya fósil  
que aún perfuma las manos al rozarla—  
para devolvernos hacia el fondo,  
hacia esa viva, secreta arqueología  
que oculta nuestra saga, la verdad  
épica que entrevió la adolescencia  
en el relato total del universo:  
somos el mito que nos cuentas  
y los recuerdos del niño saben ya  
que Tú eres el pasado del futuro.  
Nos bastará morir para vivirte.

Uno quisiera decirle a los amigos  
que Te buscan sin saberlo:  
«Él está aquí, este es Su rostro».  
Pero Tú surges oblicuo, tangencial,  
entre dos horas que parecen  
más vivas que Tu vida,  
entre dos espacios tan espesos  
que le roban densidad a Tu lugar,  
como si esas dos mitades de existencia  
no supieran de la paz que las divide  
irrigándolas discreta en pleno centro,  
porque Tu puntualidad inubicable  
es un aire de atrás, viento de espaldas  
golpeándonos el rostro: no aprehendemos  
su oxígeno invisible, aun respirándolo,  
que silente llamea en los pulmones  
y amamanta nuestros glóbulos vitales  
con un hálito que no podemos atrapar  
o medir, pero que está —patrimonio común—  
en cualquier parte, oreándonos la vida,  
disponiéndola a un ingrátido silencio  
—como aquel en que danza el astronauta  
bajo la piedad muda de los astros—  
al que accedemos, de pronto, sin notarlo,  
en cualquier calle, en cualquier autobús,  
como a una fiesta.

Así como a veces deseáramos  
 que Karl Marx y Arthur Rimbaud  
 se hubiesen conocido en una mesa  
 de algún Café de Londres,  
 mientras en el agua sórdida del Támesis  
 —ahíta de grumos aceitosos  
 que flotan entre botellas y colillas  
 y ropa gris de gente ahogada—  
 espera el Barco Ebrio, ya sin anclas,  
 a que el fantasma que recorre Europa  
 suba también, para zarpar  
 (Karl, vestido con *blue jeans* marineros  
 se despide de Engels en el muelle  
 y Arthur hace lo propio con Verlaine  
 —los sueños insolentes ahora enfundados  
 en la gorra que usó él mismo en la Comuna);

así como, a estas alturas, quisiéramos  
 que Hegel, apeado del estrado de su cátedra,  
 hubiese visitado a Hölderlin un día  
 en su manicomio oculto de la torre  
 para escuchar cómo el demente  
 —sin reconocerlo tal vez en su delirio—  
 le habla de un viejo amigo de Tubinga  
 con quien, en mitad de una fiesta adolescente,  
 bailó una mañana, junto a un árbol  
 por ellos mismos levantado

(«Libertad», lo llamarían),  
tan fieros y felices como niños orinándose,  
con el impudor de los puros, frente al rey  
(en la siesta monocorde del verano,  
recordando las novias suavísimas de Heildeberg,  
los dos compañeros se confiesan:  
la razón debe pedirle a la locura  
su danza irreductible, la inocencia  
con que el loco Hiperión, desde su torre,  
enseña al profesor que la luz blanca,  
la rosa de los vientos del Espíritu,  
no termina en el Estado de los Césares,  
se burla de las Prusias de los káiseres);  
así querría yo hoy que a William Blake  
lo hubiesen dejado predicar un solo día  
sobre el púlpito labrado de una iglesia  
—la catedral de Westminster, por ejemplo—  
en presencia de arzobispos y presbíteros  
y de una multitud de feligreses  
harta, como todas, de sermones.  
Imagino el viento sagrado resonando,  
por primera vez, junto a los mármoles,  
mientras los cuerpos, desnudados por fin  
como a la hora del agua o del amor,  
se erizan con el paso del Dios vivo  
y tiemblan ante el olor de Cristo el Tigre  
devorando las ingles de las almas,  
ahora tan intactas, tan ebrias y tan vírgenes  
como la de aquel niño canoso viendo ángeles  
a la hora en que arde Venus sobre Lambeth  
y hasta las prostitutas de Soho profetizan.



Te agradezco ahora el tierno, iridiscente mundo.  
Si tuviera hoy  
Si tuviera hoy que resumirlo  
en una sola y brusca imagen,  
Tú sabes que escogería, entre todas, el crepúsculo  
en que llegué hasta ella, fatigado  
de un trayecto feliz desde Friburgo.  
Sí, este ocre, este oro viejo  
bajo el sol tumefacto de las cinco,  
me la recuerdan hoy, ebria de aguas.  
Pesada de esplendor, sobre las márgenes  
ondulantes y suavísimas de junio,  
ofreciéndose con una obscenidad primaveral  
(bullicio de las flores en las plazas  
donde albean los mármoles desnudos)  
ella flotaba apenas como un cuerpo que se esparce  
en un tibio olor de pan y en una música  
de fuentes y en un clamor geométrico  
de palomas vespertinas:

Roma allí, por fin,  
como la meta natural de un viaje en tren  
que empezó no más con nuestra infancia,  
abriéndose hasta esa pulpa joven  
que es caminar descalzo sobre el suelo  
embaldosado de la calle y preguntar  
si es verdad que aquella página dorada



*Anochece.*

*Hacia Costa Rica, los volcanes  
evaporados en la niebla.*

*¡Y el Lago, impalpable, hecho de aire!*

*Extensión de aceite helado*

*a ratos gris (¿pero qué gris, qué ámbar?),*

*a ratos ¿rojo? (horizontal y líquido crepúsculo),*

*colores no nombrados todavía,*

*casi fucsia —malva ígneo— metal u ópalo.*

*Y bosques, unánimes bosques aplaudiendo*

*—rumor denso del viento entre las hojas*

*donde aletea el cormorán y chilla el mono*

*y los grillos empiezan a arrullar*

*el chapoteo isócrono del remo,*

*nuestro bote flotando entre las islas.*

#### La memoria

arde aún en el taller, hacia las once,

cuando el Lago es solo lámina de zinc:

mis manos, a esa hora

con torpeza descubren el cemento

la piedra

la madera

Le aprendo el color a la vinílica, el rastro acre

al kerosene, su luz propia a cada tarro de pintura

Matemática del trazo («que quede parejito»,  
ordena Óscar)  
tan seria como la Filosofía

Y no hay libros: solo manos (las de Óscar)  
sucias, minuciosas, inquietantes  
La ciencia exacta de la carne,  
del impulso inteligente hecho de dedos  
para estas nupcias íntimas: mis manos  
desposándose aquí con la materia  
en bodas sudorosas y ampolladas  
cuando el cuerpo huele a ron y sabe a fruta  
de puro entresacar forma del barro,  
mientras el sol, ¡ay sol del hambre!,  
calibra, inapelable, cada hueso

El arte verdadero empieza aquí —y no después—  
y la poesía:  
épica digital o tacto lírico,  
mi estética bregante a ras de tierra,  
gobernante del volumen y la línea (¿qué poema  
pudo tener jamás el útero nocturno de este vaso,  
la curva dócil de este cenicero,  
el fru-fru gentil de este collar al ser tocado,  
el ojo invicto de este pez que pinté ayer?)

También comienza aquí la conversión  
—«¿... pues no es este el hijo del carpintero?» (Mc. 3, 4)  
y «trabajen con sus manos  
como les hemos enseñado» (1 Ts. 4, 11)

El trabajo manual como protesta  
y comunión y desagravio

«Se dedicaba luego a la rueca, hasta haber  
hilado cierto número de madeja. A veces se le  
encontraba absorto examinando  
los detalles de los últimos modelos  
de «charkhas» y dando instrucciones al diseñador»  
(Uno de los biógrafos de Gandhi)

Yo, en mi agenda de neoparria  
(cotona, *blue jeans*, botas de hule),  
anoto el día que me espera:  
cada resistencia del metal,  
las hazañas del pincel y de la acrílica,  
la aventura de una raya:  
    el sentido de mis manos  
    (las reinvento)  
hasta el responso dulce, hasta el silencio

*Sol y Lago. Nuestro bote. Parsimonia  
de una danza remante bajo el drama  
cromático del cielo. Vibra el aire.  
Resplandecen las aguas. Fosforecen.  
Solo el grito de alarma del pocoyo  
en los manglares lóbregos del alma.  
Atracar será las risas de la cena  
y la cólleman insomne, convocándonos.  
Anochece.*

La imagen como un absoluto (...), la imagen como la  
última de las historias posibles.

JOSÉ LEZAMA LIMA

Lo recuerdo con redonda precisión:  
Laura, esbelta ante la tumba,  
como otro ciprés del cementerio;  
yo no aparto los ojos de la cruz  
escueta y limpia, bajo el sol.  
Se me quiebra la voz (Laura me mira)  
pero el cielo está ahí, luz estridente,  
gravitando puntual para esta cita.  
Balbuceo el Padrenuestro, mientras pienso:  
haría falta encontrar una metáfora  
que discierna la verdad de este minuto  
en que el grifo solar del mediodía  
abre voces y risas de la calle  
cuando arde luminoso incluso el polvo  
que blanquea el silencio de su lápida  
donde las letras fulgen, invencibles.  
Haría falta aquí y ahora que el poema  
(uno de los suyos, por supuesto)  
viniera a declarar este prodigio  
que Laura y yo, temblando, contemplamos:  
el resplandor voraz incendia afuera



A veces Te me niegas.  
Solo rozo tu aspereza, la costra  
de esta nostalgia que Te busca.  
Secuestrado por una atmósfera compacta  
no hay una sola, brusca grieta  
por la que pueda tocarte mi deseo.  
Mi impotencia y mi fatiga  
zumban ante Ti, calientes, transpiradas,  
como dos insectos que no pueden  
posarse al fin en esa lumbre  
que, sin embargo, los atrae.

De pronto, mi insistencia  
alargándose total hasta aquel ápice  
donde el contacto vibra, centelleando,  
encuentra un flujo de abandono.  
Con qué pasmo ígneo de ternura  
—si la ternura puede colindar con el espanto—  
gozo ese minuto en que llamas,  
volviendo de repente ya porosa,  
tan dúctil y maleable que sonrío,  
la materia pesada de mi cuerpo.  
Resucita, entonces, la mirada  
a la que suben, impúdicas, las lágrimas.



Te respiro otra vez, como los pájaros  
olfatean el alba desde lejos,  
cuando me trepa la agolpada gratitud  
de que cedas sin lucha y sin medida.

*(A Antonia Palacios)*

... creo que no existe nada más bello, más profundo, más atractivo, más viril y más perfecto que Cristo; y me digo a mi mismo, con celoso amor, que no existe ni puede existir. Más aún: si alguien me demuestra que Cristo está fuera de la verdad, y que esta no se halla en él, prefiero quedarme con Cristo antes que con la verdad.

FIÓDOR DOSTOIEVSKY

Cuando Mahalia Jackson dice *Lord*,  
 reservándole a esa nítida palabra  
 la nota más pura de la voz,  
 yo enseguida lo comprendo: sé que allí,  
 en la negrura abismal de su garganta,  
 sangra la única carne que me importa,  
 el cuerpo amado hasta dolerme,  
 mi hijo ajusticiado, hermano íngrimo,  
 padre a quien engendra mi ternura,  
 mi Señor que apaleo, último amigo  
 al filo de la noche, en plena duda,  
 por debajo del asco y la vergüenza  
 y más allá del estruendo de la dicha,  
 porque no hay otro amor, otra respuesta:  
 apenas sus dos ojos que me otean,  
 sus oídos que me auscultan,  
 ese tacto inasible despertándome

a la pulpa redonda de mí mismo  
cuando nada me importa, excepto El  
arrinconado allá (desván o sótano)  
junto al soldado de goma y la muñeca,  
payaso en el circo de los locos,  
camarada del poeta y de la puta,  
príncipe de flores y leprosos,  
majestad harapienta, Dios proscrito  
a quien unos cuantos, negra tribu,  
llamamos con ronquísima dulzura  
compañero.



YO QUE SUPE DE LA VIEJA HERIDA  
[1985]



*Para Alberto y Miguel Márquez, mis hermanos, como tributo de devoción y gratitud.*

*A Igor Barreto, Alberto Conte, Laura Antillano, Rafael Arráiz Lucca, Carlos Pacheco y Arturo Sosa Abascal, por la fiesta cotidiana de la amistad entrañable.*





Es tan deleznable toda poesía amorosa,  
tan llena de ripios,  
que no puedo dejar de escribirla.

Especie a punto de extinguirse  
en la arena del sueño juego contigo

J. G. COBO BORDA

Le saquean al pueblo su lenguaje.  
Y falsifican las palabras del pueblo.  
(Exactamente como el dinero del pueblo).  
Por eso los poetas pulimos tanto un poema.  
y por eso son importantes mis  
poemas de amor

ERNESTO CARDENAL

y solo un poema puede explicar por qué  
aquel hombre mal afeitado y ebrio tiene ojos de príncipe.

PERE GIMFERRER



## BOCETO

... lo que os gustaría es una Obra Maestra.  
De mí no la tendréis.

CARLOS MARTÍNEZ RIVAS

Si contrariamente a lo previsto  
fuera la tribu  
la que diera su sentido más puro  
a mis palabras.

Si la imagen —dejando, desde luego,  
mesa puesta, habituales contertulios—  
acogieran cicatrices,  
acudiera a las pústulas  
(demasiado decir: si las curara),  
si la metáfora, a secas,  
recibiera sin modales a la ampolla,  
—a una ampolla de veras,  
fresca y mártir—,  
si osara salir el adjetivo  
a contar las llagas.

Si los sanguinolentos tendones del poema  
hospitalizaran —por fin— al dulce oído,  
al ojo y su embeleso.  
Si en mitad de los versos inocentes  
Se oyera el griterío  
de la celda vecina.

## MICROJAZZ

El poema es hoy  
la lucidez vacía de este espacio  
que deja el dolor al descubierto.  
Nada tengo en las palabras  
para glorificar al sufrimiento,  
su polvareda recurrente  
(de poco serviría acordarse de Dionisos  
o de los consuelos de Jesús).  
Cuento apenas con unas letras vacilantes  
para abrazarme a la intemperie:

Charlie Parker

a su saxo  
lo tomaba así, como a una muerte  
obligatoria, que acaso —en ocasiones—  
podía rozar a contraluz,  
empapado por la última saliva,  
aquél mapa probable  
orientando los sonidos.

## ¿POESÍA?

Digo (poema orondo, satisfecho).

Pero al lado  
sus radios también dicen  
y los anuncios comerciales  
dicen  
y dice la AP desde el periódico  
y el Ministro de la cultura  
dice.

Sería necesario  
desdecir (se).  
Hoy, es la única función de la poesía.

## CASI ARTE POÉTICA

Belleza... santa perra.  
JUAN SÁNCHEZ PELÁEZ

Disfruto el poema como un brandy  
lentísimo y soberbio sobre el labio.  
El lujo decadente de mi ánimo  
mostraría esta tarde sus estampas:  
daguerrotipos húmedos, sombríos,  
giros solemnes, como decir «desdicha»,  
azucenas de altar y hasta magnolias  
como aquella que Wilde se colocaba  
en la solapa anchísima del traje  
(Scotland Yard siguiéndole la pista  
para hacer aún más bella la tragedia).  
¿Hace falta decir que el tocadiscos  
en este instante justo, murmurando  
viejos clisés de Brahms para violines,  
me edifica una cárcel minuciosa  
donde me apresan ánades, deidades  
lluviosas como silbo entre los álamos,  
ánforas gigantescas con petunias  
(se trata de una escena de Visconti),  
un susurro de raso en las baldosas,  
una charla con Proust en el balcón  
mientras tose él su asma en el pañuelo,  
aire opalino como aquel color

que contemplé yo en Como hace ya años  
(la nota que faltaba: un viaje a Europa  
cuando mi adolescencia agonizante  
lloraba en pleno tren tanta belleza).  
Y aun si en este minuto deseara  
ahuyentar de estos versos la panoplia  
de lugares comunes (¡tan sabrosos,  
tan de rancio alcanfor, tan frac guardado!),  
si quisiera escapar de la armonía  
de estas arpas solemnes, de este nácar  
con que la tarde irónica me escribe  
una luz rubeniana, su hombro níveo,  
su Verlaine otoñal en pleno trópico,  
si para no asustaros me enseriara  
y, como buen alumno del poema,  
os dijera (les dijera, mejor)  
ya siglo XX, idéntico a los bardos  
(los poetas, perdón) de Venezuela:

*De rodillas la tarde nos evade.  
Tan inerte a su luz está hoy la casa  
que me duelen de frágiles los muebles  
y pesa la orfandad de los jarrones.  
Convalece el perfume.*

*Las paredes  
porosas nos respiran.*

Si yo dijera así (y ya lo han visto:  
puedo ser tan moderno, yo, tan lírico,  
tan barthesiano si me lo propongo,  
tan lector de Saussure como cualquiera,  
tan sintaxis de sala de conciertos),



si yo dijera así, les mentiría:  
barnizando de doctrina mi poema  
—semiológicamente, por supuesto—  
disfrazaría tan solo mi homenaje,  
obsceno como sexo de muchacho,  
a la perra tenaz, la puta invicta,  
que me sigue los pasos y me muerde  
todos los días el alma, igual que en Como.

Y acaso sea por eso que me burlo  
de ese animal espléndido, acezante,  
de ese monstruo tallado de deseo,  
de ese tótem magnífico mirándonos  
con ojos de Cernuda en esta tarde:  
me definiendo con unos versos torpes,  
este Chopin tocado en la retreta,  
ese *art nouveau* de casa de La Guaira,  
esta foto velada de Venecia  
que ensucia en la avenida un automóvil,  
esta añoranza a la que más bien quiero,  
en vez de desnudarla desnudándome,  
nombrar como Andrés Mata en una plaza  
bajo los almendrones de Macuto  
junto a un vals merideño en la rocola.

Me sé de memoria los epítetos  
(en algún calabozo no lejano  
con un palo le pegan a Vallejo),  
y, si convierto en ron el brandy pulcro  
de este poema donde la perra ladra,  
no lo olvido un instante, frente a frente:  
la puta me conoce, hasta en la calle,

y esta tinta manchándome las manos  
es el rastro de sangre acusadora  
que atestigua mi crimen cotidiano  
y me expone al castigo inevitable  
de seguir cometiéndolo mañana.

## ANUNCIACIÓN

Hoy, al llegar a la casa, por la noche,  
mientras la ciudad ardía de neones  
y un burdel de rojos verdes azules amarillos  
—palpitando en el aire ennegrecido—  
convertía al crepúsculo en muchacha seducida  
por unas monedas rutilantes,  
yo, en silencio,  
imaginé un pacto furtivo con Caracas:  
le pedí al televisor (apagado extrañamente en esa hora)  
un programa que fuera  
algo así  
como un arcángel repentino de Fra Angélico  
batiendo sus levísimas alas  
allí, en la pantalla  
bruscamente florida  
por el crujir de un azul vespertino de Rey Mago  
para trajearnos todos.

## SIGLO XX

Esta noche  
al pasear por la avenida  
de pronto  
detrás de la funeraria  
iluminada SERVICIO DE CAPILLAS  
se veía claramente un escritorio,  
se adivinaban los papeles  
(contabilidad y recibos).

La Estigia de color de cheque.  
Caronte vestido de flux.  
La Danza de la Muerte  
(*¿Qué se hizo el rey Don Juan?*)  
alquilando su cadillac lustroso  
para entrar, tocando la corneta,  
en ese inapelable, último polvo  
de un archivo en la oficina.

SÍ, VISCONTI

*A Richard Lizardo*

Dulce pantalla  
un tanto ajada ya, rosa de noche,  
levemente amarilla  
                                  como la edición  
que un ansiado D'Annunzio nos firmara  
—el tormento tiene néctares lujosos  
para los que desconocíamos un nombre—  
en las butacas de este cine, al que acudimos  
hartos de autopistas y monóxido:

tu olor de esperma fúnebre  
en el que vespertino me consumo oyéndome  
temer la risa de Tazio en la caverna  
donde la última, la negra  
flotilla de góndolas me anuncia

que aun este fasto del deseo  
ha de cambiar (se hará canoso  
en Polonia, como todos/los turistas  
fotografían palacios en Baviera),  
pero esta vez, sí, regia  
Sicilia de los cuerpos idos,  
para que todo cambie.  
(Cuando se prenden las luces, te me impones  
en mitad de mis ojos empañados



ALBERTO

Deseoso es aquel que huye de su madre.

LEZAMA LIMA

Pequeño sabio del *blue jeans*, rey silencioso  
gobernando en secreto nuestros ritos  
(el ron de medianoche, las palabras  
ebrias de bolero y nicotina, los encuentros  
alumbrados por el neón de la avenida  
junto al insomnio parpadeante de los bares  
mientras los cines vomitan su ración de gente).  
San Alberto paseando, clandestino,  
tanto trayecto del deseo  
que aguarda su final desde la infancia:

La Salle era  
un bosque sagrado de pupitres  
donde los corredores jamás desembocaban  
(olor ensotonado y catecismo)  
sino en la capilla roja del burdel: rituales íngrimos  
buscando con torpeza entre las sábanas  
una lección solo en el tacto presentida.

Aquel eres aún entre nosotros,  
el que en la casa de putas sintió miedo  
y no se lo dijo a sus amigos:  
ese muchacho recorriendo cuartos,  
todas las habitaciones del deseo,

pero con qué miedo magistral y taciturno,  
como si se tratase de que la erección rezara  
—allá, más joven que ahora  
lo decías: «Tuve miedo de no encontrar a la mujer»,  
y es que, sin barba aún, ya la buscabas,  
la mujer que es carne aérea de aquel viaje,  
el viaje interminable, el viaje *beat*  
con sandalias al sol en el cerebro  
que todas las semanas te propones,  
la mujer vacacional, la inagotable,  
el sábado absoluto (ven vagina de *week-end*  
a convocar al sexo del espíritu)  
—«¿por qué no nos vamos a la playa?»,  
—«¿por qué no cogemos el autobús pa'Mérida?»,  
—«¿por qué no nos vamos pa'l carajo?»,  
y es el mar sin horizontes, los Andes últimos,  
la mujer, sin más, tras los pasillos  
esperando después de tanto horario  
en un ápice frutal, una miel negra  
frente a un *jeep* dominical.

Porque la Escuela de Letras  
(lunes sonando, aula 216, pizarra virgen)  
puede ser también el laberinto  
del huérfano deseo, hasta que al fin  
las habitaciones de siempre,  
los cuartos aquellos, recurrentes, comuniquen  
y un viento de rock trepe a los muslos  
de alguna profesora de La Salle  
y zarpe la universidad, bajo la lluvia,  
a esperarte desnuda sobre el césped,  
pubis del viaje ya tocable  
porque de bruces el burdel converge limpio



para que los corredores se reúnan:  
todo el recorrido fue en su vientre,  
el viajero le huía regresando,  
madre puntual.

Es todo cuanto quería decirte, secretísimo  
y recién nacido sabio del cigarro,  
aquí estamos amigos y discípulos  
despidiéndote

(la reunión se termina, los adioses  
saben apenas a colillas, suenan vasos  
vacíos, zumba el sueño,

Caracas se ahueca en nuestros pasos)

es la hora de irse

—«¿por qué no nos vamos pa'l carajo?»,  
un olor de senos libres limpia el aire  
convidándonos.

## MADRUGADA

Papeles. Libros y carpetas  
al acecho. Libretas y cuadernos, rigurosos.  
Un poco más allá, las fichas  
donde el saber coleccionado  
duerme su vanidad inútil.  
Indiferentes y tercas, las paredes  
delimitan el insomnio, esta vigila  
que mide el silencio de las puertas,  
calibra la geometría del piso,  
palpa la exactitud de la ventana.  
Reloj fijo. Si abro el clóset  
encontraré a mi ropa tiritando. En las gavetas  
los labios del secreto se entreabren.  
El espejo devuelve una anécdota boba:  
yo escribiendo estas líneas.

Sé que busco  
tu olor en las palabras: es tu cuerpo  
respirando en las letras del deseo.  
Pero en vano. Hoy solo te nombra el desalajo  
y en este cuarto náufrago ejercito  
la autopsia del recuerdo.

## LA OBSCENIDAD DE LA MEMORIA

No dejo de asombrarme de que seas  
una costumbre de mi carne:  
esta vaga ternura que no cede,  
este clima del sexo, unas palabras  
aún ahítas de tu forma de decirlas,  
el sobresalto al pasar por ciertas calles,  
un olor demorado de la almohada  
y la lección más reciente de tus hábitos: la atención  
que ahora le presto al rock y la manera  
de leer, desayunando,  
la Página de Arte del periódico.  
Me resigno en silencio a esta agonía  
que te prolonga en mí cada mañana.  
No bastaba un adiós —puntual, preciso—,  
era necesario también arrepentirse  
de la obscenidad de la memoria  
cuya vergüenza irónica suplica  
la absolución de un nuevo cuerpo  
donde el olvido se reaprenda.



## YO QUE SUPE DE LA VIEJA HERIDA

Yo que supe de la vieja herida  
cuya sangre embriaga: la saeta,  
la terquedad silente del flechazo  
traspasándome la llaga en la oficina  
o al subir al autobús, o al suspirar  
la modorra de la siesta: llaga virgen  
donde el vino de la ingle se derrama,  
y todo porque el fasto de tu vello  
y el brillo de tus lentes  
y tu aire atildado, distraído,  
insinuaban erecciones imprevistas;  
incómodos boleros del deseo;  
yo que tuve, a través de este error, la inteligencia  
de entender un poco al niño ciego,  
al hijo de Ares y Afrodita  
que, importuno,  
solicita —cuando nadie espera—  
su visita tenaz, su ardua entrevista,  
y me dejé resbalar hasta el infierno  
donde no me aguardaba ya ninguna Eurídice,  
pero fue igual porque gemí —*long play* demente—  
con la voz de Francesca en mis entrañas,  
yerto como Dante junto a las confesiones  
de mi propio deseo castigado,  
y lo mismo sentí el gran huracán, el semen álgido,  
tanta tromba sonora por mis sótanos  
porque sin ningún Virgilio tutor te imaginaba

durmiendo solitario en lecho grande,  
¡mi ciclón genital, irredimible!  
—salvo en la almohada de la noche íngrima—  
(ya ves en qué Orfeo pedestre me trocabas  
a fuerza de negarte hasta en los sueños:  
a la mañana siguiente la pasta de dientes y la ducha  
colocaban a Francesca otra vez en la oficina  
y el Hades olía a café, mero y trivial, de desayuno),

ahora solo entreabro la puerta del poema:

entérate del poder que convocaste  
para dilapidarlo sin orgullo,  
échale una ojeada, desde aquí,  
al adobado vino, al polvo enamorado  
cuyas magnificencias te aguardaban  
y hoy son apenas el neón enfermo de esta luz,  
el roce minucioso de mi lápiz,  
este papel mugriento donde atisbo  
una sintaxis monótona de días  
en los que iré a los cines (por supuesto, solo)  
a ver cómo se besan los amantes.

## BEATO DE TI

Titilaban las llamas de las velas,  
velas prendidas a un Dios inexistente  
en la penumbra olorosa del incienso.  
Había entrado buscando aquel sosiego  
que pudiera parecérsete, aquella levitación,  
casi galáctica,  
que fuiste capaz de soplar sobre mi cuerpo  
la otra noche, amaneciendo.  
Un cortejo de estatuas —los santos de mi infancia—  
tutelaba mi devoción atea de esa hora  
(yo no pensaba en Dios, te deseaba,  
y en la iglesia vacía, mi deseo  
blasfemaba de tanta pasión por lo imposible  
que aún erige sagrarios, quema velas,  
esculpe miradas de éxtasis y pinta  
retablos de ángeles rosados.  
Yo solo creía en ti, zarpa florida  
de una carne exactísima y concreta).

Caminando a grandes pasos, recordaba  
—allí, sobre las baldosas de las naves—  
al Baudelaire que me dibujó en la piel  
bautizada en mañanas de colegio  
gatos tibios capaces de orinar confesionarios,  
al Zaratustra en quien mis dieciocho supuraron

su sífilis de orgullo —la más sacra, sin embargo, y regia—,  
a los bares donde todo poeta de mi edad  
acudió a pedirle a Rimbaud que autografiara  
el lugar común de la desdicha  
contra las serpentinas del acto cultural,  
la tenaz misa de diez,  
tanto pupitre masturbado a solas.

Pero al cabo me decía también  
que tú eres aún más imposible que ese Dios impúdico  
contando indiferente las llamas que lo invocan.  
Y supe entonces que el poema  
tendría a mi pesar el mismo olor de esa penumbra,  
idéntico aire de tarde endomingada,  
color de lágrima de cuenta de rosario.  
Beato de ti, supe que a fuerza de alejarte  
me vas dejando como a ese feligrés arrodillado  
a quien la fe se le va volviendo ya cansancio erguido  
de no recibir nunca, pero de seguir pidiendo.

Me vas dejando una piedad de viuda en luto,  
crédula ante cada hojita parroquial (tus lecciones  
de buen sentido, de paciencia),  
repleta de ritos humillantes (¡y los aceptas, hostia amarga!),  
de calladas procesiones en busca de tus pasos,  
cuando no sé quién? va ante mí en la urna de cristal,  
si el Santo Sepulcro que eres tú asediado por mi añoranza  
[inoportuna,  
o este amor mío morado y genuflexo  
del que ellos, mis amigos,  
librepensadores del amor, ateos de estas siniestras devociones,  
se reirían, si supieran,



como yo me río ahora de este templo  
pero rabiando porque has convertido a Baudelaire,  
hospitalizado a Zaratustra,  
hecho besar a Rimbaud el anillo obispal de la obediencia,  
y ya no me queda otra vez sino masturbarme a solas  
mientras me persigno ante tu imagen.

## CAVAFIANA

como hipnotizado aún por el placer prohibido, el placer  
tan prohibido que acaba de obtener.

CONSTANTINO CAVAFIS

Recuerdo las torpezas del comienzo,  
el olor de los baños,  
la terca timidez de los paseos  
buscando casi a tientas  
una mirada cómplice, unos ojos  
más intensos que mi culpa,  
luego la temblorosa invitación  
junto a un café, que sabe  
dulce y atroz como el pecado,  
hasta llegar al lujo de los cuerpos  
en la clandestinidad de aquel hotel.  
Por fin la despedida,  
tal vez un intercambio de teléfonos  
mientras la ciudad se despereza  
y la piel conserva todavía  
los olores que la ducha borraré.

Ahora que no necesito mentir  
encuentros deletéreos,  
porque el amor ya no requiere  
de baratos hoteles ni urinarios,  
ratifico, sin embargo,

la subversión de aquel inicio,  
la ilegalidad de las caricias complotando  
contra la burocracia del placer.  
Saludo, como entonces,  
al asombro pagano del deseo.

## LA NOCHE DEL DESEO

Gracia lasciva, en quien el mal es bello

SHAKESPEARE

Esta tarde, al hundir mi rostro ávido  
en aquella flora tibia  
que brota en la juntura de tus muslos,  
mientras una luna oblicua  
(noche cruda del lenguaje)  
iluminaba mi presencia  
en las últimas regiones de los cuerpos  
—nuestros cuerpos—  
donde copulan dioses y animales,  
comprendí súbitamente  
que solo las palabras más sucias  
harían justicia al mito que nos une,  
porque allí, bajo aquel rayo sagrado,  
toda crueldad es inocente

y cualquier gesto

es solo un dibujo paleolítico  
al fondo de la gruta milenaria  
donde aguarda la espalda obscena del amor:  
aquella *maldad divina*  
*sin la cual no es posible imaginar*  
*la perfección.*

TÚ

Escucho la vieja trompeta de Louis Armstrong  
mordiéndome la pulpa suavísima del aire.

Cruzas desnudo el yermo de mi mente  
y la erección de mi sexo te dibuja  
(se me empoza la ingle recordándote).  
La saliva de Armstrong moja íntegro  
este quejido genital, este jadeo.

Arde en el patio el mediodía.  
Te secuestra el teléfono, al que miro  
como al estanque la sed del animal.  
Caracas interpone su tráfago grasiento  
y el zumbido de las horas sin tu voz...  
Entonces vengo hasta la máquina, cansado  
de tanta baba y caspa de los días,  
y sudo este poema donde al menos  
convoco al dios sereno de tu cuerpo.

## VALIÓ LA PENA CONSTATARLO

Te escuchaba reír, y adivinaba  
aquel barro más hondo  
de mi cuerpo,  
el lodo blanco  
que formó a mi alma,  
la materia  
de mi última, real anatomía.

Me basta estar ahí  
donde te ríes,  
para saberme grieta,  
un hueco florecido,  
algún cántaro roto,  
el más húmedo  
y podrido maderamen.

Oyéndote yo sé  
que no hay remedio,  
que nunca podré ser  
aquel frondoso Armando prometido,  
que siempre seré el monje  
mendicante,

un mínimo juglar,

el poeta, solo.

## TRAZO

Tu desnudez en el marco de la puerta

Cal nueva sobre la vieja herida

Un Botticelli adolescente  
inaugura la pequeña habitación  
donde aún (bíceps rubio, fruta genital)  
hay humedad de semen en las sábanas

Curva nítida del torso, respirando.

MACUTO 7 A. M.

El mar junto a tu cuerpo.  
Tu espalda fulge:  
es más caliente el pan,  
arde la idea,  
el color se desnuda, la ola estalla,  
el sol rubrica rocas vírgenes,  
sangra la uva de playa —abierta  
y tumefacta— sobre el asfalto nuevo,  
el gallo canta mientras te acaricio,  
despierta el almendrón que dormitaba,  
la vegetación de los cerros nos preside,  
los pasteles y acuarelas matutinas  
bendicen esta contumacia  
de mirar la flor de tu sexo  
entre tus muslos, mientras vamos apenas  
descubriendo la inocencia de la carne,  
devuelta a su antiguo espesor,  
a su sabor primero.



## TENGO UN AMIGO

*Para Miguel Márquez, quien, más que mi amigo,  
es el hermano de sangre que no tuve.*

Tengo un amigo

Vino con él un barco  
que colecciona astronomías  
de ases embriagados,  
soberbios dominós,  
casinos puntualísimos  
donde la matemática de Dios (azar la llaman)  
elige a un jugador —y solo a uno—  
para apostarse íntegra.

Vino con él un puerto silencioso  
—sin estruendo de blusas o banderas—  
en el que, sin embargo,

una baranda  
íngrima

defiende su hermosura frente al viento.

Vino con él la rebeldía  
de un lobo de mar sobre cubierta  
(es la imagen perfecta de mi amigo),  
desvelado anarquista de las brújulas  
prefiriendo la baraja de las olas,

la latitud frugal del desamparo,  
al gobierno techado de la orilla:  
Magallanes jugándose su estrecho,  
la poesía de alta mar contra el retorno.

Vino con mi amigo una taberna  
convocada por la ingle de la noche  
(a la hora de arropar la poesía,  
tiritando de ron, entre las ruanas),  
una taberna donde la niebla suda  
deltas magníficos de fiebre,  
eléctricos abrazos,  
racimos genitales,  
alcoholes que humean, desbandándose,  
y puede ser nuestra por minutos  
la pulpa lunar de aquella cama  
a donde va el Gato Barbieri  
junto con Irma (La Dulce)

  a desovar relámpagos;  
una taberna junto al farol sonámbulo  
—de un suburbio cualquiera, el que esté próximo—  
donde nos vemos por fin tal como somos,  
como nos mira la envidia de los ángeles:  
piaches nocturnos a quienes mata el alba,  
monólogo del último tambor,  
trópico en danza que se sabe polvo  
(¡pero polvo borracho de Maorisa!),  
contumaces celebrantes que disparan  
su máuser obstinado contra el cielo,  
cuerpos que enlepra el mediodía  
(pero de quienes los dioses se enamoran).

Sí, vinieron con mi amigo tragos múltiples,  
mi amigo paga las cuentas esta noche:  
no hay haber ni deber en su taberna,  
en ella todos somos inocentes.

Por último vino con mi amigo  
nada menos que el cosmos primigenio:  
apareció la Nube, luego el Río, la Manzana,  
se desnudó la Luz, aleteó el Pájaro  
(que sabe

lo que se dice —¡tanto!—  
entre los pueblos),  
surgió súbitamente el Ocho  
como un vértigo sensual, una autopista  
de curvas opulentas  
y hasta todas las letras  
(empezando por la G, víbora exacta)  
salieron esta vez a recibirme,  
a recibirnos a todos, de repente,  
llamadas por Adán (el otro nombre  
de mi amigo silvestre,  
desinfectado,  
matutino).  
Amaneció el paisaje. Lo miramos  
con las pupilas nuevas:  
trajo mi amigo con él sus bruscos ojos  
para devolvernos el banquete de las cosas,  
porque ese cántaro de sol, esa mirada  
sacerdotal, descalza, imprevisible,  
nos despertó al Objeto,  
a la Cosa refractaria que está enfrente

(una Ventana, por ejemplo,  
la Mecedora tenue,  
un Gato cuya piel se funde en noche).  
¡La Cosa muda nos dibujó sus órganos,  
la impenetrable resultó porosa!

Tengo un amigo, entonces.  
Vine con él yo mismo.  
Él me trajo en su hombro para mirar el Reino.

OFICIO SECRETO  
(*San Carlos, Nicaragua, 1973*)

Parada en una calle de San Carlos  
—morena, desconocida amiga—  
tú no sabrás nunca  
de este oficio secreto:

rescatar  
tus pechos tensos, tus caderas,  
tu cuerpo rebosante  
del lodo, los chayules y el olor  
a mierda que recorre el puerto  
(Guardias Nacionales y basura),  
a través  
de una limpieza ardiente:  
mi mirada.

SANDINO DEL GÉNESIS  
(*Solentiname, Nicaragua, 1973*)

y se los presentó al hombre, para ver qué nombre les ponía.

GÉNESIS 2, 19

Si uno va con Elbis a fumigar zompopos  
(puede ser también a desbrozar zacate  
   cosechar culantro  
   recoger orquídeas),  
donde uno no ve más que  
   «árboles»,  
él observa malinches, papayos y madroños  
(sonoros de tincos y oropéndolas  
   —no de «pájaros»)  
y si el camino se abre junto al lago,  
donde uno solo acierta a ver una  
   «ensenada»,  
él cuenta multitudes de zontoles ondulantes  
y piedras llenas de cangrejos escondidos  
(para la pesca de la tarde o de mañana)  
Y los zapotes y pitahayas de la zona  
   —no las «frutas».



Paisaje del Precámbrico (no reconozco  
la costa familiar —guásimos, guayibos,  
coyoles, poroporos— donde a veces  
nos bañamos por la tarde)  
Noche oscura del sentido  
(también la conoce la naturaleza)  
antes de la epifanía de los gallos  
cuando Dios se despereza, majestuoso  
en los cormoranes que se elevan

3

Cuando decimos los salmos, a las siete,  
el aleluya eficaz, el verdadero  
lo están cantando más allá  
de nuestras voces (grave la de Ernesto,  
suave la de Alejo, socarrona la de Lurio,  
un susurro la de Elbis),  
las alborotadas golondrinas  
(que el olor de la lluvia pone ebrias),  
los golpes del martillo de José,  
esos gruñidos de chanco junto a grifo,  
los patos chapuceros gritando sobre el Lago  
(y el mismo Lago, que a las siete, tiembla)

4

Sobre el guayibo  
el grito largo  
de la oropéndola  
No hay nadie en casa



Ella está sola  
—yo tecleo esto  
sobre mi máquina

5

El poema fue hoy esa media botellita de Ron Plata  
bebida en la cocina por ocho amigos empeñados  
en que cada uno recibiera  
la misma exacta dosis de alegría

6

Mi reloj  
                  el Lago  
sus colores

7

La maleza no acaba entre las piñas  
y tres nuevas nítidas ampollas  
se quejan del machete  
(y aún quedan tres surcos por delante),  
pero en el agua de esta cantimplora  
sé que Ulises  
                                  ha vuelto a Itaca,  
que Cristo ha salido del sepulcro  
para esperarme en los frijoles y las risas  
del almuerzo.

8

A pesar de todo me acuerdo de Friburgo:  
al alba se movían las hadas en el bosque,  
era ancha en el cielo la piel del durazno  
y exacta en el medio la brasa de Venus;  
en la torre aleteaban palomas sonámbulas  
y ebrios gorriones y cuervos gritando,  
y la calle se abría en la niebla solemne,  
olorosa aún a enero bajo cuarto menguante,  
mientras yo te miraba entre graves abetos  
que salían desnudos al lujo del día

9

Así como me visto de cotona, *blue jeans* y botas de hule  
y no tengo sino tres mudas de ropa,  
así como hago mi oración sobre un petate  
—frente a un Cristo delgado de cemento—,  
así como trabajo en un taller  
y me baño desnudo en pleno lago,  
hoy le impuse a mi poesía los trazos de este lápiz,  
rechazando a propósito la máquina  
y la pluma

10

La vuelta a la ciudad  
es solo lluvia, luces frías  
sobre asfalto mojado,  
sol en polvo, techos íngrims,

palomas dispersas (también sucias),  
vitrinas atontando y apenas  
ese trozo lejanísimo de cielo  
donde Solentiname proclama  
su presencia

## DÍPTICO DE AQUELLA MUERTE

I

¿Y qué era, al fin?

Algo crecía  
en medio de ese cuarto,  
a mitad de las jeringas y los tubos,  
abriéndose camino  
entre frascos y sondas  
y relojes goteando  
su plasma monorrítmico,  
su antibiótico terco.  
Algo enorme y pleno florecía  
bajo los algodones y la sangre,  
detrás de aquel olor  
del excremento, olor raíces  
que me persigue aún entre las calles,  
algo calmo y central que uno no acierta  
a tocar, pero que sale  
como una nueva infancia de aquel caos  
donde el dolor se multiplica en luces  
opacas, en camillas, en largos corredores,  
en tono a media voz, en llanto,  
algo así como una consistencia que planea  
(dulcísima y compacta) por encima  
del desastre que ocurre entre las sábanas:  
no tengo a la mano ningún nombre  
para la puntualidad de aquel segundo.

## II

Tía Carlota enciende el cirio  
(la vela del alma ¿es tan pequeña?)

¿Y a qué hora viene el cura con los óleos?

Voy a borrar este aire de paréntesis  
(pero si sabemos que ya está,  
que se cerró, que no hay manera),  
a gritarle a la luz de este salón  
(tan de incienso el aire a toda hora,  
tan frágil el cristal de cada lámpara,  
tan obvias las manchas de los muebles,  
tan por caerse el jarrón entre las cejas)

Dios de espaldas. ¿Yo no puedo  
robarme para ella una dulzura,  
acercarme con mi azúcar a la caja  
y sin que me importe el castigo regalarle  
las preguntas del examen, los cigarros  
de papá, la revista *Playboy* bajo la almohada,  
el vino de consagrar sorbido a solas  
en un rincón de aquella sacristía?  
¿No puedo robarle a Dios un día de fiesta?  
Tan cansada parece (¡y es de mañana!)  
como viéndome un rojo en la boleta  
que yo quiero sacarla de esta misa  
y compartir con ella vacaciones

¿A qué hora viene el cura, tía Carlota?

La vela del alma ¿es tan pequeña?



EL DIOS DE LA INTEMPERIE  
[1985]





A veces me parece que estoy literalmente en el desierto. Solo cielo arriba y arena abajo. Sometido a las tentaciones (los espejismos), los falsos oasis que hacen ver la sed, el hambre y ese sol vertical (o esa noche compacta): ellos dejan ver, de pronto, la neta la vastedad del espacio por recorrer. No hay ninguna imagen, ningún lugar (ninguna topología concreta o simbólica) donde pueda en realidad abrigar la esperanza de detenerme. Solo la marcha es, en sí misma, sedentaria. Solo ella es mi hogar.

Esperar la Hora.

Esperar la epifanía de la superación coincidente. Síntesis. Paz redonda sobre una cresta repentina.

Esperar la armonización de las disonancias, de los sonidos inútiles (¡los ruidos!: su multitud larvaria, enervante). La articulación de lo fragmentario, desgarrado, irresueltamente discontinuo.

Esperar la asunción de lo que oculto (sin poder hacer otra cosa), de lo que callo, de lo que entierro en complicidad inconfesada, tácita (sobornándome): aquello que molesta, intimida, avergüenza, o que simplemente ignoro (como hay quien ignora que es desgraciado, como el enfermo desahuciado que celebra su cumpleaños).

Esperar la reconciliación sin desgaste. La reconciliación del deseo.

Esperar, al fondo, una Inmensa Compasión, una Ironía redentora, misericordiosa.

Relámpago de luz Turner: detrás, ¿o en la mitad?, de tu cuerpo inofensivo, cotidiano (al que ya creo haberme acostumbrado), fosforece un hueco donde el placer conoce al miedo, donde advengo al umbral de lo siniestro: tú —short azul, franela blanca— abres un poco las piernas (la izquierda reposa, alargada, sobre los cojines del sofá; la derecha, en arco, está recostada del espaldar). El vello de esa pierna derecha prolonga su sombra castaña —sobre la superficie pálida de la piel— hasta insinuarse, justo allí donde el muslo empieza a ser ingle, en forma de mancha oscura —vibrátil para la avidez de mis ojos— que trepa hacia arriba.

*(visión súbita de ese final del muslo —apenas entrevisto—, jadeo de un fondo tácito donde mentalmente me delato hundiendo la cara en aquella flora tibia, mi lengua raspando la íntima aspereza al colocarse, sin reticencias, en el cráter donde estalla dentro de mí otro tipo de materia interior, la luz oblicua de una cinematografía psíquica filmada en las últimas regiones de mi cuerpo, en las que los dioses copulan con los animales).*

Ya situado, por la sugerencia de aquel vello, en la grieta letal de la entrepierna, giro en el interior de la constelación abierta por la imago: me imagino, después de naufragar en aquellos climas selváticos —el trópico de tu anatomía—, colocándome debajo de tus piernas mientras tú vas a eyacular sobre mi rostro: ¿qué mapa vertical del espacio, qué minuto sincrónico del tiempo me hacen señales, desde tan cerca, al tensar todo mi cuerpo en la espera —en la expectación— del semen a punto de brotar? Allí, precisamente allí, otra vez la cara oculta de la luna, la pulsación inasible de la marea silente, de nuevo la clandestinidad del foco negro: de la espalda del discurso salta una noche cruda, respiración extática de la adolescencia de Dionisos, que nos devuelve, elementalmente crueles, a rituales pa-

leolíticos donde la carne es emblemática: frente al árbol de la vida, el eje solar del mundo.

*(«pene» es una palabra risible —«verga», «güevo», sonarían mejor, porque solo vocablos sudados por la lengua primaria de los hombres pueden dar cuenta de esa práctica sagrada)*

*Espero con hambre milenaria la espuma de Urano esparcida en el mar primordial del que nacerá Afrodita, ola acre del principio, agua tibia que bautiza el mundo.*

*Sí, es la sintaxis mitológica que organiza —en rachas psíquicas casi subliminales— el tiempo inconcreto de la imago. Pero aquí, sobre el papel, tose aquella salud de nuestros cuerpos: el jadeo de Dionisos no puede transcribirse, el lenguaje no es el bosque de esa orgía.*

Alguna vez supimos algo, o creíamos entender algo, que nos habló, quizá en solo unos segundos, del ser escueto y rebosante, a salvo de todos los miedos. Alguna vez comprendimos, atisbamos resplandores que luego no pudimos, no podemos traducir, y que por eso mismo olvidamos: brillos acuosos, como una muchedumbre de luciérnagas llamando desde el fondo de un gran río, que invocaron para nosotros, por instantes, una duración sin orillas.

Pudo ser en la álgida ruptura de la ola del orgasmo; pudo ser en el instante repentino en que una conversación con el amigo o la amiga se incendió imprevisiblemente de una clarividencia compartida donde sobaban las palabras (supimos allí, entonces, que también las almas tienen tacto y pueden tocarse); pudo ser en los momentos de creación, cuando fuimos dueños y vasallos de voces secretísimas, y el poema salió de la pluma o de la máquina como la primera palabra pronunciada por Adán sobre el alba del mundo, y nos imaginamos ser dioses —tal vez lo fuimos— porque en nuestras manos nada menos que el lenguaje chisporroteaba a nuestro antojo; pudo ser en las horas alumbradas por el relámpago intangible de lo bello, frente al arte o frente al cosmos, ante la catedral, el crepúsculo, la curva suavísima de un torso o de un seno, cuando entendimos de bruces que el hecho estético clama por una plenitud que lo rebasa y que la hermosura universal puede llagarnos y dejarnos «muriendo» adentro, como a Juan de la Cruz, ese «no sé qué que quedan balbuciendo» las cosas; pudo ser también en el minuto de la última orfandad, cuando la muerte del ser amado, cuando se ahonda hasta el colmo el absurdo porque todo el aprendizaje intelectual o vivencial de la mente no alcanza a resolver el hecho escueto, la brutal ecuación de que una presencia al lado nuestro —transfigurada en determinada voz que amábamos, en gestos entrañables, en una mirada para la que no hay sustitutos, en un peso existencial conocido hasta el detalle— pueda ser devastada de un día para otro hasta la estrangulación de la nada,

hasta el silencio absoluto, hasta una noche íngrima y atroz a la cual no podemos entrar para hacerle compañía, y miramos tan desamparado al Hombre que, de pronto, provoca arrullarlo vallejianamente, pobre trozo de carne floreciente y condenada, y de esa extraña compasión va quedándose una luz que no sosiega pero sí ilumina, una luz por medio de la cual comprendemos el destino comunitario de los hombres, porque lo único sólido, el único bastión huérfano que podemos oponer a aquella misma noche íngrima y atroz es una casa fraternal con pan común, con mesa puesta, con salón iluminado, con abrazos; o, igualmente, pudo ser en las irrupciones eléctricas que atravesaron el rato de la fiesta, cuando bailamos (está alto el volumen de la música que brota del tocadiscos, y esa música no suena en el aire sino que suda en los intersticios del cuerpo: ¡el cuerpo es la música sonando!), o también, cuando reímos desde abajo, desde la ingle, mientras el coro de otras risas amigas hace un círculo cerrado, compacto, con la nuestra, o en esos momentos de alcohol eufórico en los cuales la ebriedad no se ha transformado aún en burda incoherencia de imágenes ahogadas, sino que es una suerte de liviana, fulgurante, etérea lucidez donde vibran los sonidos (¡ah esas censuras suavemente evaporadas, esa desinhibición de ocultos resortes al soltarse!); o pudo ser en esos días (atardece, y el aire nos devuelve a una humedad que ansiábamos) en los que llegamos a una ciudad extranjera y hasta la cama del hotel nos sabe a las más tibias aventuras y nos asomamos a la ventana como Alicia al jardín tras el espejo. Tiempos de celebración, tiempos que conocía el Zaratus-tra de Nietzsche cuando entonaba, justamente en la «Canción de la embriaguez»: «La alegría es más profunda que la pena. / El dolor dice: ¡pasa y acaba! / Pero toda alegría quiere eternidad, / ¡quiere la profunda eternidad!».

Pudo ser, pues, en todos estos instantes deshilvanados del asombro: allí conocimos, en rapidísimos fulgores, dimensiones abiertas, puertas que dan a una llanura, comarcas de lo real que hablan de que acaso haya niveles desconocidos a los que accederá nuestra vida transformada, atmósferas más densas que las que nuestra cotidianidad respira, continentes inmensos que en la noche nos rozaron dejándonos una fiebre de innombrables colores. Lo que ocurre es que tal vez esos descubrimientos, esos hallazgos momentáneos, empolvados luego por la prisa y el ajetreo tenaz y esa amnesia que nos hace olvidar lo sustancial, dibujaban fuegos que no podremos nunca transmitir como eran. Al final solo hay ya un remedo, una palabra muerta, un gesto torpe, un despojo, un resto náufrago. Y a nosotros mismos nos parece que el mensaje, la clave inenarrable, aquellos telegramas del abismo, fueron una ilusión, un espejismo, un breve aturdimiento, y que la verdad es más opaca y trivial. Y demoramos en explicarnos estas cenizas de lo que fue conocimiento.





HACIA LA NOCHE VIVA  
[1989]



PARTE I  
LOS COLORES DEL CIEGO  
[1985-1987]



La oficina se me vuelve una página con palabras de gente; la calle es un libro; las palabras cambiadas con los habituales, los desacostumbrados que encuentro, son decires para los que me falta el diccionario, pero no del todo el entendimiento. Hablan, expresan, sin embargo, no es de ellos de quienes hablan, ni es a ellos a quienes expresan; son palabras, lo he dicho, y no muestran, dejan transparecer. Pero, en mi visión crepuscular, solo vagamente distingo lo que esas vidrieras súbitas, reveladas en la superficie de las cosas, admiten del interior que velan y revelan. Entiendo sin conocimiento, como un ciego al que hablas en colores.

FERNANDO PESSOA



## ANATEMA EN LA OFICINA

Es hora de que yo, gregario y mínimo,  
autografie como todos la postal,  
el lugar común de este desprecio  
con el Ávila al fondo. La detesto.

Cada charco es un abrevadero de palomas.  
En cada alcantarilla baila un niño.  
A veces, una flor de bucare besa el suelo  
donde una llanta trituró a un borracho.  
La lluvia saca sus iguanas,  
sus sapos verdinegros, sus batracios  
a engordar con la basura.  
El cielo dudoso de sus noches  
estupidiza a las últimas estrellas  
cuando faroles derribados por choferes  
y letras de neón con faltas ortográficas  
y semáforos bizcos que apedreó un mendigo  
disfrazan la boscosa madrugada  
en que los grillos burlan rascacielos  
y los rabipelados roban casas de familia.  
Detesto a sus mañanas y sus tardes  
amontonadas sin más en las aceras,  
terraplenes de acres enlodados  
junto a pozas de azul y sol bramante  
que perfora el insomnio de una grúa  
demente en el calor: la avenida  
fue inaugurada ayer y hoy envejece

entre nuevos asfaltos que la ignoran  
porque miles de palas y uniformes  
no pueden detenerse, es necesario  
que todo se haga joven de improviso  
licuada la memoria en el cemento,  
el patio de la infancia subastado  
a tractores sonámbulos que viajan  
por el aire letal de nuestros sueños.

La detesto ritual, lujosamente:  
a sus sótanos, sus torres, sus estatuas,  
su río excremental, su nombre incluso.  
Y mientras sueño con el mar que me la esconda  
en un viaje de espumas imposibles,  
me aguardan mis papeles de burócrata.



## MADRUGADA

Errantes los minutos. Y tenaces.  
La fiebre cerebral de la conciencia  
da tumbos sobre el agua  
caliente y aceitosa.

    Esa luz  
depila mis cejas, mis pestañas.  
Jadea el texto: solo espasmo  
para acallar esta jauría  
del alma bajo el cuerpo.  
Me abro al clan de los difuntos  
cóncavo y lunar en la ventana:  
mi padre viene a hablarme,  
íngrimo en su flux de oficinista  
que desearían cremar los dedos de poeta.  
Detrás camina transpirando  
su herencia irredimible, el estupor  
ante sellos y firmas y membretes.  
Junto al farol despierto de la calle  
las vísceras de un hombre moribundo  
contienen el oráculo ignorado.

De repente, sin pedido,  
¡qué atisbo sensorial del purgatorio!  
Otra zona del aire levitándose.  
Abro enormes los ojos porque flota  
la inminencia de la gran epifanía.  
Pregunta por mí la ligereza.

Bajo la disciplina de las mantas  
empapado despunto en pulcritud.  
El olor de las camisas de mi padre  
es igual al de su barba, que me expande  
un escozor fragante al darme un beso.  
Ahora solo la quietud —sagrado vórtice  
de paz entre las sábanas—  
logra alcanzar esa frontera  
—súbita, agrietada, medular—  
del gallo de la aurora.

## SIESTA DEL SER

El vago olor del tedio, ya expandiéndose,  
ensancha el aire grueso de la siesta  
donde una acacia sola bisbisea.  
(El humo del cigarro arde en los ojos  
con un vapor de lágrimas sudadas:  
el llanto de existir tiene un pretexto).  
Enorme se ve el polvo de las cosas  
junto al cáncer silente de luz áspera.  
Como el ojo de Dios, el sol penetra  
hasta escarbarme blando en una cuna  
donde yazgo por fin entre mis heces.  
La vida: estiércol último y acuoso,  
detritus virginal, bosta de fiebre  
fecundando la flora del espíritu.  
Ante el viento vibrante de chicharras  
se desmorona el barro de las ingles  
y mis huesos blanquean en el vientre  
de una vasija fría, casi tumba,  
que resguarda mi paz y la convierte  
en simple escalofrío vertical.  
Bajo el tácito río del verano  
—presentido en lo hondo de mí mismo—  
las vísceras enlodan y humedecen  
la seca voluntad, la lucidez  
desértica, la cal de la aridez:  
mi conciencia se pudre en el abono,  
en el sepulcro (de humus) que la aguarda.

## LLUEVE AFUERA

Quién lo iba a decir:  
que la luz sosegadora,  
la que ordena este mundo  
y lo rescata para siempre  
de las aguas brumosas, primordiales,  
consista en esta mínima  
habitación de hotel  
donde te miro intacto  
sobre la superficie de las sábanas,  
Moisés salvado entre los juncos  
para mis ojos asombrados,  
no sé si paternos o infantiles  
pero insomnes:

reencontrarte

en la noche grumosa de septiembre  
como un árbol lunar bajo el relente  
—no te inundan las sombras, te resguardan—  
respirando dormido, apenas cierto  
por el neón que se enciende  
y se apaga al final de la avenida  
hasta ofrendar tu desnudez  
a la resurrección del alba.

## ANDANTE

Litúrgico y grave, lo leías,  
recostados los dos sobre las sábanas  
fragantes con tu olor, perfumes húmedos  
de esa casa vacía donde el eco  
de pasos y voces retumbaba,  
respiración silvestre de cobijas,  
tú hecho fronda en el cuenco de la almohada.  
En el rito de tu voz, Lezama sube  
convocando a las presencias de la noche  
como la lámpara llama a los insectos:  
la cama, el escritorio, tantos libros  
y papeles dispersos en la alfombra,  
el cenicero donde aún arde tu cigarro,  
las desnudas paredes y las puertas,  
la quietud vertical de los cristales:  
todo asciende a la luz, las cosas vibran,  
zumban, danzan, vuelan, se aproximan  
a quemarse en la lumbre de Lezama  
sonora por tu boca.

Me recojo,  
entrecierro los ojos para otear  
el sagrado esplendor que se me esparce,  
mientras pongo mi mano sobre el astro  
de tu sexo para asir  
el sideral,  
el cósmico compás de tu voz ronca.

De pronto, un azoro de ramas golpetea  
la ventana: el suntuoso  
tacto plural de la llovizna  
buscando a Lezama en pleno cuerpo.

## LLUVIAS

Tiembla agosto, poroso y tumefacto.  
Chapotean los autos en la sombra.  
Cada gota lineal que gluglutea  
es un alfilerazo en una zona  
mítica del cuerpo. Vuelve el pánico  
a ser virgen como fronda de apamate  
tentada por las aguas. Y la memoria  
trae un mapa caliente de perfumes:  
mi madre, atmosférica, me llama  
al fondo del zaguán de los abuelos  
hacia el útero del sueño.

La ciudad,  
este inmenso espejismo dibujado  
por los vidrios sonoros que en el aire  
erizan los neones:

sobre el charco  
del alma fulge y quema  
un anuncio intermitente, rojiazul  
como el nombre del circo de la infancia,  
donde un empapado equilibrista  
ya no sabe saltar sobre la cuerda.

## DUERMES

Duermes en el fondo. de la casa.  
Entre tú y yo los muebles, las alfombras,  
los ruidos arbitrarios de la noche.  
No puedes oírme. Te visita  
el ojo de luna del poema.

Decreto endurecer este silencio  
donde flota aún el buenas noches  
hasta hacerlo una hoja de cuchillo,  
un lápiz filoso que ahora escarba  
esa inocencia fácil en que yaces  
para devolvete al nacimiento  
y su terror, cuando la gloria  
empecinada y brusca de vivir  
era el vértigo apenas (poseerse  
como cuerpo a sí mismo abandonado),  
un quejido quemándote la boca,  
aquel áspero cuenco de los dedos  
que te arrastran al frío, te golpean,  
te obligan a inhalar el aire incómodo,  
la angustia del contacto, los pezones  
y su leche de llanto entre los labios,  
el sabor animal de una epidermis,  
la caricia salobre, la alternancia cruel  
de desatención y mimo,  
ese grumo numinoso: el excremento,  
un escozor sabroso en plena pelvis,



el trueno de las voces, los contrastes  
volátiles y efímeros: las sombras,  
la textura del mundo despertándote  
al festejo de la piel, lo móvil  
como una indisciplina del espacio,  
el tiempo sin relojes, la memoria  
duplicando la dicha y el horror.  
Y entre el padre y la madre, tu deseo  
donde viaja una promesa: solo yo,  
que te aguardo central, pacientemente.

Otra mínima noche me desvela  
mientras duermes. Ya termino.  
Se hace gruesa la punta de mi lápiz.  
Todo sigue en su sitio, leve y justo  
Me desvestiré a tu lado, como siempre.  
Pero apagada la luz, y aproximándome,  
sé que voy a temblar cuando me acueste.

## ESTA NOCHE HUELE A SAMARKANDA

Estoy harto de ti, y la noche cómplice  
me obsequia el olor de Samarkanda.  
Sí, nada me importa: contra tu voz  
esta noche estampo en las paredes  
el eco azul de los Urales.  
Esta noche agrieto el cielorraso  
con la luna del Congo, acuchillada.  
Esta noche me hurgo, me introvierto  
a ver si logro extraerme una palmera  
mojada por el Éufrates, la roca  
lavada por los vientos del mar Rojo.  
Esta noche adelgazo para entrar  
en el pico de un flamingo de Sumatra  
o en el cuerpo vibrátil de un insecto  
que hoy zumba junto a un seno de Nairobi.  
Esta noche me visto con chilabas  
para otear al Nilo desde lejos  
en cada cerradura, para escuchar  
a mi cama respirando como un búfalo  
que paca en el reposo de las sábanas.  
Esta noche abro cristales y postigos  
al mar, al mar, al bronco Atlántico  
que eyacule espumoso mi deseo  
de naufragar sobre hielos de Groenlandia,  
más allá de Terranova, como un vikingo.

Esta noche

—te lo juro aburrido, felicísimo—

burlo a solas el techo, excursionando  
por la clara estalactita donde el cielo,  
el firmamento todo se me enjaya  
como una daga helada.

## ESTE BRANDY NOCTURNO

Este brandy nocturno me devuelve  
a una humedad de piel, doble fragancia  
de sudor y tabaco, énfasis negro  
que el vello expande frente a mí  
con sabor a corteza, la ebriedad  
hospedada en mi cuerpo como entonces,  
aquel bosque solar junto a la boca,  
tu muslo aprisionado, licor hondo,  
la pólvora de ingle que ahora bebo.

## FONDO NEGRO

Limpia y fría, la noche de diciembre  
es la imagen perfecta de mi alma:  
Caracas arde afuera, indiferente,  
mientras yo soy un hueco  
l i v i a n í s i m o  
donde caen flotando los minutos.  
En nada pienso ahora. Y nada añoro.  
Ninguna obligación. Ninguna agenda.  
Apenas esta ingrátida quietud  
para llenar de música (Satie, acaso)  
y lentos cigarros y silencio  
y el negro sueño de la paz, vacío.





## LA PROMESA VISUAL

Si mis ojos fueran capaces de mirar,  
como Basho y Mondrian contemplarían  
este asfalto mojado, el automóvil  
reluciente en mitad de la garúa,  
la mujer que camina, sus zapatos,  
el cielo engordado por las nubes,  
aquel reloj que cronometra el vuelo  
de un triángulo ligero de palomas  
(y en fin, árboles y charcos y camisas  
y postes y anteojos y vidrieras),

si me fuera posible mirar esto  
que en equilibrio puntual ha amanecido  
haciendo de la calle una textura  
de planos y ángulos sedantes  
donde todo, al vibrar, es traspasado  
por el único relámpago vacío,

Caracas no sería —desde siempre—  
esta costumbre absurda, arrinconada,  
sino el centro real del universo  
que puede ser cualquiera de sus puntos  
para el Génesis libre de los ojos.

*(Para Ariel Jiménez)*



## CUMPLIMIENTO

Deberían bastar, sin más preguntas,  
la trinitaria abierta sobre el muro,  
este libro de Borges que ahora hojeo,  
el calor de marzo entre mis cejas  
y la noche en puntillas acercándome  
el perfume brumoso de tu cuerpo.

Por solo esta hora blanca que atardece  
resonando como el gong de una paz seca  
valió la pena haber vivido

Este temblor del aire, lleno de ecos  
que ovacionan el cuerpo y lo celebran,  
sobrevivió el naufragio de los días  
como síntesis final, inmerecida,  
del hecho de existir. Digo por eso:  
debería bastar el centro del recuerdo,  
la bóveda ancestral de la memoria  
amparando esta tarde, que ya es otras,  
las que vi languidecer, las que perdí  
bajo la misma quietud cristalizada,  
los crepúsculos que ardieron en mis ojos  
y que este resumen, lentamente.

Por solo este acorde vespertino  
me digo plenitud, justificado.

## CODA

Canto y cuento es la poesía

ANTONIO MACHADO

Quiero creer que fue la madurez. Pero conozco esa calma que me ciñe cuando deseo trampearle al sufrimiento. Te hablé con corrección y cortesía: aquella pulcritud nevaba; sobre ti, temblando en tu mirada. Por fin, endureciéndola. Escuchabas absorto, tal vez estupefacto, esas frases labradas por el ansia de no herirte. Retóricas al cabo. Ellas solo huían de la mudez que aprontas, de repente, cuando juzgas mi elocuencia, el laberinto de todas las palabras eficaces.

Aparentamos un paseo. Procurábamos sortear aquellas pausas breves tramadas por el tacto, la cautela. Reíamos para agitar esa quietud, que ardía de preguntas por debajo. Mi cuerpo congelado en un solemne bloque de vacío. Tú, todo elegancia, arrancaste un geranio para dármelo erguida, suavemente.

Te temí. Tuve miedo de aquel gesto imprevisto que me empuñecía al lado tuyo. Al despedirnos, quise que el abrazo dibujara aún, y para siempre, una puntual intensidad, una inocencia. Tu cariñosa firmeza, separándome, conjeturó la torpeza de aquel mimo, su carácter compasivo, ya fraterno.

Desandé el pasillo hacia la calle. No apresuré el paso. La ciudad se abría al pacífico crepúsculo. Yo estaba solo y libre y melancólico. Así quería sentirme. Así de exacto. Las vidrieras espejeaban lo suntuoso y cabal de mi tristeza. Me entregaba a la música grave de

mí mismo, la buscada cuando no se desea compartida. ¿Era la paz o simplemente el egoísmo, ducho con los años, sabio incluso? Solo quería fumar, dormir un poco bajo la sombra frágil de la lluvia, que iniciaba sus pasos en la hierba. Pero antes decidí una tímida ebriedad, para hacer más soporífero el sopor.

Al rozar la copa con los labios, sensuales por la tenue laxitud, ¿dónde sobrevino el asombro impuntual de la ternura? En una región virgen de mi cuerpo cuyo nombre no encuentro todavía. Mi reloj marcó las siete y cuarto: hacía quince minutos que tu rostro, lívido en la oscuridad del autobús, se desfondaba en todos. En ninguno.



PARTE II  
VACÍO SIN POLVO  
[1987-1988]



En todo, por encima del objeto particular, cualquiera que este sea, querer vaciarse, querer el vacío. Porque es un vacío para nosotros ese bien que no podemos representarnos ni definir. Pero se trata de un vacío más pleno que todas las plenitudes. Esa nada no es irreal. Todo lo que existe, comparado con ella, es irreal.

SIMONE WEIL

¿A dónde, pues, he de ir? Debo subir todavía más arriba que Dios, a un Desierto.

ANGELUS SILESIVS





## EL HALLAZGO

Oscuridad, de la que yo desciendo, te amo más que a la llama.

RAINER MARÍA RILKE

El verano, maduro y estallante.  
Estación Kurski. Ese viajero  
baja del tren infinitamente fatigado.  
Lo acompaña una mujer (sacerdotisa  
de este viaje ritual, inesperada  
vestal para el amante).

Rusia se extiende  
en el silencio donde flota el polen.  
Arden en los ojos los parterres  
por tanta luz floreada, bulliciosa.  
Vibran el olor caro de la vida, su salvaje  
trama de colores, la esbeltez  
concreta de las formas: Lou camina  
tan perfectos sus senos como aquellas  
líneas translúcidas que a Rainer  
lo embriagaron hace meses en Florencia  
ante el jardín de Botticelli.  
La claridad trae a la mente del viajero  
jirones de recuerdos italianos,  
el pesado esplendor, la danza sólida  
de un paisaje que gira sobre el eje  
bien asentado en suelo cómodo.  
Pero ahora ese pálido muchacho

al apearse en el andén ya sabe  
algo más de sí mismo. No le importa  
la fragancia que lo envuelve, como antes.  
Otro olor ha conocido, un aire nuevo  
que disuelve las cosas, las esfuma  
en un vacío sin polvo. Otro esplendor  
rozaron sus ojos entreabiertos  
a la ignota vastedad, a las estepas  
silenciosas y blancas del Espíritu  
donde el sol estruendoso se asordina  
y la noche congela los deseos  
hasta dejarlos transparentes.  
Sí, ha visto brocados centelleantes  
a la luz de mil cirios, y escuchado  
los vítores de Pascua, campanadas  
girando entre el otro y el incienso.  
Pero transfiguraban lo invisible,  
lo que orea entre labios de abedules  
al roce del viento de las tundras:  
el oxígeno crudo convocándolo  
a desfondar al cuerpo distraído.

Lou se adelanta, saluda al anfitrión  
en la estación matutina y veraniega.  
Rainer cierra los ojos un momento,  
un segundo total, sin calendario.

## A MI CUERPO

Hermano de la voz adolorida  
por el gozo impuntual y su premura,  
enjuto servidor de tal anchura,  
más lenta al asfixiar sí más urgida,

¿no es hora de que atiendas las razones  
del húmedo lamento que me ofreces  
cuando otorgo calor a tus rincones  
sin saber que sofoco muchas veces

esos ángulos sedientos de otra paz  
no por helada y ardua menos clara,  
la que acaso tenga el aire de la faz

de un Amado difícil que abrazara  
sosegando sin tregua y son solaz?  
Que te abraze Su frío, te bastara.

## INTENTABA MI ORACIÓN

Intentaba mi oración, sentado  
en el balcón abierto a la mañana,  
una oración empapada por el sueño,  
subacuática a fuerza de arrastrar  
desgarrados líquenes de ideas,  
sensaciones sinuosas como peces,  
corrientes de frases en la mente,  
arborescencias últimas de imágenes  
que rozan los monstruos paleolíticos:  
el terror de ser, el de ser hombre, el de vivir  
vertebrado sin más por la conciencia  
(ella no pidió llegar al universo  
ínglima brotando de lo informe  
y cargada de faunas todavía).

Cerrados los ojos, intentaba  
convertirme en silencio mineral  
donde cupiera la mudez de los objetos,  
en comunión callada con la silla,  
las paredes, los estantes, esa forma  
humilde que es la mesa, la extensión  
granítica del piso. Se trataba  
de apagar en mí toda palabra,  
toda elocuencia contumaz, todo deseo  
atrapado en las redes del lenguaje.

Luchaba mi oración por ser silencio  
a pesar de mis abismos submarinos  
bajo el discurso en vaivén, infatigable.  
Batallaba la conciencia por dormirse  
más allá de sí misma, despertada  
sobre la arena sola de ese yermo  
que redime en mudez, en horizonte  
nítido y filoso los deseos.  
Intentaba mi oración. Y no lograba  
desbrozar esta selva que me habita  
tejida con lianas de palabras.  
El balcón era mi cárcel, mi derrota.  
Mis nervios irritados hormigueaban  
bajo el estruendo de la luz.  
Me levanté de la silla.

... Me contuve,

porque un azulejo repentino,  
ligero en el patio despoblado,  
me miraba de lejos, frente a frente.  
Ignorante de sí, me alivianaba.  
Ignorante de sí, su azul juzgó  
mi propio estupor agradecido.

Terminé mi oración. A Dios le gusta  
traducir a veces su silencio.

*(A Carlos Pacheco)*

## PÁRAMO

Vasto velamen de quietud  
desarrollada en mí  
hasta explayarme.  
Mi cuerpo al fin pulpa de sí mismo:  
un azul flotante que penetra  
la giba innumerable  
y la unge y la esbeltiza  
y se disuelve en nieve aérea.

Nada puede suplantar ese olor álgido,  
la joya de aquel sol  
engastado entre las grietas  
por donde cruje el agua.

Quiero quedarme allí,  
no bajar nunca.  
Acuna, Señor, este deseo  
y apágame en la sombra de los montes  
hasta cerrar mis ojos  
para siempre.

Trocado

en simple frailejón  
dormido.

*(A Leopoldo López)*

## PERSECUCIÓN DE LA POESÍA

Cuando yo te buscaba  
aquí, en esta casa  
donde las cosas simples  
amurallan la costumbre  
y me sosiegan, me adormecen  
sobre un suelo tangible,  
sólidamente sostenido;  
cuando quise que llegaras  
cotidiana como el té,  
reconocible y aromática  
como el humo de mi pipa,  
tranquila como luz de lámpara,  
vibrante como todos los insectos  
atraídos por ese resplandor  
que me ampara de la noche  
y hace dulce el reposo  
y lo introvierte;  
cuando pudiste ser Coltrane,  
saxo erudito que acompaña  
a una cena frugal; o tal vez Rilke  
leído al levantarme de la mesa  
(domesticado Rilke: algunos versos  
para aprovechar las horas de descanso  
como conviene a un hombre laborioso);  
en fin, cuando el letargo  
que precede al hábito del sueño  
me condujo, atento, hacia la cama

para encontrarte onírica y sonámbula,  
sobrevino de pronto la certeza  
incluso corporal de que no estabas  
en ninguna parte ni en el todo  
de esta vida ordenada por la paz,  
en ningún lugar sensible  
y bajo ninguna luz confortadora  
(tampoco en el relato de los sueños).  
Quieto e insomne en el silencio,  
te supe detrás: solo el envés  
de cada objeto, únicamente espalda  
de todas las palabras del poema  
(espalda inconseguible, por supuesto,  
pero que imanta a la música del verso),  
apenas el vacío de las formas  
donde ellas se desatan, libres ya  
para resolverse en nada pulcra  
—una nada dulcísima, compacta—  
en torno a la que giran, sin saberlo,  
todo idioma de hombres, todo gesto,  
toda la sintaxis de las cosas,  
noche nítida, névea del lenguaje  
que ensordece al estruendo de las páginas  
y desdibuja líneas como esta  
con las que digo el parlamento  
de un actor jamás acostumbrado  
a la mudez enorme del teatro  
cuando todos se han ido y al telón  
lo agita solo el viento,  
el viento helado de la noche,  
el viento sideral, el que no aplaude,  
ni ríe, ni llora, y desvanece



tramoyas, trucajes y escenarios,  
es decir, esta ficción decorativa  
(pipa y té, lámparas, insectos,  
Coltrane, Rilke, sueño con libreta)  
abandonada al fin: inútil.

## JARRÓN CON FLORES

Amarillas las flores del jarrón,  
corolas de la luz  
dibujando el estruendo de Van Gogh,  
aquel sonoro alud  
de girantes estrellas con su voz,  
su propio, solo grito  
derretido en los astros: girasol  
arriba, junto al frío  
elocuente de un cielo del ardor,  
y abajo, en esa mesa  
(un rectángulo íngrimo), una flor  
audible, casi seca  
por el lúcido hogar de la razón  
desecha sobre el suelo.

Crisantemos en esta habitación:  
a paso breve y lento  
caminé hasta mi casa sin amor  
por nada ni por nadie  
con mi ramo amarillo. Y el reloj  
campanilleó en el aire  
la memoria del Ángelus. De Dios.  
Yo estaba quieto y sordo.  
Pero ahora que el ramo fulguró,  
lumínico socorro  
entre manos clamantes de pintor,  
dan ganas de decirle:

«Ya te escucho, no hables, por favor  
apaga esos candiles  
en el fondo del cuadro, que soy yo.  
Permíteme pedirte:  
esta noche salvémonos los dos».

## BAUTISMO DE NADA

Horizonte compacto, los objetos  
me acercan a pérdida de vista.  
Cuesta remontar esa frontera  
totalmente imantada.  
¿Dónde está la grieta, la abertura  
imprevista y fugaz como una herida  
por donde salir dolientes, pero libres  
hacia la vastedad insólita?

Curvado hacia mí mismo, autohechizándome,  
o encantado por los ojos de Medusa  
que levanta el muro de las cosas  
(las cosas soberbias y tenaces  
en su imposible pátina de paz)  
no puedo vivir ritmos, movimientos  
y danzas de otras densidades  
filtradas de repente en esta luz  
dormida del crepúsculo  
que arrodilla a la tierra y la desmaya  
dejándola porosa, libre al fin  
para la materna oscuridad, de la que pido  
un poco de atmósfera ligera,  
la liviandad precisa de la nada,  
la que borra mi nombre y me bautiza  
en los labios de Dios, el innombrable.

## LA CUARTA DIMENSIÓN

¿La aridez en el vacío es el primer y último camino?

JOSÉ LEZAMA LIMA

En la vibración más intensa de la música, en el corazón del paisaje, al llegar a la última página del libro o fumando, simplemente, algún cigarro, en las horas más incómodas del día y, sobre todo, en las del triunfo (arte o cosmos, ante la catedral o el firmamento, junto a la curva del torso o de los senos), he allí, puntual, la sensación imprevista del exilio, la añoranza de un arranque de energía que empezara a expandirnos sobre el límite, el hoyo que reclama forma sin encontrarla todavía, lleno de su propia virtualidad ansiosa.

Resta, por supuesto, el simulacro: compulsiones, histrionismos, carcajadas, ebriedades (un nuevo cigarrillo, por ejemplo, un tacto contumaz hacia lo que ya se nos mostró gasificado), ruido y furia, es decir, la inhábil saciedad pretendiendo pagar lo que no puede: el déficit, la moratoria del deseo.

Pero, ¿si ofrezco mi ser todo a esa carencia suspendida? ¿Si mi cuerpo se aprendiera ese absurdo abrasante que la piel sensorializa con horror? ¿Si el vértigo frío y seco de morirse —ahora, no después— me enseñara el ayuno inexorable cuyo único nombre es plenitud?

Entonces, la orilla indestructible, los círculos pacíficos del alma reflejando la elipse de los astros, la cuarta dimensión —así la llama Pound—, *el poder sobre las fieras*.

## SPIRITUAL

Ese susurro, ¿a qué viene?,  
¿sutura la vieja herida  
o la ensancha, más ardida?  
Me goza el alma. Me tiene.  
Cave muerte o salte vida,  
el hecho es que me hace suyo.  
Digo que no, me escabullo  
de esa voz tan conocida  
pero la fuerza, dormida,  
no obedece si le huyo.

La voz negra. Su cuidado  
que se me congela en cerco.  
Le tengo miedo a su terco  
peso dulce en el costado,  
es decir, Dios calibrado  
junto al centro de mí mismo.  
Gravita un aire de abismo.  
Quisiera pasar de lado,  
pero tal Dios es el mío:  
sensible y pleno vacío.

Me surge adentro un deliquio  
al escuchar sin querer.  
Vuelve el amor a doler  
—este verso, un hemistiquio  
del soterrado placer

de confesarle al poema  
que me enamora el teorema  
cantando en voz de mujer:  
Dios no es asunto, no es tema,  
sino pasión donde arder.

*(A la memoria de Mahalia Jackson)*

## TODO ESTÁ SOPORTADO POR LA RISA

¿Qué son los siervos de Dios  
sino bufones que tocan el corazón  
de los hombres llenándolos con el  
buen humor del Espíritu?

FRANCISCO DE ASÍS

Todo está soportado por la risa,  
la paciencia del humor.  
A esta masa selvática de cosas  
que hormiguean, al zumbido  
de su abejear insomne, a esta mañana  
obesa de la luz, a la lujuria  
cromática y sonora de este día  
amanecido apenas y ya ebrio  
de su propio trajín trasnochador,  
en fin, a todo el peso  
que es el mundo grávido de sí,  
solamente la gracia lo sostiene.

No hablemos de la historia.  
¿Cómo no se disuelve, aniquilada,  
la épica sangrante, la fatiga  
de volver a empezar, el lunes cierto  
que se muerde la cola, victimario  
y desayunando su masacre?



Yo mismo no entiendo esta constancia  
disonante, ruidosa de mi espíritu,  
insecto alado que no puede  
posarse al fin en una lumbre  
que, sin embargo, lo convoca.

Nadie sabe que la gracia, solo ella,  
sufre el drama letal del universo  
y su rutina exacta, establecida  
en códigos de orden repetido.  
Debajo de la ley flota el humor  
que disuelve las cosas, las redime  
en una ingravidez, un horizonte  
donde se desanuda lo compacto  
y lo justo, elevado de potencia,  
ya no se reconoce ni se quiere  
a sí mismo, monótono y puntual.  
Es la misericordia de la risa.

*(A Miguel Márquez)*

LA PLEGARIA DE HUSAYIN HALLADJ  
(*Bagdad, 17 de marzo, 922*)

El inocente patíbulo me aguarda.  
Antes me aguardaron el crepúsculo,  
la cotidiana cisterna del sueño,  
el hambre al mediodía y, sobre todo,  
ese presagio súbito, carnal,  
que verifica el éxtasis:  
metáforas plurales de este instante.  
Ahora, pues, me invade la certeza  
cuyas cifras gocé, una por una:  
el sol del día siguiente, un despertar,  
una mesa servida y el ardor  
donde el ímpetu del alma se desata.  
Si el umbral fatigoso no me apena  
pues mil veces lo crucé, mi cuerpo erguido  
perdonará que lo entregue sin demora.

Pero el terror aturde esta confianza.  
En la arenosa celda una visión  
extiende para mí constelaciones,  
fragancias minuciosas que me cercan,  
la ovación de los astros señalándome,  
muchedumbres de alas y de pétalos.  
Tanta estridencia atroz es mi congoja:  
yo aspiraba al simple roce de tu paz,  
¡Altísimo y Clemente y Bien Amado!

(*A Lulú Giménez*)

## MINUTERO

Marzo 2: Yermo despoblado. Paladeo solo arena. Flor de cactus, el alma se abre sobre las espinas, polvorienta en el solazo.

Marzo 4: Cargado de sequía, la lluvia no acaba de estallar. Engordan las chicharras.

Marzo 7: Salgo a la calle con temor. Me muevo incómodo en medio de la universal transpiración de las cosas. No tengo mirada sino para el envés donde suda cada hombre, cada objeto, el estercolero de la historia. Allí fraternizamos con un grueso bestiario: nuestra naturaleza pasta, orina, se aparea, hediondamente ingenua bajo la cánicula. ¿Quién dijo pesebre, quién un asno bueno, un terso buey para amparar al niño espíritu, gimiendo?

Marzo 15: ¿Cómo pude olvidar la existencia de esta duna inmóvil, donde mi madre tose alma en la camilla?

Marzo 16: ¿Sortear la avalancha de cal ciega, dirección hacia la solar desolladura?

Marzo 17: Señor, ¿te he llamado alguna vez polvo lunar? Hoy fosforeces como un astro que emite aburrimiento. Te añoro en un ápice de gloria, como antes. Te padezco.

Marzo 20: Sonámbulo, camino. Voy dando traspiés, pero con la certeza de que el sudor sobre mi espalda dibuja un mapa de gotas, una fresca geometría.

Marzo 25: Son cinco las llagas, su ardor quieto. Cada noche pascual, en Florencia o en Nairobi, el esbelto, firme cirio las proclama todavía.

Marzo 26: Como el ahogado, ceso de luchar. Me abandono a la asfixia del bochorno.

Marzo 28: El primer aguacero bate ya sobre un cadáver. ¿La crueldad inminente, salutífera de abril: un retoño asomado en las cuencas vacías de la calavera? Sin embargo, cierro las ventanas al plexo viviente de la lluvia. Me quedo quieto, mirándote. Ahora sé que Tus ojos son los del anciano aquel, el del asilo. Me veía sin verme, sin respuestas, desde la exhaustiva cama del dolor, desde el erial de los siglos, desde siempre.

Marzo 30: Te he aprendido la faz, la decepcionante red de las arrugas, la carne amojamada. El horrible esplendor de la belleza.

Abril 1: Sigue lloviendo. No me importa. Paul Celan, al ir en pos del agua última del Sena, luchaba por custodiar su propia sed, aquel lúcido insomnio bajo la lámpara de Auschwitz.

*(A Gonzalo Ramírez)*

## DONDE SE HABLA DE LA LUZ, DE LA BELLEZA

1

La hez llegaba en barcos. El Caribe  
era opalescente en el crepúsculo,  
pleno de laxitudes, de fragancias  
que llamaban a soñar, casi dormidos,  
con carne mestiza de mujer.  
La hez bajaba al puerto, simplemente,  
y su hedor invadía las callejas  
tramadas con esmero, los balcones  
labrados de aromática madera,  
las unánimes flores aplaudiendo  
junto a cada celosía, cada alcoba.  
Evacuaban los barcos su excremento  
y en el muelle algún mohín lo recibía,  
algún ademán brusco de los ojos  
soportando un momento esa sentina  
expuesta a la luz pulcra de septiembre.  
Solo un hombre, de pie en el empedrado,  
percibe el olor negro como suyo;  
lo olfatea con delicia minuciosa  
en un éxtasis sobrio, arrebatado  
por ese perfume que deslustra  
al mundo de sus mares, sus crepúsculos,  
sus flores bullangueras, sus fragancias,  
y lo deja desierto, yermo apenas  
donde fulgura, sola, la hez hedionda  
como el único sol del universo.

Una isla del Pacífico. Veinte años  
trajina otro hombre sobre el suelo  
poblado de palmeras. ¿Quién no quiere  
disfrutar de la paz de una mañana  
cuando las olas arden, resurrectas,  
y los vítores del alba nos saludan,  
bajo el estruendo de los bosques?  
Ese anciano no toca el mar helado  
para ungir a su cuerpo y bautizarlo  
con el agua solar. Otro bautismo  
ha amanecido hoy sobre su carne.

Tanto tiempo perdura en esta isla  
que ya no se recuerda en otra parte.  
Y sin embargo, junto al río  
saludable y vivaz entre los juncos,  
frente al manjar de la existencia  
que pide una holganza, una molicie,  
él no ha sido feliz. Se trata, solo,  
de que atienda los cuerpos ulcerados  
por una roja aridez, un alba en llaga.  
Pero eran cuerpos de ellos, de los otros.  
El suyo estaba tenso, suave, higiénico  
para el solaz de la selva, para el mimo  
que ofrecía el elogio de estar sano.  
Ese era su espanto, su derrota.  
No compartir llagas, solo verlas.  
*(Cuido los ardores, no los siento)*

Y hoy, por fin, esta mañana,  
la sorpresa feliz lo desvanece  
hasta borrar el brillo de la aurora  
en esa gema blanca que ha buscado  
desde hace veinte años: una mancha  
en el muslo, de repente. Solo una,  
presagio exactísimo de tantas.  
Ahora puede marchar hacia la iglesia  
a decir en el sermón, erguidamente:  
    «Nosotros, los leprosos ...»

3

«Hay formas y colores todavía».  
La terquedad de la luz. Su reincidencia.  
Espesor —que amanece, que atardece—  
del cosmos retardado, entretenido.  
No quiero esperar más: la cita aguarda.  
¿Quién me iba a decir que lo buscado  
al final del laberinto de mis páginas  
consiste en ese hedor, en esa llaga  
que no desean los ojos ni el abrazo,  
lo tinto de blancura de tan negro?  
El neto esplendor del paraíso  
es tabla vertical, gélida y dura.  
La noche más fría que los astros.  
La cruz de Juan de Yepes.

*(A David González y Belford Moré)*

## DIES NATALIS

Todo fue un mínimo estertor.  
Me dilapido en paz: solo agujero  
donde sueño por fin a carcajada.  
¡Oxígeno al revés, espalda de aire!  
Llena se expande mi ceguera:  
gozo el vacío de mis ojos.  
Una lápida el mundo, simplemente  
—bailo en torno a ella, desceñido—.  
No me busquen allí. Ya no me nombren.  
Los clavos y el lanzazo, mi epitafio.

*(A Manón Kübler)*



LA NADA VIGILANTE  
[1994]



*A Miguel Márquez*



# I

Espero al poema  
como aguardo el placer al inicio de la cópula,  
lentísimo, fértil.

Espero al poema atisbando su llegada  
en el ápice mismo donde cruje  
y levanta las alas.

Espero al poema adviniéndome,  
pulsándome desde el vacío mental,  
demorándose bajo la red de mis nervios  
inmóviles como la página blanca  
que me arde en los labios.

Espero al poema, su olor difícil  
en la pulpa del deseo,  
su ráfaga entre las grietas de la atención,  
su pausa virgen que la letra goza.

Espero al poema con los ojos de mi madre,  
ávidos desde la muerte.

## II

El poema imposible  
me desgasta de antemano.  
Deletreo sus sílabas sin saberlas,  
dispuesto solo a un aire diáfano  
moviéndose en mi boca para nadie.  
Tanteándome roto de palabras,  
voy dejando que crezca en mi costado  
un florecimiento de mudez  
donde rebrille la atención inmóvil.  
Está hueca la voz  
como un nombre de cadáver  
pudriéndose en el centro de la página.  
Pero me acostumbro al jadeo,  
a la ronca lisura.  
Nada hay detrás del pensamiento,  
nada en estas metáforas,  
apenas la exacta vigilia  
para otear cómo brota inalcanzable  
el cactus del poema.

### III

La lucidez desierta  
no accede a la palabra.  
Pernocto nadie  
en su tuétano mudo.

Voceo un grito, uno solo,  
contra las piedras de mi garganta,  
inarticulado estupor reptando  
hasta estallar vacío.  
Demoro el inútil vocablo,  
pero la nada en vilo  
que ensordece al texto  
me obliga a escribir.

## IV

Para decir la ausencia del poema,  
su centrífugo ardor sobre mi espalda,  
planto el texto como un cero,  
una sola cifra invertebrada  
donde este silencio que me ahueca  
rebota en las palabras por instantes  
y permanece intacto.

¿Por qué insiste la letra minuciosa  
en tercas servilletas, en cuadernos,  
en papeles mugrientos y fugaces?  
Solo sé que al huir deja el poema  
un rastro de fiebre que pulula  
en los labios inmóviles, esta huella muda  
empeñándose aquí, sobre la página.



## V

Yo aguardo al animal dormido.  
Mientras los otros trabajan lo discierno  
moviendo sus patas livianísimas  
contra mis sienes ahuecadas.  
Se alimenta del ocio que me atonta.  
Sus ojos son relámpagos lejanos  
ardiéndome en la punta de los dedos.  
Su piel es mi voz centuplicada.  
y causa sangre su pezuña fría  
helándome el esfuerzo. Lo vigilo.  
Mientras los otros yacen o copulan  
cebo la trampa del papel  
bajo la lámpara neutra, distraída.  
Estudio la forma de amansarlo  
con un golpe de luz sobre mi frente,  
una imagen capaz de sostener  
la inocencia cabal de su estatura.  
Remuevo símbolos sagrados  
para atraerlo al centro de esta hoja  
blanca de esperado. Mitos sonoros  
fraseados por el ritmo del lenguaje  
intentan acunarlo levemente...  
Pero el animal desaparece  
justo en el instante de apuntarlo  
con la palabra artera y su veneno.  
El olor perseguido se anonada  
cuando flota ese pálpito que extingue

la escritura en su límite preciso.  
La idea es ya una horma para nadie.  
Mi voz retrocede en la garganta.  
La trampa está rota para siempre.  
En la distancia frágil de la página  
el animal es rastro, solo fuga:  
cuaja entonces inútil el poema.

## VI

Risible, me distraigo  
con el secreto de ser nada,  
atesorando huecos  
que relucen, precisos,  
en lo blanco.

Suelto como un abandono,  
ausculto pasos de paloma  
al ras del corazón  
y miro crecer la hierba anónima  
entre mis huesos blandos.

Desalojado, me desfondo  
cada vez más horizontal,  
estíercol vivo  
pateado por densas multitudes  
sobre el subsuelo flojo.  
Fecundo una flora resonante  
que no me es dado alcanzar  
mientras me pudro.

Así el poema.

## VII

El sol vacío de la mente  
se explaya sobre la arena fría.  
Es redondo el silencio  
en torno al eje completamente inmóvil.  
Un párpado abierto  
deja ver las pupilas dilatadas,  
el ojo blanco, ciego, innecesario.  
Baila el tedio su monodía ingrávida.  
La playa del sentir está desierta  
bañada por el oleaje sucio  
de imágenes opacas y convexas.  
Rebota la palabra sin nadie que la atrape.  
El cuerpo estorba al alma a fuerza de pedirle  
un insinuarse solo, un gesto vago,  
una idea que fulja de repente  
moviendo la sangre en las arterias.  
El cerebro cuaja hielo entre sus pliegues  
y en el rostro se ahonda una galaxia  
de tristeza mineral. Rostro clavado.  
Afuera el entusiasmo bate alas  
contra el cristal esmerilado.  
Pero el adentro es neutro y me respiran  
la vigilia parada, el resto de la espera.

## VIII

Amo el sol de la palabra día.  
Pero la digo aquí y se evapora  
el poder matutino del vocablo,  
su saliva auroral, recién gustada.  
La aridez cuenta conmigo las vocales  
y un áspero reptar de consonantes  
sube al paladar sin deleitado.  
Alguien apagó la dulce hoguera  
donde los leños crudos del lenguaje  
crepitaban fragantes en la boca,  
en la unánime página abrasada.  
El poema brota ahora sin saberlo,  
sin palpase las vísceras ardientes,  
tiritando inconsciente de sí mismo,  
ajeno al calor de paladearse.  
Entresuenan las letras su delirio  
vacuo y sensorial como el de un loco  
que necesita hablar pero no puede  
sino decir la noche de la mente,  
los ruidos de su cuerpo, el movimiento  
de la nada polar en la que clama:  
la inocencia verbal sobre el abismo.

## IX

El yermo, el terreno baldío,  
la duna inmóvil, la caverna  
donde el eco es inútil, el seno seco,  
la roca insensitiva, el horizonte  
neto y circular como la sed  
de un naufragio en el mar,  
la tabla rasa, el cero liso,  
el silencio en coma de mi madre,  
el verano vertical, el falo erguido  
sin la humedad porosa del deseo,  
el polvo de los llanos, una campana rota,  
la cal inmaculada entre los labios,  
un río sin caudal, el esqueleto  
pulcro y medular ante los ojos, la flor fósil,  
una terca cicatriz, la nuca helada,  
el sudor de las imágenes, los versos  
diciendo sin nombrar, contando apenas  
su metáfora oblicua que no roza  
la palabra total, la postergada.

## X

La melancolía me distrae  
con dibujos imprecisos  
que flotan al ras de las pupilas  
hasta dejarlas tersas y vidriosas  
como dulces cristales empañados.  
Me distrae con pulcras melodías  
refractarias al oído, pero hermosas  
como presente el sordo la palabra amigo.  
Me distrae con torpezas: las de un niño  
intentando ser adulto sin poderlo,  
asombrado de la edad de la alegría,  
de su enorme estatura, de su porte.  
Busco el envés de las palabras  
para dar con un léxico que extraiga  
el sagrado estupor, la expectativa  
de mi otear melancólico la nada.  
En ella discierno, pese al frío,  
un tibio olor de paz, una intemperie  
donde arde en la suela del zapato  
la sabia dirección, una orientada  
perspicacia ciega. Estoy libre del poder,  
del disimulo, de la página social,  
de la etiqueta. Yo solo miro distraído  
las sombras jugar con las paredes  
y un crepúsculo a salvo, indomeñable.

## XI

El deseo me vomita, inapetente.  
La gana, la real gana, se contenta  
con mirar las copas de los árboles,  
su vaivén a mediodía, enlentecido,  
sus hojas que se mueven como labios  
para no decir nada simplemente.  
El deseo observa allá, tras la ventana,  
líneas, movimientos y colores  
pero lo atrae su geométrico retiro  
que lo circunda y lo envagina  
como a un feto dormido, inescuchado.  
El deseo ya no lee los periódicos,  
lo enceguecen las calles, lo marginan,  
no viaja, no piensa, no contempla  
el transcurrir del cosmos, los relojes  
que señalan la misma, quieta hora.  
El deseo es un cráter, lunar, hondo,  
recibiendo la luz que lo aridece  
en la entraña llegada de la noche,  
la noche corporal, la de las vísceras.  
El deseo yace ahí, junto a la lámpara,  
despierto bajo el polvo de los astros,  
arrojando su sombra en el papel  
que lo expulsa silente, inmerecido.



## XII

El mendigo del poema,  
ahora que no siente ni el dolor,  
hurga en la cicatriz recién abierta.  
Es bella la mansedumbre de la sangre  
sobre el suelo inocente. Pero el sol  
evapora las manchas, las acalla.  
*No hay herida decible* expresa el verso  
del menesteroso batallar con el poema.  
El líquido indoloro no es la tinta  
para escribir la queja, ese gemido  
de una cicatriz resquebrajada.  
Uno intenta golpearse, someterse  
al orden pertinaz del sufrimiento:  
quizá vibre una imagen, una frase.  
Pero el poema, indeciso, se distrae  
con palabras hermosas, coloreadas,  
que como a la sangre sobre el piso  
re seca el sol de la verdad,  
la exterior para siempre a la belleza,  
la que no resuena nunca, la insensible.  
El poeta habla sin voz y ya no puede  
ni siquiera traducir su propio llanto,  
se muerde la herida innecesaria  
como nombrar un hueco entre dos frases,  
un gélido hueco en la memoria  
del cuerpo no verbal, intransitivo.

### XIII

Busco entre las palabras una  
capaz por fin de contener  
a esta simple tensión sin contenido.  
Una palabra escondida en el azar  
abriéndose aquí como la flor  
que brota al filo del barranco  
y luce, difícil, entre rocas.  
Una palabra surgida del residuo,  
de lo que deja callado la escritura  
pero es su lágrima entrañada, su sudor.  
Una palabra socavada a pulso  
para arrancarle la materia prima,  
ese gramo minúsculo extraído  
de un fondo reacio a descubrirse,  
a salir a la luz que lo disuelve.  
Una palabra semejante al sueño  
que te impulsa, oblicuo, a abandonarte  
a tu carne interior, la solo vista  
en las imágenes crudas de la mente.  
Una palabra hallada por un naufrago  
del decir, del nombrar, del expresar:  
ojo limpio de pez, vértebra quieta  
secos ya sobre la página, brillando  
para pudrirse inútiles después  
bajo el cielo cerrado del silencio.

## XIV

El tedio es una gota, tras la lluvia,  
aferrada a la verja, sostenida  
por su propio equilibrio transparente.  
Pudiera caer al piso y disolverse  
pero prefiere temblar junto al vacío  
para secarse, mansa, bajo el hierro  
de donde pende íngrima en la noche.  
El aburrimiento me concede  
el temblor solitario de esa gota  
y que no sople el viento y se mantenga  
en perfecta acrobacia sobre el suelo.  
El tedio nada pide, nada quiere,  
sino colgar sin más en el abismo,  
sabiéndose inasible pero al borde  
de un metal oxidado: este poema.

Me digo que es inútil, que no puedo  
escribir lo imposible, la secuencia  
del poema innombrable, la mentira  
de apalabrar la ausencia del deseo  
deletreando la nada entre mis sienes,  
su oquedad tan carente de palabras.  
Sé que el cuerpo me queda, esta mi carne  
indecible también, pero moviéndose  
al proyectar imágenes, figuras  
en el vacío mental, en la pantalla  
de la escritura terca, indeseante.  
Solo alcanzo a aludir, casi a tocar  
al poema cadáver enjoyado  
por el histriónico decir: la vanidad  
de no sorber el silencio ni apurarlo,  
de escapar de este yermo a mi medida  
que, si yo fuera otro, comparara  
a aquel nítido y virgen de los santos  
ardiendo, sí, incómodo en la voz,  
llagando la gárrula garganta,  
pero dejándola seca de otra sed  
que no sacian las formas, el lenguaje.

## XVI

Antes me bastaba el solo abrazo  
que clausuraba la voz al disolverla  
en la inaudible cadencia sin anhelo  
de mencionarse o traducirse.  
Me bastaba la exigencia de callarme  
cuando la presentía ya descalzo:  
una íngrima zarza entre las llamas  
incendiando el color de las imágenes  
porque vive del fuego inmaculado.  
Antes yo no lamentaba la mudez  
si el rubor de decirlo era muy hondo:  
esa caricia adentro, esa inocencia  
reencontrada en la pulpa de mi cuerpo,  
esa fruta prohibida ahora gustada,  
ese cósmico amor que prometía  
su regalo final, inexpresado.

De pronto el poema enronquecido  
se sabe innecesario, pero aguarda  
llenarse a sí mismo como a un vaso  
colmado por la pacífica añoranza  
del silencio de Dios bajo su peso.

## XVII

La muerte se parecerá a esta aridez  
calcinando mis ojos entreabiertos,  
su fogata cremando mi memoria  
en una sola llama blanca, fija,  
su arena penetrando en mis oídos  
hasta dejarlos sordos frente al mundo  
y su orquesta girante, ya monótona,  
su sal diurna quemándome la lengua  
como para saborear todos los soles  
Y quedaré desnudo y fulminado  
semejante al árbol aún en pie  
después del incendio repentino,  
con las ramas humeantes pero erectas.

La aridez es la sustancia de la muerte.  
La contemplo prepararme el mediodía  
en que su rosa seca se me quede  
entre las manos pálidas, fragantes  
por un antiguo rastro de perfume.  
Extiende ante mí el jardín de piedras  
bajo la luz lineal, en carne viva,  
donde dormiré olvidado para siempre  
de las palabras, sí, de las palabras.

## XVIII

Nada voy a expresar, solo ese viento  
que carece de forma definida  
y da vueltas en la luz a media tarde  
y termina jugando con mis canas.  
La metáfora es hoy aire en movimiento  
porque quita las ganas de nombrarlo  
dejándolo, invisible, transparente,  
al entrar por la ventana que lo encuadra  
sin cristales sonoros, silenciosa.  
Estas frases se acomodan a lo informe,  
pujante, sin embargo, penetrando  
en la ventana abierta del idioma  
que le otorga un marco construido  
y lo abandona al juego de su suerte.  
Lo informe es lo inquietante, lo que quiebra  
el vibrátil cristal de las palabras  
hasta despedazarlo en ruido.

Quiero que permanezca intacto eso inasible,  
el viento sin figura, el aire móvil  
colándose fugaz por esta hendidura  
de los versos vacíos permitiéndole  
el lúdico pasar, el vuelo pleno.

*(A Roberto Dicenta)*

## XIX

La sombra busca espacio entre los muebles,  
temerosa huye detrás de los armarios,  
desea escapar del sol, adormecerse  
en un rincón cualquiera donde sabe  
que brota protegida, húmeda y densa.  
Filtrada por mis dedos que ahora toman  
la pluma para hacer, junto a la lámpara,  
el poema esperado, inconseguible,  
se asemeja al temblor de alguna hoja  
desprendida del árbol de la noche.

La mañana se instala sin permiso  
sobre este apartamento solitario  
y enjuga la frescura de la sombra  
dejándole nomás sus escondites.  
Quiero cerrar las puertas, las ventanas,  
y apagar la lámpara en vigilia,  
no me importa el resplandor impertinente  
que descubre mi cuerpo ante la mesa.  
Solo miro con delicia, con ternura,  
esos dispersos rectángulos oscuros  
abandonados por la dulce madrugada.  
Amo la oscuridad: se me parece.  
Detesta todo estruendo. Ella consiste  
en borrar la fijeza de este ruido  
—la geometría sonora de las cosas—



y replegarse luego, contenida,  
cuando llegan los gritos de la luz  
a ensordecir al mundo nuevamente.

Ojalá fuera este un texto ingrávigo  
donde cupiera íntegra la sombra  
y las anheladas formas descansaran  
del día universal y su bullicio.

## XX

El poema se vive antes de hacerlo.  
Es una antigua lección nunca aprendida.  
El poema se paga en cada hora  
de atención exacta que contempla  
la calle cotidiana, la de siempre,  
como si fuera el cosmos deletreado  
por sus minúsculos detalles. La vigilia  
es la única capaz de merecer  
una escritura virgen, no probada,  
tramada por las cuerdas del sentido  
que resuenan detrás, en ese espacio  
habitado solo a veces por el cuerpo,  
un lugar desceñido, inubicable,  
pero que surge debajo del idioma  
cuando inquiere por él la vigilancia.

¿Cómo aguardo al poema? Lo voy viendo  
brotar encenizado de mi boca,  
cargado de fracaso y, sin embargo,  
diciéndose impasible, inagotable  
pese al fondo reseco de mi alma.  
Luce amargo por tratar de descubrir  
su propia impotencia al desplegarse,  
ese polvo letal en las palabras  
que no puede escribirse sin dejar  
inacabada la voz con que se dice.

Es la espalda del verbo lo que miro  
temblar ante el beso de mis labios,  
un nuevo temblor del que no guarda  
memoria mi cuerpo erotizado,  
mi carne sedienta de lenguaje.

He vivido el poema. Lo de menos  
fue borrarlo, como pude, en el papel.  
Lo ha padecido antes mi atención  
frente a todo eso árido, eso lívido  
de mencionar siquiera lo decible  
si no hay nada que expresar o describir  
excepto la misma nada vigilante.



EL ESPLENDOR Y LA ESPERA  
[2000]



## LOGRO

El amor es paradójico:  
se alimenta a la larga de cansancios,  
de esas fecundas fatigas que nos hacen  
salir resurrectos de la prueba  
donde ellas toman la forma de atañor  
para confeccionar una infalible alquimia:  
del *nigredo* opaco y depresivo  
al *albedo* sustancial de la alegría  
redescubierta al fin pero ahora macerada  
por el sudor, la espera, la paciencia.

El hastío, en amor, marca el comienzo  
de una nueva exploración tras ese límite,  
más allá de las fronteras habituales,  
a fin de hallar inéditos deleites ocultados  
por la pereza que el tedio permite descubrir,  
como la alerta roja del semáforo  
preanuncia al veloz verde, al movimiento.

No confundo el cansancio ni el hastío  
con el final de la amorosa epifanía  
en la que hay tanto reservorio de pasado:  
no es difícil encontrar dentro de él  
el incorruptible fondo de un afecto auténtico,  
cierto largo silencio compartido, esa mañana,  
cuando el cuerpo recomenzó su ebria vigilia,  
una carcajada cuyo eco fue el rostro del otro,  
aquel sufrimiento en unísono dolor,  
la calidez de su mano mientras escuchábamos  
la canción más unitiva, una mirada que todo  
lo contuvo, el abrazo cubierto por la ola,  
su sueño ante mis ojos, la desnuda  
sensualidad de ambos junto al lecho.

Se logra inventar formas diversas  
de prolongar ese ritual pretérito,  
liturgia de dos devociones encontradas  
para su constante innovación posible.  
Basta que uno quiera de veras continuarla,  
y la entrañable ceremonia permanece  
transfigurada por sus pausas, la eventual  
y necesaria disonancia de su música,  
sus monótonos trances propiciantes  
de nuevos estados de conciencia  
en un retornado, inextinguible privilegio.



## MÍSTICA DEL ÁRBOL

Los árboles son sacramento de la paz.  
Ellos me enseñan el arte difícil del sosiego,  
firme en su aplomo vertical  
frente al viento y al látigo incontable de la lluvia.  
Su tranquilidad está transida de silencio  
pues la hojas, como labios, solo invitan  
a contemplar otra flora escondida e interior  
que no se puede describir con las palabras.  
Ellas hablan al alma, no al oído.  
El tallo, paciente, se revela siempre ascensional  
por efecto de la atracción religiosa de la luz  
que lo ha elevado, a través de los años,  
hacia el cielo; este parece pesar sobre sus ramas  
para darnos la exacta sensación  
de estar ante un frondoso  
receptáculo sagrado. La calma del árbol ilumina.  
No es casual que, bajo su sombra, Buda  
haya recibido el rayo austero  
de la verdad situada tras el tráfago  
de las cosas goteando idéntico dolor:  
la última quietud, incontaminable,  
cuyo signo en la tierra son los árboles,  
serenísimos rastros a seguir  
del santo ocio de Dios al contemplarlos  
como perfecto reposo de sus ojos.

El árbol es siempre vespertino  
aun si lo alumbra una matutina esplendidez:  
su esbelta, ensimismada arquitectura  
solo encuentra marco preciso  
en el crepúsculo, cuando la paz,  
ya madurada, expande copas  
donde pernoctan los pájaros, callando.

## EL EXCLUIDO

No se lo encuentra de veras en el templo.  
Su morada, si así puede llamarse al desamparo,  
es precisamente el gran afuera,  
el periférico sitio donde vive  
aquel siempre excluido, el no invitado,  
quien pernocta —digo bien: pasa la noche—  
lejos de la hogareña luz bajo la cual  
transcurre el reposo ensimismante  
que no nos deja salir hacia ese absoluto,  
peligroso descampado en cuyo centro  
aguarda él, desconocido, delincuente quizá,  
tal vez un enemigo, pero de cualquier manera  
extranjero, ignorable por los rigurosos códigos  
que nos prohíben saludar a un extraño  
y mucho más brindarle la acogida  
de convidado a nuestra casa.

El excluido, en lo oscuro, te interroga  
solo con su aguardar eterno. ¿No escuchas  
aquellos insistentes pasos revelándote  
la apátrida vigilia de su insomnio?  
Pero encontrarlo significa salir,  
sobre todo salir, padecer la incomodidad  
de la salida al afuera sin refugio,  
dejar la lámpara, el sillón, la mesa puesta,  
y emprender el noctámbulo esfuerzo  
para descubrirlo en la prisión culpable,

y en la pobreza toda, y en la herejía  
acusadora de tu léxico mental,  
y en la viudez de lo cierto, y simplemente  
en el cáncer, la lepra, la agonía:  
situado allí donde el paisaje se presenta inhóspito  
por distinto a los que ya conoces,  
a los que acaban devolviendo tu mirada  
como un espejo contumaz.

Es él. El que no invitaste. Ahora lo sabes.  
Lo descubriste al fin, llorando noche.  
Solo te falta venir junto a esas llagas,  
ese hambrear harapiento, esa incertidumbre, ese delito,  
esa implacable interpelación del diferente  
hasta el centro mismo de tu casa y celebrar  
la cena —sí, celebrarla— al compartir  
con él, Único y múltiple, Otro central y repartido,  
el pan terriblemente suave;  
dejando la conciencia de que pudiste hacerlo  
en la oscuridad cerrada, tras la puerta.

## MANDALA

Deseo parecerme a un jardín rectangular  
hecho solo de piedras y guijarros,  
intacto en su seca desnudez.  
El silencio mineral es siempre sólido,  
compacto frente a cualquier alteración sonora  
y por eso metáfora visible  
del completo callar que está buscándome  
aun en las palabras del poema.  
La piedra, lo sabemos, centraliza  
un símbolo antiquísimo. Pero  
si hoy quiero asemejarme a la estructura  
de su inmovilidad total se debe  
a que me hallo en la vorágine de mi propio movimiento,  
atraído hacia la multiplicación  
de los deseos y no focalizado  
por la simplicidad sedante de uno solo  
a cuyo objeto lo ciña una permanente duración.  
La piedra permanece durando para siempre.  
El brillo implacable del sol sobre este duro  
grosor de materia acumulada,  
me recuerda que ansío para mí  
un idéntico fulgor dejándome,  
rotundo, a la intemperie,  
en luminosa aridez desprotegida  
por la sombra falaz, encubridora.

El jardín geometriza la quietud.  
Ella brota de él como evidencia  
repartida en cada forma elemental  
del suelo, en los rocosos, simétricos dibujos  
que resuelven la totalidad de aquel rectángulo.  
Mi paz debe ser a su imagen,  
asegurada dentro del exacto marco  
construido por una matemática mental:  
espacio donde confluyan lo interior y lo exterior  
conformando una armonía tangible.  
A este orden de piedras que imagino  
le falta únicamente esto: soledad,  
no cerrada, ni excluyente,  
sino hospitalaria ante el paseante súbito  
—amigo o eventual desconocido—  
quien entra un rato, contempla,  
se apacigua y sale luego,  
pasajera presencia momentánea  
acogida y despedida por la piedra  
con la misma unicidad imperturbable.

## ESPERA

La elevación brota de la espera.  
No me refiero a la esperanza,  
que puede ser un grado inferior de la conciencia,  
un vulgar optimismo, una miseria  
de la frivolidad del alma y de su miedo.  
Pero la espera es exactamente lo contrario.  
Su expectación se afina en el rigor,  
la intensidad velante, la madurez  
de un silencio resistente a toda fórmula,  
al que no engaña nada, con los ojos abiertos  
hacia el futuro imprevisible. Lo que sabe,  
lo que aprende, esperando, de sí misma,  
le impide adjetivar ese futuro  
y aun sustantivarlo: lo prefiere ajeno  
al nombrar objetivante, impronunciable centro  
cuyo intangible fuego deja informes  
los marcos, los moldes, las figuras.  
Expansivo, lo que aguarda es pura gracia  
viniendo a su encuentro desde la viviente  
infinitud sin rostro. No hay lugares  
ni relojes que la ciñan.  
Solo basta la espera para amarla  
con amor inaudito, en la renuncia  
a la posesión y al apresuramiento fútil.

A veces esperarla constituye  
danzar interiormente: la alegría  
sobrevuela entonces la paciencia  
anunciando la abismal proximidad,  
un virtual presentimiento, el roce  
que es inaferrable certidumbre.  
Pero esas horas duran poco, y regresamos  
a la oquedad silente, matriz virgen  
anterior a todo alumbramiento,  
quieta atención de escucha minuciosa  
siempre erecta ante la puerta que ha de abrirse  
cuando la disponibilidad sea tan completa  
como la muerte misma, ya desnuda.



## ESCUCHO A JOHN COLTRANE

Lo único que la razón  
—la razón no encarnada ni encarnante—  
no podía concebir: el cuerpo resurrecto.

JOSÉ ÁNGEL VALENTE

Escucho a John Coltrane pensando  
que cierto jazz limita con la muerte  
y lo que ella oraculiza.  
Sus acordes, ontológicos, jadean el sentido  
del cuerpo que lo oye viviéndose rítmica  
dulzura urgente, melodía visceral, disonancia  
en vértigo, lúcido fraseo coagulado,  
dinámica espiral donde lo armónico  
asciende bajo la forma de orgiástica estructura.  
El sentido del cuerpo: metafísica ecuación  
cuya incógnita el jazz sabe resolver  
a través de su propia álgebra caliente,  
superior matemática del elemental sonido  
numerado en cadencias que lo elevan  
a una complejidad enigmática  
ante todo física, sensible: descifrar  
este sonoro enigma estético  
soluciona el de mi carne: porosa  
masa orgánica devolviéndose, por él,  
a su duración atónita, a sus latidos esenciales,  
al paroxismo que anhela ocultamente

y a la terquedad de su dicha encarada al sufrimiento,  
la que suena, redentora, en ese tono  
álgido, purísimo del saxo, soplado  
por un aire capaz de inventar celebraciones.

El sentido del cuerpo: el jazz lo sabe  
porque frasea el idioma corporal.  
Cadenciándolo, cifra tal sentido, lo atesora  
en sus abstracciones auditivas, las cuales  
—esto es milagro sutil, prodigio lato—  
no por ser abstractas dejan de ser carne,  
dialecto sensorial de su materia y para ella.  
Esta noche, escuchando a John,  
el más profundo para—qué del cuerpo  
se me confiesa, íntegro, durante la afilada hora  
adonde entro a la búsqueda de tantos sudorosos  
acordes gozándome y también agonizándome,  
hallando en mi intensa vibración corpórea,  
eco preciso de esos difíciles acordes,  
aquel deseo que ha olvidado ya cómo se llama,  
pero cuyo objeto desovilla la compleja exactitud  
del saxo: deseo recibido por la muerte  
como la carnal demanda a transmitir  
a esa adivina sin máscara, desnuda:  
su nombre es *cuerpo resurrecto*  
y contiene la promesa de un día no existirse momentáneo  
sino a la misma altura eterna del espíritu.

Este es el sentido que el jazz identifica  
abstrayéndolo de mis entrañas al vivir  
dentro de ellas el deseo y la promesa.

## SALIR

Salí, sin ser notada.  
SAN JUAN DE LA CRUZ

Salir, siempre salir. El éxodo es mi patria.  
Encontrarse saliendo una y otra vez  
del hogar esclavizante. Afrontar  
la libertad de partir continuamente  
al retomar la llave que impedía  
el paso decisivo: despedirse.  
Que la casa se transforme en campamento  
a dismantelar cada mañana. Que la marcha  
se inicie, puntual, en la precisa hora,  
la que obliga a encarar el adelante  
y no mirar hacia atrás, no prolongar  
el adiós junto a la inminencia del trayecto.  
Jugar la apuesta cifrada por el ir  
permanente, en perseverante riesgo. Abdicar  
del poder que acumulan lo individual  
encerrado en un glóbulo monádico y lo social  
establecido. Renunciar a lo interior ya confortable  
y a lo exterior vuelto adherencia. Destapar  
significados no fijables al sentido de todo.  
Desconfiar ante la situación que parece detener  
el tiempo y el espacio de este fluido universo  
cuyo objeto es expandirse. Escapar de la parálisis  
marmórea fabricada por el éxito. Preferir, más bien,

la elástica materia del fracaso  
con la que se puede moldear una figura  
fugitiva de la gloria: ella aligera el equipaje.  
Alejarse del dogma intransitivo. No atender  
a la fórmula mapificada como límite  
de la constante expedición que amplía la verdad.  
Arriesgarse al nomadismo de la mente,  
el que descubre las infinitas aperturas  
de un cuerpo, de un texto, de un momento,  
de un paréntesis monótono, de un clausurado círculo.  
No proyectar lo imprevisible. Imitar  
la sobreabundancia trascendente  
que penetra, hasta el tuétano, este mundo  
pero no sedentariza en él su plenitud  
invitando a la perpetua búsqueda.  
Mas el deseo central que explica la salida,  
su auténtico móvil, su horizonte,  
es, a semejanza del autoolvido de Dios,  
quien creó fuera de él otra realidad  
diferente a la absoluta tan solo para dársele,  
el abandono de sí mismo en el amor.

## CONJURO

Al poeta le es dado, como a Orfeo  
(cuya estirpe continúa y multiplica),  
amansar a las fieras con su canto.  
Esta es una de las puertas más recónditas  
por donde entrar, recientes, en el mito  
y hospedarnos de nuevo en sus imágenes.  
Amansar a las fieras: consecuencia  
del arte misterioso de la lírica,  
que perpetuamos hoy a la intemperie,  
sin conciencia sacra, sin rituales.

Pero podemos intentar, temblando, repetir  
esa función chamánica del vate  
(reducir la fiereza a la quietud)  
para allegarnos a aquel alba,  
verbal y melódico a la vez,  
de los vírgenes metros cuyo logro  
era una sosegadora hipnosis,  
el sortilegio apaciguador del lobo y la pantera.

¿Qué fieras me devuelven estos versos  
—acordes de una ancestral estrofa única—  
con el fin de atraerlas, hechizarlas,  
tornar amnésico el instinto,  
provocar el abandono de unos hábitos,  
domar la compulsión, calmar lo hosco,  
pacificar la terquedad, ya indoblegable

como la repetición de un vicio?  
Diré cuáles son esas temibles asechanzas  
que mi poema debe transformar obedeciéndose;  
la primera:  
el apego a lo accesorio y lo superfluo, que me impide  
ser solo imantada convergencia;  
la segunda:  
un arte egotista, ese narciso  
que masturba, en Occidente, a la palabra;  
la tercera: el olvido de Tebas, la sagrada,  
bajo la arena sepulcral de una escritura  
donde se eclipsen los dioses y los éxtasis;  
la cuarta:  
la rebuscada necesidad de esperar lo extraordinario  
y no la magnífica revelación del mundo  
que trae un solo día circunstancial, anónimo, cualquiera.  
Estas cuatro fieras me circundan  
y frente a ellas solo tengo la música feliz  
del poema levantándose a sí mismo  
como un conjuro anciano que ahora puede  
convertir su amenaza en Paraíso,  
su ferocidad al acecho, espiritual,  
en resurrección interior, paz sin fronteras.

## ARTE DE LA SENSACIÓN

Quiero homenajear la iluminación sensitiva,  
la chispa subitánea en la que el cuerpo  
no puede dudar de lo real, del cosmos  
conectado con el hombre  
a través de la gloriosa sensación,  
agradable o repulsiva, pero siempre  
cargada de sentido: el universo  
se ofrenda ante todo para ella,  
sensorial hasta la lágrima o la risa,  
consumido por la recepción sensible.

Las sensaciones son maestras si primero  
refinamos sus preferencias y apetitos  
dentro de una crucial pedagogía  
que sepa elevarlos hasta la elección  
cuidadosa de una certera calidad visual,  
un grado orquestal de lo sonoro,  
una jerárquica sutileza en los olores,  
el valor distinguido por el gusto,  
los privilegios táctiles y, en fin,  
toda joya sensual recién hallada  
cuyo precio valga el esfuerzo a elaborar  
por la destreza química del cuerpo.  
Una sensorialidad lograda nos reenvía  
a la vastedad de la creación  
como eternos aprendices de relámpagos sensuales  
cada vez más densos y suntuosos,

más próximos a la opulenta realidad  
que busca la sensación desde su inicio  
y encuentra si es dócil, no crispada,  
consagrada a la atención y no dispersa  
en el múltiple estímulo de todo.

La meta es tal transfiguración de los sentidos  
que llegue a sensorializar al espíritu en nosotros,  
y el mar, el crepúsculo, el orgasmo  
sean sensibles en tanto materia visitada,  
de repente, por un supremo resplandor:  
signos de lo invisible, ahora rozable  
gracias al cuerpo ya capaz  
de la sensación vuelta presagio, umbral solo.



## DEL MIEDO

*Para Alberto Márquez*

El miedo, decía Bernanos, intercede por el hombre  
en el lecho de cada agonizante.

Mi tributo, hoy, es para ese sentimiento  
cuyo temblor, con frecuencia despreciado  
por los fuertes, los exitosos, los seguros,  
surge de la fragilidad verificada, al descubierto.

Hay veces en las que el miedo se prolonga  
más allá de una estricta circunstancia. Permanece  
en algunos hombres la capacidad de vivirlo  
cotidiana, diariamente. Los asusta  
un peligro atmosférico emanado  
por el solo existir bajo el foco tenaz de la conciencia.  
Siempre insomnes, sienten la acechanza  
abundante y rigurosa ante la cual los arroja  
ese existir: la intimidación que exudan  
el tiempo, la mirada del otro, la laberíntica culpa,  
la responsabilidad insoportable o la asumible,  
algunos hechos u objetos casi numinosos (la noche  
del domingo, los sueños y un retrato),  
la propensión a las palpitaciones galopantes  
y al respirar difícil, ciertas madrugadas  
cuyo eco repite, insistente, la memoria,  
el deseo de elevarse, el propio flanco lábil  
y, para colmo, la incógnita en suspenso de la muerte.  
Todas estas cosas que nombro como ejemplos

objetualizan, de pronto, el mismo miedo informe,  
son sus accidentales contenidos, porque él  
dura rebasándolos tal una indetenible  
marea de temblor nunca absorbida  
por ningún nombre adecuado, ninguna concreción.

No son enfermos los hombres y mujeres  
convocados por el miedo. Ellos, al contrario,  
resguardan para nosotros esa sólita vigilia  
frente a lo inconmesurable aterrador  
que, mediante un exclusivo privilegio padeciente,  
se las concede percibir a toda hora  
en lo que los circunda, así sea lo usual y lo ordinario,  
cuya proximidad se torna entonces  
cargada de vacíos siderales. Tales huecos densos  
proliferan bajo la temerosa angustia ahora abismada,  
constreñida, sin embargo, a enfrentar íntegro  
el áspero trajinar del día.

El temor atraviesa sus íngrimos minutos  
erizado delante del peligro indócil  
que advierte, sin poder fijarlo: exhalación  
de la inmedible inmensidad de la existencia  
cuando es consciente de sí misma. Quien suda  
el costo de tamaña inmensidad se llama miedo  
y su temblor se adelanta a los demás sentires  
en el reconocimiento humilde de la continua  
amenaza que representa conocer y conocerse.  
Existe asustada, lo acepte o lo disfrace, la conciencia.  
Qué otro modo primigenio tiene lo humano de palpase  
si no es esa fragilidad desamparada,  
la que llega a consumarse en la agonía  
tiritando al fondo de lo que siempre supo

el hombre escogido para custodiar el miedo:  
la muerte ya se ha experimentado, numerosa,  
a lo ancho del intimidador volumen de vivir  
y lo único que falta es correr su múltiple riesgo  
resumido en el espanto final, enorme arcángel  
manifiesto al cerrar los ojos, olvidándolos.

## MADRUGADA

La noche enmudece cada objeto  
otorgándole un peso agobiador  
que el día le sustrae en su balanza.  
Las cosas, compactadas por el colmo del silencio,  
recobran su pura fijeza de materia  
sin la liviandad de la luz para ayudarlas  
a explayarse ligeras y porosas.  
Por eso el espíritu las siente  
pesadas en sí mismo, concluyentes  
como si ya nada tuvieran que decirnos,  
cerradas dentro de una absoluta introversión.  
Lo que escucho, insomne, en la penumbra,  
es un concierto tácito, sin música,  
que enhebra muebles, ceniceros, lámparas,  
libros cuyo contenido no me importa,  
jarrones, discos, candelabros, puertas,  
concatenando una cruda opacidad  
cuya falta de sentido cae en el alma  
con un lenguaje inútil, cadavérico.  
Las palabras no llegan a este límite  
donde nada vale o significa  
y el objeto, inmóvil, es solo otro grosor  
de la existencia plana: superficie  
que carece de fondo, únicamente  
allí, yacente, horizontal, lunar.

Esta es la noche del envés,  
de la acedía y la derelicción,  
la luz negra que nos asalta a veces  
cuando Dios parece abandonarnos  
a una materialidad no redimida,  
el hueco de nada que es el mundo  
sin alfabeto trascendente al descifrarlo,  
la noche del jardín de los olivos  
donde Jesús palpó el tedio que las cosas  
extraen de su sombra especular.  
Y sin embargo, un poquito de luz negra es necesaria  
para mantener despierta la conciencia  
y comprender otra lógica suprema, superior.  
Por eso agradezco la inminencia atónita  
que fueron estos minutos de peligro  
en los que me detuvo cierto ángulo letal  
descubierto por una lenta madrugada estéril.

## MIRO JUGAR AL MUNDO

Estoy despierto: miro jugar al mundo.  
Abrirse a la circundante realidad,  
cuya magnitud se nos muestra a cada hora  
—y la sonámbula costumbre oculta siempre—,  
significa, ante todo, contemplar  
este incesante juego de las cosas  
apostadas por Dios en su existir gratuito,  
su estar—ahí sin otro motivo que el de ser,  
el puro explayarse, innumerable, de sus formas,  
la misma mera, prístina, intacta  
existencia floreciendo a plena luz  
hasta que el azar providente la transforme.  
¿Cómo no percatarse de la materia lúdica  
configurada por la infinita gratuidad  
del universo jugando su liviano porque—sí,  
liviano pues en el acto de crearlo  
no pesó ninguna obligación  
sino tan solo gracia a secas?  
Únicamente hay ese jugar primario,  
anterior a toda ley, que es el existirse recreándose  
dentro de una múltiple presencia innecesaria.

No tiene sentido afirmar lo necesario de que las cosas  
sean. Les resulta imposible la jerarquía de ser  
indispensables. Por eso son ligeras  
y pueden jugar su constitución gratuita,  
inocentes como niños.

Pero la verdad última del juego universal  
(que no niega sino supone la anterior),  
lo que a la postre permite manifestarse lúdicos  
a la inconsútil infancia de la luz  
y al aire, cuya travesura es viento,  
y al mar, perpetua diversión de olas,  
y a los astros, las piedras, el sonido,  
las líneas, las texturas, los colores,  
a todo lo que implica vocación de ser  
(incluido el hombre como existir desnudo,  
devuelto a su primer aliento)  
es el hecho de que todo realiza, hace real  
la realidad como regalo que no aguarda requisitos,  
don sin otra causa que el donarlo,  
incondicional obsequio: la existencia  
ofrecida tal cósmico, arriesgado juguete  
en la eterna nochebuena.

Estoy despierto. Miro jugar al mediodía  
desde una quemante arena de playa.  
Veó su eclosión jubilosa en el oleaje  
y esa pólvora de sol estallando vertical  
y el brillo cuajado, ahíto, numeroso.  
Siento la invicta potencia meridiana,  
su soberano movimiento entre las nubes,  
sobre la epidermis del mar, sobre el aire  
que respira afanosa, lentamente. Fulgura  
el jugar ardoroso, convergente, de esta hora,  
cuya trama me incita, convidándome.

Así de lúdico es el mundo. Lo meridiano no se sabe obsequio, pero se da, como sabiéndolo.  
Se ofrenda gratis porque ello mismo es gratuidad:  
juego medular del día.



## DIOS ES PEQUEÑO

Dios es pequeño, cabe íntegro en un grano de sal  
que podemos pisotear, y de hecho pisoteamos  
con la altanera suela del zapato,  
gigantesco peso sobre lo mínimo paciente,  
invisible para los ojos desatentos.

La gloria de Dios se epifaniza, menuda,  
como una hoja de árbol, una simple brisa,  
un solo botón, una única letra,  
bajo el ala del pájaro, junto al corto cuento  
con el que la madre se despide del niño  
al acostarlo, dentro de la llama frágil  
de algún fósforo, cifrada por la punta  
del bolígrafo, por las dimensiones de una copa,  
por la gota de lluvia, por una escama de pez,  
por el dedo meñique y su uña breve.

Dios prolifera ínfimo. Su omnipotencia  
resulta centimetral si recordamos  
que padece el sufrimiento con nosotros,  
voluntariamente maniatada ante el dolor  
que quiere compartir en su impotencia:  
solidaria contestación a la pregunta  
de cómo permite el mal incongruente.  
Su infinitud se encoge en la estrechez  
autoceñida para dilatar, ilimitada,  
la libertad del hombre, la que puede reducir  
aún más el infinito cuanto guste,

hasta el tamaño de un dedal ignorado e inservible.  
Esta reducción divina también se nos ofrece  
contemplarla en el acto mismo que creó  
todas las cosas: el Todo, que todo lo ocupaba,  
se contrajo a fin de abrirle lugar al universo  
expandiéndose autónomo en su afuera.  
Dios no tuvo miedo de mostrarse  
dentro de la estricta pequeñez de un hombre  
paupérrimo, marginado, perseguido,  
quien comparó el supremo estado de gracia,  
que anunciaba como posibilidad accesible  
e inminente, a la mínima de todas las semillas,  
grávida de su fertilidad oculta.

La grandeza es un equívoco. Aparece aplastante  
para aquel que, rendido de cansancio  
tras el trajín de siempre,  
la percibe sobre sí.  
No es que la deseche. Pero lo intimida  
desde el principio ese modo del ser nunca medible  
por la fatiga de sus ojos. Ello viene a explicar  
que la menudeante numinosidad de Dios  
se multiplique en detallismos, filigranas,  
acaeceres a la mano, sacramentos  
que se llaman sonrisa, palabra, reposo,  
movimiento, árbol, abrazo, luz, ritmo, deleite  
y muchos otros más con los que él nos agasaja revelándose,  
no esperando gratitud, sino, al contrario,  
la fatuidad de nuestra antropocéntrica grandeza.

Sí, definitivamente Dios es pequeñito,  
y a esa sacrosanta cabeza de alfiler  
que en su modestia no se impone  
como poder ladrón de servidumbres  
se alude con metáforas humildes,  
intentadas por este poema irrelevante  
pero, a la postre, salmo arrodillado.

## CONTRA LA SOSPECHA

La lucidez de nuestro siglo es el último ídolo, el más sutil.  
Tiempo atrás, le rendí un perseverante culto.  
Fue mi amo flagelador y omnividente.  
Yo no permitía dar un paso si él no lo aprobaba.  
Mi existencia la sufría como una ofrenda impura  
que colocaba a sus pies al despertarme.  
Pero me salvó de su dominio el milagroso entender  
—estallido consciente preparado por años  
de aprendizaje atroz, de faena íntima—  
que aquella lucidez configura una torva actitud de la mirada:  
dos ojos agudos, escudriñadores, implacables,  
poseos de la intensa sagacidad astuta  
cuyo aparente objeto es el develamiento crítico,  
pero que no ven, en realidad, las cosas  
sino su propio verlas. Persiguiéndose,  
en un círculo letal de la visión,  
ese mirar perpetuamente desconfiado  
acaba desconfiado de sí mismo, mas perdura,  
absorto, automirándose, con obsesivo análisis.  
Entretanto su insaciable astucia solo le ha valido  
para hallar tramposos escondites por doquier,  
disimuladas grietas del espíritu, las mentiras  
donde se agazapa el hombre. Sin embargo,  
se ha prohibido de antemano ser inocente,  
única posibilidad de ver abierto

el loto de mil pétalos llamado realidad  
percibido sin interrogativas mediaciones:  
inmediata y veraz magnificencia.

Lúcidos, todopoderosamente lúcidos  
como lo quiere el desvelado siglo: XX,  
somos al lograr que la mano izquierda  
sepa lo que hace la derecha, dadivosa.  
Nuestra lucidez invalida conoceres  
necesarios para catar el mundo:  
la docta ignorancia, el olvidarse,  
la matutina confianza en lo real,  
la ingenuidad de los ojos contemplando  
un árbol como por primera vez,  
la libertad recuperada al salir del laberinto  
en el que nos extravió el vicioso examen  
de la sagacidad, desentrañadora del embuste  
pero pagándose con el insomnio: incapaz  
de dormir un profundo, sabio sueño:  
el dejarse momentáneo (oculto  
por la oscuridad completa) dentro del abandono  
de todo conocer; pues ya se puede descansar  
entre los brazos de aquél que de verdad conoce,  
arrullados por este impoluto, amparador conocimiento,  
cuyo juzgar traspasa, apaciguándolo, el nuestro  
y nos invita a suspenderlo mientras trate  
de parecerse a él. Su dictamen  
sí supone inocencia, no obsesión.  
Solo hay un juicio exacto: el del amor.  
¿Entenderemos el *No juzguen* de Jesús?



PATRIA Y OTROS POEMAS  
[2008]





## PATRIA

Alguna vez amamos, o dijimos amar,  
la terquedad sombría de tu fuerza.  
La voz del padre enronquecía  
al evocar calabozos, muchedumbres,  
hombres desnudos vadeando el pantano,  
llanto de mujer, un hijo  
y más arriba (¿dónde arriba?)  
el trapo contumaz de una bandera.  
Supimos, lenta y vagamente,  
que lo imposible te buscaba  
extraviándote los pies  
—aquellos pies de Hilda obsesionaron  
a mis ojos de niño: su corteza  
terrosa, vegetal, desconcertada  
sobre la pulitura del granito.

Tal vez una tarde, entre los campos,  
la música te delectó de pronto  
al lado de algún bosque, una colina,  
un lago triste que se te parece:  
la misma terquedad al revelarte  
ávida no precisamente de nosotros  
(los efímeros, los quizá, los transeúntes)  
sino de tu pátina absurda de grandeza  
—esos sueños opulentos de la historia  
que son más bien su horror, su pesadilla.

Ahora que te conoces vil, prostibularia,  
porque tanta voluntad ecuestre  
se apeó bajo el sol a regatear  
y el héroe mercadeó con su bronce  
y el oro solemne del sarcófago  
adornó dentaduras, fijó réditos,  
y no hay toga ni charretera ni sotana  
que te oculten cuadrúpeda, obsequiosa  
por treinta monedas ancestrales,  
yo me atrevo a cubrir tu desnudez.  
No es verdad que te vendiste. Tú anhelabas  
dilapidarte brusca, totalmente:  
un lujoso imposible.

Lo sabías  
siempre lo has sabido y como siempre  
aras en el mar. Te concibieron  
con vocación precisa de fracaso.

Cómo afirmar, pasito, que hoy te quedas  
en la dificultad de sonreírte  
levantando los hombros, desganado,  
y diciéndote con sorna, con ternura,  
mañana sí tal vez. Quizá mañana...

## RETÉN JUDICIAL

Estuve en la cárcel, y vinieron a verme.

MATEO 25, 36

Se abre la puerta para mí.  
Los dejo adentro. Una luna insalubre  
castiga mis pasos alejándose.  
La metralla del tiempo los masacra  
detrás de esa muralla: encerrados  
mientras yo salgo a la calle.  
Pero me traigo cuatro rostros  
para hacerlos brillar en el poema.  
Les abrazo la nuca requemada  
por el sol del patio de cemento  
y les lavo la reja, los arrullo  
(Duerme, Eloy, arrecia el frío.  
Hasta el jueves, José. ¿Qué quieres, Chepo,  
antes de reposar en esta página  
abrigado, dichoso, inalcanzable?  
Aquí están las cobijas para Oswaldo).  
Afuera el Sanedrín. Caifás insomne.  
La soldadesca ríe y las antorchas  
iluminan mi frente, señalándome.  
Ustedes somos todos, somos él  
llevado a declarar, fotografiado  
en todos los archivos, los prontuarios,

las actas judiciales de Judea.  
El olor del madero unge la noche  
vuelve exhaustos mis versos al nacer  
y no puedo velar, acompañarlos  
camino del Pretorio. Ahora me mira.  
Me están mirando ustedes con sus ojos,  
con los míos, los del reo  
total, unánime y ubicuo.  
Ya duerman, por favor. No permanezcan  
con la mirada abierta que pregunta  
por qué yo estoy aquí, solo, escribiendo.  
Canta el gallo.

## LA PASIÓN DE LA LUZ

La pasión de la luz sufre las cosas,  
agoniza mostrándolas desnudas  
cuando ellas no quieren delatarse  
(por eso la aflige el peso que le opone  
la gravedad oscura del volumen).  
Le duele a la luz el tiempo y de puntillas  
ilumina una pared de la memoria  
cuya cal entonces nos deslumbra  
con un sudor vetusto, con las lágrimas.  
La historia es el padecimiento de la luz,  
el mito que nos cuenta su infortunio.  
Y hoy le observo la prisa de esconderse  
detrás de la cortina, junto al zócalo,  
—oculta por las patas de la mesa  
o cóncava en mi mano, que ahora escribe—  
crucificada por la noche y convencida  
de la dulzura atroz de su batalla.

## EL ACORDE

*A los monjes trapenses del Monasterio de Nuestra Señora de  
Los Andes, en Mérida*

Una mínima llama ante la imagen  
mientras queda en penumbra la capilla.  
Aquí están los juglares. Ahora trovan  
a la tersa Señora, iluminada.  
Más que canto: sintaxis de garúa.

¿Cómo era, Señor, la melodía,  
ese paso del ave,  
esa huella del pez?

Ven, balbuceo de mi hermana  
arropada, diminuta.  
Surge, reproche del anciano  
(en la cama sudada del asilo)  
a la cruda aspereza de una silla  
donde yo quería sentarlo.  
Duelan, lágrimas roncadas de mi padre  
ante la agonía de Mercedes.  
Vuelve a lucir, piel de durazno  
de aquel atardecer sobre Macuto.

—*O clemens, o pia, o dulcis*  
(las voces convergentes desempolvan  
la exactitud de la inocencia).

¿Cómo era, Señor, aquel acorde?

Nana de la memoria.

## HOY

Hoy conmigo te ama lo que veo:  
esta tarde de agosto, vaporosa,  
la victoria en presente de la rosa  
sobre el jarrón difunto, casi feo,

la hierba que me pide sombra de agua,  
los zancudos borrachos en el aire  
caliente como el verde donde fragua  
la siesta provinciana su donaire.

Se acercan por mis ojos a sentirte  
los objetos, Señor, que no se han ido  
cuando parece duro conseguirte.

El mundo te saluda bienvenido  
pues ataja tu voz al despedirte  
para oírta en mi cuerpo agradecido.



## BUSCO LA CANCIÓN

*Para Alberto Comte, in memoriam*

Busco la canción, el canto llano  
que entreteja, global, estas mis lágrimas,  
una fértil mudez, la mansedumbre  
de susurrar que sí, pasito,  
la llaga de alguna humillación,  
el limpio olvido, la dulce cicatriz,  
el esplendor abrasante de los cuerpos  
disuelto a solas por la ducha,  
tus manos de Aquiles, resignadas,  
junto a la carne de Patroclo,  
esta torpeza probable de ignorar  
cuándo callaste el frío, dónde el hambre,  
por qué fue brusco el cielo de ese abril  
sobre la tumba incómoda, sin flores.

Busco la mínima canción  
la última en saber, la despedida.

## LAS COSAS

Si dejáramos ser  
a las cosas, las sencillas,  
que nos cercan y acompañan  
desde su centro silencioso,  
ofreciéndonos ayudas, aliviándonos  
con su sedante rutina, su costumbre,  
si no las estorbáramos afeándolas  
por ese manoseo que les pesa,  
les quita liviandad, fasto espontáneo,  
si decretáramos quedar  
prendidos a su sueño milenario,  
su mudez terapéutica, su olvido  
de que nosotros existimos,  
si las rozáramos solo para asir  
una pacífica, lenta, arqueología:  
el universo puntual que nos reúne  
sin jerárquicos mandos, sin señores;  
si no fuéramos sus amos, ni tampoco sus esclavos  
sino con ellas un Todo redondo, palpitante,  
donde cupiera hasta el vibrátil  
goce de la mosca que hoy zumba junto a mí  
y me fastidia,

yo sé que inauguraríamos el mundo  
el resplandor orgánico el cosmos,  
frutal antes de morderlo.  
Mientras tanto nos queda la utopía  
inscrita en esa santidad  
constantemente maculada  
de la amnesia fragante de las cosas.



## MOZARTIANA

Mozart en la radio puede ser la lluvia apenas  
contra el cristal del parabrisas  
cuando la madrugada cóncava  
nos ovaciona en la autopista con ráfagas de viento  
donde arden, vaporosos, lo neones.

Y mientras me duele la orfandad  
del exento palacio de violines,  
miro de pronto tu muslo recostado  
sobre la felpa de este asiento de automóvil  
(ese muslo forrado por el *jean*  
cuidadosamente ceñido en la entrepierna)  
como un trozo de música inocente,  
más armónico que el aire entre las cuerdas.



Esta fe ardua por anónima.  
Todo consiste en ese anonimato  
que perdura amnésico de sí  
evitando el énfasis del héroe.  
Mano izquierda que conoce  
lo que hace la derecha solo finge  
la neta verdad del nacimiento.  
Me formulan: esa fe es ilusión.  
Y frente a tantos —amados inclusive—  
Cómodos y aferrados a sus dioses,  
¿cómo decir que escojo para siempre  
nacer hacia esta fe cada minuto  
bajo la urgencia en paz, impostergable,  
de padecerla al sol y de gozarla  
más allá de mí mismo y de los otros  
como llanto fetal en aire pleno?

## LA DESNUDEZ DEL LOCO

*A Jean-Marc Tauszick*

... El Señor Dios llamó al hombre: ¿Dónde estás? Él contestó: Te oí en el jardín, me entró miedo porque estaba desnudo (...). Y el Señor Dios le replicó: Y ¿quién te ha dicho que estabas desnudo?

GÉNESIS 3, 9-11

1

La hora de bañarse era a las doce.  
Bajo la ducha todos, uno a uno.  
Las paredes: amarillentas, desteñidas.  
El sol del mediodía en las ventanas.  
Atrás dejábamos el patio, los árboles inmóviles  
y el rotundo imperio de la luz de agosto.  
Nos desvestíamos con prisa (el enfermero  
conminaba a hacerlo de ese modo).  
Juntos y desnudos ante los cuatro grifos  
de los que brotaba la ancestral terapia  
aplicable en estos casos: agua fría.  
Llegábamos en grupos hasta el baño,  
desamparada fraternidad de cuerpos,  
goteantes carnes, en la mitad del mundo  
—porque estar allí era una cósmica intemperie,



la orfandad meridiana y absoluta:  
verse a sí mismo, desnudo ante los otros,  
desnudos también ellos, devolviéndonos  
a la solar ingrititud de ser un cuerpo  
parado allí frente a los ojos  
del escrutinio ajeno, sin la sombra  
bienhechora y cobijante del pudor:  
solo desnudo como el Adán culpable  
con la conciencia súbita de estarlo  
en la desolación panóptica del día,  
justo en el eje de las doce en punto.  
Sí, el sol en las ventanas también era  
un ojo coherente y vertical:  
la mirada de Dios, omnividente,  
de la que deseábamos huir, solo escapar  
para no sentir la vergüenza de ser vistos  
siempre desnudos, con el sudor manante.  
Y el agua de la ducha va cayendo  
sobre la desnudez flagrante y compartida  
y no aminora el ardor de ese Ojo vivo  
clavado en la pulpa de ser hombre,  
ese sol sin párpados brillando  
sobre la piel empapada por el chorro  
de un gran incendio líquido.

Nuestros pies  
chapotean en los pozos que las grietas  
del piso hacen aflorar en torno a ellos  
y un asco en flor asciende hasta la boca:  
náusea del agua corrompida que pisamos,  
de esos viscosos charcos, de la humedad  
pringosa, del olor a orina, de las losas sucias,

asco de tanto desamparo genital  
en el centro nítido del cuerpo  
mientras el paranoico estupor del mundo  
permanece acribillado de ojos y más ojos  
dentro de la totalidad de la canícula.

Íbamos por fin saliendo, unos tras otros.  
Cabeceaban los árboles. Agosto  
refulgía, preciso, en la luz densa  
que gravitaba alrededor del patio.  
El almuerzo aguardaba (la comida  
era tomada con las manos: los cubiertos  
podían significar intentos de suicidio).  
Y esa ración de cárcel en los dedos  
venía a ser otra manera, avergonzada,  
de ser siempre observados  
—ahora ridículos, asiendo  
un puñado de arroz con la torpeza  
del que no se habitúa a comerlo de ese modo—,  
en cada bocado masticando el pánico  
desnudo de Adán a mediodía  
que en el baño fue certeza sensorial, clarividencia.

2

Pero él no quería bañarse a la hora en que todos debíamos hacerlo. Deseaba estar bajo la ducha de acuerdo con un horario personal, imprevisible: por la mañana o por la tarde, no a las doce. ¿Cuáles motivos conducían a ese raro deseo que implicaba automáticamente indisciplina, una heterodoxia de hábitos violentando el código impuesto, normativo? Quizá era la necesidad, la urgencia de escapar, a

tiempo y a destiempo, de aquel Ojo calcinante ante el cual todos estábamos desnudos, de refrescar con el ímpetu del agua esa fiebre atroz que exponía nuestra íngrima vergüenza a la mirada de los otros, del Otro único y múltiple oteándonos allí, en caliente, escudriñándonos, examinándonos. Acaso era el llamado a sentirse permanentemente higiénico, limpio de cualquier contaminación corporal en la cual se proyectara la puntual acechanza de la culpa, la de ser —y no solo la de estar sucio. Tal vez quería bañarse a solas, alejado de la promiscua convergencia que nos reunía a los demás alrededor del chorro, de aquel hacinamiento donde toda la privada, la íntima percepción que tiene el cuerpo de sí mismo era abolida y sacrificada al mero hecho animal de estar no ya juntos, sino yuxtapuestos como en la horda y el rebaño. ¿O ese anhelo de baño no sujeto a reglamentos consistía en el ansia de instaurar un espacio individual, oxigenadamente libre —estar desnudo en medio del agua guarda también un sentido de libertad física, plena— dentro del cual la convención, lo estatuido y la costumbre se amoldaran a los dictados vivaces del cuerpo, y honestos a ellos, penetrado, así, en una autonomía, en una independencia insólitas?

Al enfermero le disgustó esa conducta al margen de las reglas. Blandiendo con la mano derecha el rejo que utilizaba para rubricar gestualmente su autoridad entre nosotros, una mañana sacó al muchacho —desnudo, por supuesto— de su baño personal y lo condujo al calabozo (porque había en ese caserón un calabozo) y lo encerró allí durante horas. Siempre me he preguntado lo que ese compañero sentiría en aquella habitación hedionda, sin un mueble, en medio de los muros húmedos, sentado o acostado sobre el cemento frío, mirando la desleída claridad que se apelmazaba sin gracia en los cristales de un alto tragaluz, único contacto posible con el sol que, afuera, festejaba al patio, y con el viento matutino, y con el cielo absurda-

mente remoto a esa hora del día. Estaba desnudo el prisionero. Otra desnudez, distinta a la buscada para lavar el propio cuerpo en el agua lustral, bajo la ducha, le era ahora ofrecida dentro del calabozo: la de estar sin abrigo en la gélida humedad, y la de estar excluido, siendo réprobo.

3

Un joven lo iba siguiendo, cubierto tan solo con una sábana. Le echaron mano, pero él, soltando la sábana, se escapó desnudo.

MARCOS 14, 50-52

Nosotros, desnudos, en el baño  
—el baño era el resumen convergente  
de toda nuestra vida en esa casa—  
y el muchacho desnudo en su prisión  
éramos y aún somos aquel hombre  
que Marcos infiltra, subrepticio,  
en el Getsemaní de entonces y de ahora.  
¿Quién era aquel joven que seguía a Jesús  
con la carne lunar cubierta apenas  
por el único ropaje de una sábana  
en esa noche de sudor de sangre,  
de inescuchada súplica, de la traición del beso,  
de antorchas y grupos, túnicas y espadas,  
rumor de pasos entre la maleza,  
amontonadas sombras al acecho,  
humillación y arresto y, al final,  
los tercos gallos del amanecer?  
¿Qué pasión inaudita puede conducir a alguien

a salir hacia el oprobio y la amenaza,  
bajo la indiferencia universal de las estrellas  
con solo una íngrima sábana por ropa?  
¿No había fiebre en la mente de ese joven?  
¿No obedecía su presencia allí, y su atavío,  
a una conciencia distinta a la ordinaria,  
a una visión de Jesús que no cabía  
en el tácito régimen oficial: lo acostumbrado?  
Marcos señala, con exactitud, que lo seguía.  
Seguía, pues, a Jesús como un discípulo,  
como lo hacían algunos en su patria,  
como hay que hacerlo ahora, un día tras otro.  
Un discípulo era, iluminado  
por un ardor mental que lo llevaba  
a exponerse al peligro, a trastocar  
los hábitos —incluso el de vestirse como todos—,  
a autoexiliarse del lugar común  
del que la razón colectiva se alimenta  
para entregarse —únicamente con su sábana—  
al subterráneo, rebelde axioma del Proscrito,  
a la réproba lógica del envés, la cara oculta  
de lo real visto y vivido a la inversa, a contrapelo.  
Eso significaba, para él, ser un discípulo.  
Y eso significa todavía.

*se escapó desnudo*

Solo desnudo podía huir  
de la muchedumbre ávida de sangre,  
la soldadesca insomne, la confusión  
de voces y de gritos, los empujones, los insultos,  
huir de la hora societaria de la ley

buscando al Transgresor, al Reo de siempre.  
Su desnudez fue momentánea libertad  
para escapar de la gregaria trama  
que necesitaba a su víctima expiatoria,  
al señalado eterno con la culpa  
de no ser como todos: el distinto.  
Pero no huía, no, de la Pasión.  
Estaba todo él —su presencia en el relato  
lo confirma— inscrito en la tragedia  
que la noche del jueves diseñaba  
para cualquier discípulo del Réprobo:  
lo imagino andando ahora desnudo  
primero al ras de las ortigas que en el monte  
le laceraban la piel, luego en las calles  
ante el unánime asombro de vecinos, transeúntes,  
maldiciendo acaso su impudicia, preguntándose  
de dónde vendría sin ropas a esas horas.  
Su desnudez era observada, escudriñada  
con curiosidad objetante, minuciosa.  
¿Qué sintió, desnudo, al llegar a su cuarto  
y pensar en la casa de Caifás, llena de gente?  
Quizá escuchó él también el canto de los gallos  
en la vergüenza núbil de la aurora.

Nosotros todos éramos y somos  
aquel evangélico muchacho:  
las doce del día bajo la regadera  
y la mañana en el calabozo  
configuran una única noche detenida,  
un mismo Getsemaní agónico.  
Éramos y somos, como él,  
aquellos afiebrados buscadores

de lo que no se nos ha perdido,  
los perpetuos perplejos ante lo real,  
que para los demás es únicamente sólito  
—una simple magnitud de la costumbre—,  
los que, merced a un privilegio padeciente,  
ven al mundo al revés, al colectivo  
desde una periferia contumaz, al hombre  
con el virgen sobresalto del asombro,  
al universo entero girando en el pavor  
del primer ser humano frente al fuego  
o la exclamación de una llanura oceánica  
(vivimos de atávicos terrores que los otros  
se escamotean a sí mismos, para estar  
a salvo de la estupefacción del firmamento  
sobre el inmóvil Jardín de los Olivos).  
No, nunca fue fácil vivir para nosotros.  
Llenos de nuestro metafísico estupor,  
nuestra disonancia ante la Ley,  
nuestra subversión vocacional  
nuestra manera tangencial, oblicua,  
de ser miembros de la especie,  
nuestro seguimiento metafórico  
—cubiertos por una única sábana precaria  
en las alucinaciones, el delirio,  
la depresión, las fobias, la manía—  
de Aquel de quien se habló de esta manera:  
*está loco de atar, ¿por qué lo escuchan?* (Jn 10, 20)  
y más cruelmente todavía:  
*sus parientes fueron a echarle mano,  
porque se decía que no estaba  
en sus cabales* (Mc 3, 21).

—La locura como metáfora e imagen  
del seguimiento de Jesús:  
*pues la sabiduría de este mundo  
es locura para Dios* (1 Cor 3, 19).  
En nuestro caso, un modo inconsciente de seguirlo  
que puede convertirse en voluntario  
si uno toma conciencia de la gracia  
que ha sido recibir la enfermedad  
como invitación a vivir de otra manera,  
con temor y temblor ante el milagro  
de existir todos los días, bajo el cielo.

Y desnudos. Estamos desnudos, como el joven,  
en el baño o en mitad del calabozo  
escapados, desnudos del uso compartido  
de la razón social que exige víctimas  
y clava, desnudo, en el madero  
al que por ser diferente carga todas  
las culpas de los que son iguales  
al rasero común, a la horma idéntica.

La locura es aquella desnudez  
a través de la cual nos escapamos  
de la cotidianidad de esa razón  
legislativa que fabrica, marginándolos,  
a los parias, los manchados, los impuros  
—fue el loco rey Lear quien, por serlo,  
pudo sentenciar ante un Edgar confidente  
desde la desolada majestad de su delirio:

*Nadie es culpable, nadie,  
digo que nadie: yo seré su fiador.*

La locura como inocencia absolutoria  
que desviste a los hombres de sus culpas.



Pero esa desnudez libérrima conoce  
la paradoja de ser también la otra,  
la propia desnudez ya percibida  
como maldición al ser examinada  
por los ojos de los otros, por la pupila del Otro  
frente a la cual nos desprotege  
ese mismo estar desnudos, observados  
por la visión ajena que se llaga  
en la conciencia de sí, hasta su médula.  
Y el desnudo al que ya no le importaba  
el cómodo ropaje de la sujeción  
busca ahora, desesperadamente,  
ser vestido por la aprobación de esa mirada  
que lo escarba, esclavizándolo.  
Las dos desnudeces se entrelazan  
dentro del cuerpo único del loco.  
Y me pregunto si acaso la salud,  
la sola curación posible y deseable  
que no aportan ni aprontan sanatorios  
con sus multitudinarios baños de agua fría  
y calabozos para el deseo disidente  
(¿Pensé, estando allí, en Auschwitz, en Dachau?)  
consiste en romper la trama inextricable  
que confunde la una con la otra:  
la libertad desnuda de Adán en el Jardín  
y esa misma desnudez ya avergonzada.



EL DESEO Y EL INFINITO  
[ *Diarios* 2015–2017 ]



Sentado en un pequeño muro que está junto a la puerta del edificio donde vivo, me sobrecoge, de pronto, un golpe de luz solar que casi pone a levitar la calle: los árboles —el mango, la acacia y la palma—, cuyas ramas sobresalen de la pared desteñida que miro desde aquí, se vuelven milagrosamente vibrátiles y translúcidos, aureolados por una majestad, una insólita gloria que me entenece por lo repentina y efímera: un minuto después, el esplendor retorna a ser el paisaje urbano de-todos-los-días. Mi «percepción atenta», como la llamaba Bergson, imponiéndose a lo que él mismo denominaba la «percepción habitual o mecánica» fue capaz de registrar, para mí y para los que lean estas líneas, un éxtasis sensorial dentro del cual la belleza cósmica se me hizo imprevisiblemente tangible por la conjunción del bien —la bondad ontológica del universo— y del azar, el «pródigo azar», como lo adjetiva Borges. ¡Tan inesperada y súbita fue la gracia que se desplegó ante mis ojos!

Amanece. Desde mi ventana, el milagro: sobre la negra musculatura del Ávila, una enorme franja dorada de cielo en medio de la cual palpita, translúcida, la brasa de Venus. Nada tengo en las palabras que pueda merecer la revelación de este prodigio insinuándose detrás del cristal hogareño. Como toda gracia, sobrepasa el mérito que pueden ostentar los vocablos, un mérito en este caso solo alusivo, vaga e imprecisamente nominal. A fin de cuentas, únicamente la poesía como operación de una videncia, la poesía como visión —así la concebía Rimbaud— da cuenta de la hermosura que hoy acontece en mi ventana: amanece.

—Ser amigo del licor: hermanarse con ese aliado ambiguo, Hermes andrógino cuyo líquido caduceo combina las fuerzas centripetas y desintegradoras del inconsciente en una vivacidad psíquica y corporal dentro de la cual atisbamos soluciones posibles, mandalas inéditos.

—Solo puedo entrar en un bar ritualmente.

—El brandy es mi bebida favorita porque evoca, para mí, no sé qué sabor viril de la madera.

—El brandy produce en mi interioridad una atmósfera varonil. Beberlo es reencontrarme, sensorialmente, con mi homoerotismo. Lo tomo para saborear el clima, denso y sutil al mismo tiempo, que emana de la presencia erotizada del varón: olor de piel impregnada por el tabaco, barba perfumada, pólvora de ingle.

—El topacio del brandy es joya caliente y terapéutica. A su contacto, vuelvo a sentir el olor de las camisas de mi padre. Aristocrático, el brandy ennoblece, cicatriza las heridas simbólicas, fulgura al pasar por el diafragma como un cuchillo limpio.

—De pronto, Roberto arde en herida, quemadura viviente en mitad del cuerpo. Rezo físicamente esta ternura, su hemorragia de expectante silencio. No sé qué hacer con ella: dejarla estar, llena de gloria y desamparo: ofrecerla en un altar sacrificial, en mi ara portátil, soterrada.

—Compruebo que he vivido durante cuatro años en un universo mental que me aporta una especial consistencia interior. El corazón de ese universo mental es el catolicismo vivido, con—sentido. Cada vez que me desplazo hacia la periferia de tal clima interno,

donde me he movido a mis anchas; cada vez que siento la tentación de superar o extraviar al católico que en mí respira, automáticamente pierdo consistencia, me descentro, existo sin eje.

—Durante estos días soy dolor de yermo, paladeo a cada instante la arena de mi propio desierto. Flor de cactus, mi alma se abre entre espinas, calcinada por el solazo.

—Vivo en un umbral. Filo del vilo. No sé bien qué clase de pasos he de dar, parado como estoy ante la inminencia que me solicita, pero que no emite señales orientadoras. Solo conozco que está —ahí, adviniéndome.

—Este calor de mayo como lugar simbólico: la metáfora de mi bochorno interior, cargado de sequía mental, aguardando la lluvia que no acaba de estallar en el sucio cielo del alma. Las chicharras engordan mi hastío y su desesperada disonancia es mi propia música parada, el insomnio pétreo, mineral de mi conciencia.

—Salgo a la calle con temor. Me da miedo el día tropical, tupido como selva pringosa. Me muevo incómodo en medio de esta enorme transpiración de las cosas.

—Durante estos días suelo aproximarme a los demás desde la agresividad mal disimulada, harto de ellos y de mí. Los ruidos que los otros producen (sus voces en cualquier conversación, sus risas, sus pasos sobre el asfalto de las calles, sus toses y estornudos) me resultan agresiones, intolerables disonancias. Una cola de gente frente a la taquilla del cine, una pequeña muchedumbre de clientes ante el mostrador de la panadería, el pulular gregario de los usuarios del Metro azuzan en mí una repugnancia al roce y al contacto cuya violencia no alcanzo a dominar, enfermo de asco hacia esas hordas sin



rostro preciso, hacia esa marea de larvas humanas hormigueando en mis nervios como un escozor para el que no hallo alivio.

—Para sortear el naufragio al que conduce esta entropía del psiquismo (basta dejarse ir, como el ahogado que cesa de luchar y se entrega al agua espesa de la asfixia) debo pulsar el nervio roto de la voluntad. Pero todavía no lo encuentro: yace extraviado en algún músculo de mi carne interior, obesa por la falta de ejercicio espiritual, de gimnasia psíquica.

—No se trata, empero, de voluntarismo. Endurecer la voluntad sería crisparse. Se trata, más bien, de que un golpe de batuta, diestro y sabio, despierte a la orquesta de su monótono letargo y empiece a resonar la música de nuevo, como al amanecer se escucha el bautismo sonoro de los pájaros.

—Esperando a Roberto mientras anochece en las cortinas de las ventanas, el mundo se me devela como una súbita extrañeza. Todo patentiza no sé qué rareza ontológica, verdaderamente metafísica. La noche comienza a invadir los objetos como si socavara su consistencia familiar y los dejara flotando en un vacío inclasificable donde se revelan a la manera de ingravídeces siniestras, casi monstruosas a fuerza de ser tangiblemente incomprensibles. Me autopercibo, con terror, como un nuevo Roquentin, el personaje de *La náusea*, de Sartre, observando atónito las raíces de un árbol en el parque al constatar en ellas, de forma sensorial, el envés absurdo de lo real, el cáncer tácito que esconde lo que existe. Solo el esfuerzo consciente de la fe logra derrotar esta tumultuosa opacidad que se me impone. Yo también he conocido, aunque me cueste recordarlo hoy, la experiencia que formula Juan de la Cruz: «En todo lo cual parece al alma que todo el universo es un mar de amor, en el que ella está engolfada, no echando de ver término ni fin donde se acabe ese amor».

—Golpe repentino de luz en mi cuarto, filtrado por las persianas que cuelgan delante de la ventana. Accedo de pronto a un instante de gloria sensorial: la pared cobra por momentos el aspecto de un brocado vibrátil, con un color de oro viejo que la convierte, durante unos minutos, en carne de anunciación. Sí, esa pared y el piso de granito de mi cuarto, iluminados por los pletóricos rayos del sol naciente, evocan ahora un escenario pintado por Fra Angélico, tan delicado, tan dulce es el cromatismo que envuelve y nimba los objetos: la mesa, la silla, la biblioteca, el cubrecama. Toda la habitación parece levitar, transfigurada. Y mi estado de ánimo se transfigura también hasta transformarse en una dicha sólida y sensitiva que yo desearía prolongar eternamente. Debo, sin embargo, aceptar y asumir la connatural fugacidad de este esplendor de la materia que me rodea y quedarme con lo que corporifica y anuncia: una promesa. La promesa de la plenitud escatológica, la reconciliación final del deseo consigo mismo, la puntualidad del Paraíso.

—En el intervalo entre dos de las reuniones del jurado, Edgar Vidau-  
rre, sentado frente a un piano inesperadamente colocado en el ter-  
cer piso del hotel, tocó para Antonio, para Gioconda y para mí tres  
piezas musicales: de Beethoven, de Chopin y de Satie. Pocas veces  
en mi vida me ha sido otorgado contemplar, como en esta ocasión,  
un cuerpo transfigurado, de modo radical y total, por la música. Ed-  
gar, que no es apuesto, ante el piano estaba, todo él, supremamente  
bello: la íntegra materia de su carne (su rostro, su mirada, su tórax,  
sus brazos, sus manos, sus piernas, sus pies oprimiendo los pedales  
del instrumento) se mantenía penetrada por los acordes que, como  
ráfagas porosas, hacía brotar del teclado. Una elegancia, una pres-  
tancia, un donaire (sí, un don de aire) lo impregnaban hasta aquella  
sutileza sensitiva que me hacía presentir, lo digo a quemarropa y sin  
ambages, un cuerpo resurrecto, dentro del cual la materia se ha espi-  
ritualizado a la manera en la que un Padre de la Iglesia —Ireneo de  
Lyon— define el cuerpo resucitado: «care oblita sui», carne olvidada  
de sí misma. Tal era la gracia que esa corporalidad imantaba frente a  
nuestro reverente, enmudecido asombro allí, junto al piano.



## ÍNDICE

NOTA DEL EDITOR	7
PRÓLOGO	9
DEL MISMO AMOR ARDIENDO [1969]	33
I. SOL JOVEN [1967-1971]	39
DOMINGO	43
VÍSPERAS	44
HA CAÍDO EL SOL	46
CONSOLACIÓN	48
NUNCA AMOR	50
AVES	51
TÚ	52
II. FUERA DEL TIESTO [1971-1974]	55
III. OFICIO DE VÍSPERAS [1974-1975]	63
AHÍ	67
SIMULACRO	68
OLVIDO INVOLUNTARIO	69
EL DISEÑO	70
NOCHE DE CONDENA	71
OFICIO DE VÍSPERAS	72
RECuento	73

INMINENCIA	74
LUCAS 24, 14	75
EPITAFIO PROBABLE	77
CAUSA PERDIDA	78
LA PALABRA Y YO	79
LÍNEA QUEBRADA	81
EL OTRO TIEMPO	82
POEMA DE LA LLEGADA	83
FALTA DE MÉRITO	86
POESÍA	87
SIN USO	88
CASI SALMO	89
SOSPECHA	92
JUAN 21, 5	93

POEMAS DE QUEBRADA DE LA VIRGEN [1985]	95
--	----

1	102
2	103
3	104
4	105
5	106
6	107
7	109
8	111
9	112
10	113
11	115
12	116
13	117
14	118
15	120

16	121
17	123
18	124
19	126
20	128
21	130
22	131
23	132
24	134
25	135
26	137
27	139
28	142
29	144
30	146

YO QUE SUPE DE LA VIEJA HERIDA [1985]	149
---------------------------------------	-----

BOCETO	155
MICROJAZZ	157
¿POESÍA?	158
CASI ARTE POÉTICA	159
ANUNCIACIÓN	163
SIGLO XX:	164
SI, VISCONTI	165
ALBERTO	167
MADRUGADA	170
LA OBSCENIDAD DE LA MEMORIA	171
POEMA	172
YO QUE SUPE DE LA VIEJA HERIDA	173
BEATO DE TI	175
CAVAFIANA	178

LA NOCHE DEL DESEO	180
TÚ	181
VALIÓ LA PENA CONSTATARLO	182
TRAZO	183
MACUTO 7 A.M	184
TENGO UN AMIGO	185
OFICIO SECRETO	189
SANDINO DEL GÉNESIS	190
POSTALES DE SOLENTINAME	191
TRÍPTICO DE AQUELLA MUERTE	196
EL DIOS DE LA INTEMPERIE [1985]	199
HACIA LA NOCHE VIVA [1989]	209
PARTE I. LOS COLORES DEL CIEGO [1985–1987]	211
ANATEMA EN LA OFICINA	215
MADRUGADA	217
SIESTA DEL SER	219
LLUEVE AFUERA	220
ANDANTE	221
LLUVIAS	223
DUERMES	224
ESTA NOCHE HUELE A SAMARKANDA	226
ESTE BRANDY NOCTURNO	228
FONDO NEGRO	229
PLEGARIA MATUTINA	230
AGUA LUSTRAL	231
LA PROMESA VISUAL	232
CUMPLIMIENTO	233
CODA	234



PARTE II. VACÍO SIN POLVO [1987–1988]	237
EL HALLAZGO	241
A MI CUERPO	243
INTENTABA MI ORACIÓN	244
PÁRAMO	246
PERSECUCIÓN DE LA POESÍA	247
JARRÓN CON FLORES	250
BAUTISMO DE NADA	252
LA CUARTA DIMENSIÓN	253
SPIRITUAL	254
TODO ESTÁ SOPORTADO POR LA RISA	256
LA PLEGARIA DE HUSAYIN HALLADJ	258
MINUTERO	259
DONDE SE HABLA DE LA LUZ, DE LA BELLEZA	261
DIES NATALIS	264
LA NADA VIGILANTE [1994]	265
I	269
II	270
III	271
IV	272
V	273
VI	275
VII	276
VIII	277
IX	278
X	279
XI	280
XII	281
XIII	282

XIV	283
XV	284
XVI	285
XVII	286
XVIII	287
XIX	288
XX	290

EL ESPLENDOR Y LA ESPERA [2000]	293
---------------------------------	-----

LOGRO	295
MÍSTICA DEL ÁRBOL	297
EL EXCLUIDO	299
MANDALA	301
ESPERA	303
ESCUCHO A JOHN COLTRANE	305
SALIR	307
CONJURO	309
ARTE DE LA SENSACIÓN	311
DEL MIEDO	313
MADRUGADA	316
MIRO JUGAR AL MUNDO	318
DIOS ES PEQUEÑO	321
CONTRA LA SOSPECHA	324

PATRIA Y OTROS POEMAS [2008]	327
------------------------------	-----

PATRIA	329
RETÉN JUDICIAL	331
LA PASIÓN DE LA LUZ	333
EL ACORDE	334
HOY	336

BUSCO LA CANCIÓN	337
LAS COSAS	338
LA VISIÓN	340
MORZARTIANA	341
NAZCO A LA FE	342
LA DESNUDEZ DEL LOCO	344
EL DESEO Y EL INFINITO [ <i>Diarios</i> 2015–2017]	355





Esta publicación,  
con un tiraje de 500 ejemplares,  
se imprimió en Cuenca del Ecuador,  
en el mes de noviembre de 2018,  
durante la segunda administración  
de Marcelo Cabrera Palacios  
como alcalde de la ciudad.





En palabras del propio autor el título de este libro condensa «la tensión bipolar de mi espiritualidad, tal como ella está plasmada en mi poesía: el momento extático, la reconciliación con el mundo y conmigo mismo, la luminosidad existencial (“el esplendor”), y el trabajo consciente y voluntario por aproximarme a ese momento, el esfuerzo de atención que busca merecerlo, la escucha que aguarda y atisba el rapto inspirador (“la espera”)».

El vasto río vital y espiritual, filosófico y erótico de la poesía de Armando Rojas Guardia se alimenta de varios afluentes culturales: los místicos españoles del Siglo de Oro (Juan de la Cruz y Teresa de Ávila prioritariamente), las voces heterodoxas de algunos pensadores católicos (desde Meister Eckhart a Leonardo Boff, pasando por William Blake, Søren Kierkegaard y Simone Weil), el Nietzsche dionisiaco, el Lezama paradisiaco, la música de Bach y Charlie Parker, el cine de Passolini, y por supuesto sus recurrentes y lúcidas lecturas de la Biblia. Estos son solo algunos hitos del orbe intelectual y estético de un poeta pensador, de un poeta que ora cada día y celebra al mismo tiempo la fiesta de la vida, la pasión del deseo infinito, los gozos de la carne trémula, las ofrendas cotidianas de paisaje y de la naturaleza. Un poeta que en los tensos bordes de la razón y el delirio, sabe hablar con los hombres y con Dios con idéntica eficacia.

Exseminarista que participó activamente en la legendaria comunidad de Solentiname fundada y dirigida por Ernesto Cardinal, Rojas Guardia no solo es una figura central de la poesía venezolana contemporánea que ha dado a la lírica de nuestra lengua algunos de sus nombres capitales (Vicente Gerbasi, Juan Sánchez Peláez, Rafael Cadenas, Eugenio Montejo, Igor Barreto o Yolanda Pantin), sino uno de sus animadores y suscitadores fundamentales desde la docencia universitaria y la sostenida conducción de talleres de poesía, filosofía, religión y mitología que lo han convertido en un autor de culto, en un mito viviente.

La Colección Mundus se honra en presentar a los lectores la edición más amplia que se haya realizado hasta la fecha de la obra poética de Rojas Guardia, acompañada de un penetrante y exhaustivo prólogo del joven poeta y ensayista venezolano Alejandro Sebastiani Verlezza, uno de los lectores e interlocutores de cabecera de nuestro poeta.